ALMAS HAMBRIENTAS



Adani Vázquez Rodríguez

Adani Vázquez Rodríguez

ALMAS HAMBRIENTAS

Copyright © 2024 Adaní Vázquez

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Sergio García
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

A Sophie...

«Me convencí de que por algún misterioso motivo yo era invulnerable y no me engancharía. Pero la adicción no negocia y poco a poco se fue extendiendo dentro de mí como la niebla».

ERIC CLAPTON

«Te digo lo que es la libertad para mí: no tener miedo.»

NINA SIMONE

PRIMERA PARTE

1

LA GRIETA EN EL PISO

Sentir, ver, oler, degustar, oír.
Me voy a morir.
Sentir, ver, oler, degustar, oír.
Me va a matar.
Sentir, ver, oler, degustar, oír.
No hay salida.
Aquí.
Todo acaba aquí.

Esa es la voz de mi mamá. Tiene chiste porque mi madre no era de cantar. Ella escribía. ¡Estúpida cabeza! ¡Ya, Julia! Déjate de pendejadas y enfócate. Es solo un pinche ataque de pánico, de ansiedad asquerosa, los has sentido miles de veces.

Haz tierra. Concéntrate: sentir, ver, oler, degustar, oír. Siento el piso frío en las rodillas, en la panza, en los brazos. Siento el contraste de temperaturas entre mis manos, que sudan caliente de miedo y el témpano de las baldosas verdes de este pinche hospital. Veo el vaho que sale de mi boca y mancha de angustia la grieta del piso que llevo mirando, al parecer, hace miles de eternidades. Huelo este pegajoso olor a medicina, cloro y humedad. Me sabe la boca todavía a sangre, puedo encontrar el sabor a hierro de las costras que tengo en los labios, duelen... Escucho pasos. Escucho mi
respiración. Escucho los latidos de mi corazón; mi corazón que bombea a mil por hora, que se va haciendo grande como un cuello de sapo en mi garganta y bloquea el mínimo de aire. Me voy a morir. Me voy a morir debajo de esta cama de hospital, helada con la mente perdida en la grieta del piso, que por
alguna extraña razón me recuerda el no canto, de mi mamá. ¿Cómo chingados llegué aquí? Quizá si lo cuento desde el principio o lo que pareciera serlo, puedo ponerle freno de mano y salir de este

patético escondite. Salir corriendo y salvarme la vida, porque de algo estoy segura: si no lo hago, el diablo entrará por esa puerta, me devorará el corazón y mi muerte se transformará en una infinitud de alfileres que impedirán mi descanso.

Piensa, Julia. Piensa en el principio, en las primeras veces.

Mi primer ataque de pánico lo tuve en mi cumpleaños número seis. Recuerdo sentir la mano helada pero firme de mi mamá que sostenía la mía para ayudarme a partir un pastel enorme con forma de oso. Recuerdo sentir el tiempo ***blureado****, como cuando ves luces a través de unos ojos miopes. Recuerdo escuchar un ruido constante en mi cabeza, que me producía dolor en los pulmones como si de pronto fuera a explotar. Era mi cumpleaños y el deseo que les pedí a las velas fue no morir. Miré a mi mamá y deseé que ella me amara lo suficiente como para que Dios tuviera compasión por ella y me dejara vivir.

** Borroso.*

¿Vivir? ¿Es lo que he estado haciendo todo este tiempo?, ¿estos veintiséis años? Vivir entre episodios, entre paréntesis. Luego me pregunto cómo las personas normales, sanas viven. ¿Ellos también tendrán que decidir entre qué efectos secundarios padecer? Porque yo padezco de esta cosa mental desde el día uno que tomé consciencia de mi cuerpo, de mi respiración, desde entonces todo ha sido una esclavitud de decisiones entre qué es lo que duele menos. ¿Duele menos el efecto secundario de la enfermedad? ¿Duele más el efecto secundario de una medicina que de a poco te desdibuja cualquier sentimiento? Como respuesta rápida, aquí en corto, confesándole todo a esta pinche grieta de porquería, podría decir que, sin duda, el adormecimiento duele, te hace agonizar. Las medicinas ayudan a no sentir cosas, pero el problema es que las pastillas no distinguen entre cosas buenas y malas. Podrías estar viviendo el mejor día de tu vida y no sentirlo de verdad. Te conviertes en un ciclo sin motivo. Todo da igual.

Lo que nadie se atreve a decirte de las medicinas es que son una elección. Una elección entre dos realidades miserables: una donde sientes todo y duele y otra donde no sientes y solo flotas, te conviertes en parte del ruido de una existencia que no tiene planeado moverse.
y bloquea el mínimo de aire. Me voy a morir. Me voy a morir debajo de esta cama de hospital, helada con la mente perdida en la grieta del piso, que por

alguna extraña razón me recuerda el no canto, de mi mamá. ¿Cómo chingados llegué aquí? Quizá si lo cuento desde el principio o lo que pareciera serlo, puedo ponerle freno de mano y salir de este patético escondite. Salir corriendo y salvarme la vida, porque de algo estoy segura: si no lo hago, el diablo entrará por esa puerta, me devorará el corazón y mi muerte se transformará en una infinitud de alfileres que impedirán mi descanso.

La primera vez que dejé mis medicinas tuvo que ver con eso. Porque ya no podía distinguir entre lo que era de verdad tristeza o mi condición. «La depresión es aquella tristeza que no te deja seguir con tu vida normal, la que no te deja levantarte o comer o salir a hacer las cosas que te gustan» es lo que te repiten hasta el cansancio en folletos, en terapia, en libros de autoayuda y en revistas médicas; y qué pasa si aunque me levante no me siento despierta y la comida me sabe a gris y las cosas o las personas que amo no me despiertan ninguna emoción, ¿entonces?

Sí, yo soy de las que eligen la emoción muy a pesar de lo que pueda o deba doler. Aunque claro, quién soy yo para dar un ***statement***[*] contundente al respecto, que estoy babeando encima de la grieta del piso a nada de perder la vida, justo por querer sentir cosas o como diría mi abuela: por pendeja.

* *Declaración.*

El primer funeral al que tuve que ir fue el de mi abuela, un funeral de esos que vienen y no se van; a tan solo una semana de mi primer ataque de pánico. Y de nuevo pienso en mi mamá, en cómo le hubiera dolido saber que no solo se le moría una madre, además se le moría una hija; aunque fuera una muerte de mentiras. Si el vestido del funeral de mi abuela lo hubiera podido usar para el de mi madre, lo hubiera hecho. Era un vestido negro de terciopelo con cuello calado en blanco. Perfecto porque lo había elegido ella.

Con mi mamá todo tenía que ver con el ritmo. El ritmo con el que ponía la mesa, ordenaba su estudio o hacía dobleces a las sábanas. Era como verla levitando todo el tiempo. No tengo ningún recuerdo de mi mamá en colores fríos. Ella, para mí, siempre sucedió en verano. Cálida, serena, llena de paciencia y amor. Le aprendí los modales de etiqueta, cómo debe comportarse uno en un funeral, es de las pocas cosas que sé hacer con buen gusto.
Es por eso que no suelo perder la calma en los velorios porque en el fondo me hacen pensar en ella. Esa es la razón por la que cuando comenzaron a morir personas en mi vida no me fue ajeno o

perturbador, porque en cada funeral la veía a ella perdida entre la gente con una Julia de seis años agarrada de su mano o sentada sobre sus piernas, en su pecho recargada escuchando a su corazón.

Los latidos de mi mamá eran la melodía de la ***Vie en Rose**** una y otra vez.
Recuerdo que el silencio de la casa mantuvo esas notas durante un par de semanas después de que ella dejara de existir. Si esta cosa mental es algo que se hereda, ¿mi madre murió con el diablo tocando a su puerta? El diablo. A saber si de verdad ya perdí la razón. Da igual. Ya estamos aquí. Así que voy a intentar explicarlo, me vale madres que nadie me esté poniendo atención. El diablo no es de cuernos ni pezuñas. No tiene cola ni la piel roja como la sangre. Tampoco es un güey hermoso, millonario y con gustos que a cualquiera enloquecería. El diablo es deseo. Se materializa de eso, de puro deseo, de avidez, de apego, ¿a qué? En mi caso a sentirme amada. El diablo toma la forma de eso que traes en las entrañas que a nadie le cuentas, que solo te murmuras a oscuras. ¿Qué deseas? ¿Deseas un chico de ojos buenos que te acaricie todo el tiempo las heridas? El diablo tomará esa forma. ¿Tu deseo es alguien que te defienda, que te persiga por el aeropuerto? Da igual que sea chico o chica; eso será. Será para ti lo que desees. Se mezcla con el tiempo, el espacio, el deseo salvaje de tu corazón. El diablo quiere devorarlo a lentos bocados llenos de fuego que duelen, pero que te atraen como aguja de tatuaje en las costillas. Lo sé porque desde que tengo diecisiete años el diablo se aparece en mi vida como un tren al que jamás debes subirte y, aun así, lo haces y no sabes por qué.

—Lo haces porque en un intento torpe de supervivencia, en realidad, eliges lo que te mata, —eso me decía mi papá cada vez que me cachaba en una mentira, que en una persona como yo, eso era diario.

**Vie en Rose es una de las canciones más icónicas escrita e interpretada por Edith Piaf*

El mentir, el sarcasmo y las ganas de morirme son mis tres superpoderes inservibles. Conceptualizar mentiras es una fina habilidad para crear trampas para no existir. Y ojo, no tiene que ver con el miedo a la verdad, todo lo contrario. El conocimiento

absoluto de la verdad nos hace expertos en mentir y retrasar lo inevitable. Por ejemplo, cuando conozco a alguien, desde el minuto uno, sé que en el momento en el que yo diga la verdad, desaparecerá de mi vida.

Es una verdad absoluta, que logró retrasar gracias al hechizo de la mentira y ¿por qué funciona? Porque la mayoría de la gente no escucha, solo recibe información como una especie de base de datos que nadie nunca en el universo se da el tiempo ni ocupación de interpretar. Por eso cuando sentía un viento extraño acariciándome la cara o veía un destello de luz en la rendija de la puerta del clóset por las noches ni yo misma me creía que podía ser una presencia sobrenatural, no se diga el diablo. Pero sí. Lo era. Estuvo ahí todo el tiempo, lo único que nos separaba era que yo no lo deseaba tanto como para que pudiera adquirir una forma física. Él podía verme, seguirme hasta el cansancio, pero el universo le tenía prohibido tocarme o hablarme. Lo más que podía lograr era mandarme mariposas blancas en invierno y encender de pronto la música en mi computadora con alguna canción. Por mucho tiempo mis papás me convencieron de que aquello que sentía o pensaba ver era solo producto de mi creatividad.

No me imagino una forma más creativa de morir que devorada por un demonio interdimensional, envuelta en una bata humillante de hospital, escondida como un gato callejero debajo de una camilla, bronco-aspirándome por un estúpido ataque de pánico, ***freezeada***[*] de pies a cabeza sin la más mínima oportunidad de salir corriendo. Respira. Siento moretones en mi antebrazo izquierdo, todavía traigo colgando el catéter. —Es que tienes muñequitas de princesa y tus venas están bien delgaditas. Por eso nos está costando trabajo, ponértelo —fue lo que me dijo la enfermera cuando me pasaron a piso después de que por fin pudieron estabilizarme, en un tono tan condescendiente que daban ganas de golpearla.

A saber qué cara le habré puesto, que prefirió llamar al médico encargado que intentar por cuarta vez canalizarme la vena. Hace tan solo unas horas de esto y pareciera que han pasado años. —El día que hagas hoy, es el año que tendrás que soportar mañana —me dijo una doctora alguna vez. No tengo su nombre claro en mi cabeza, pero recuerdo que su consultorio olía a galletas de avena y que por lo menos su mirada era sincera, no como la de Miss Pili, quien fue la primera persona que les recomendó a mis papás llevarme a terapia.

Recuerdo sentir una aguja pincharme el corazón y el estómago cuando esta maestra con título sacado de una caja de cereal, me gritó —¡¿Por qué no eres normal como tus compañeros?! —en una ola de fustración. Recuerdo el sabor a sal en mi boca, de las lágrimas calladas que me escurrían por la cara mientras Miss Pili se quejaba amargamente con mis padres —Es que siempre se quita los zapatos en clase. Es que se la pasa bailando con su sombra entre recreos. Es que le cuenta historias a sus compañeros. Juega sola. Eso no es normal —en dondequiera que esté Miss Pili, váyase muy a la chingada, usted y todos los maestros y todos los doctores y el puto sistema que todo el tiempo te dice qué debes sentir, ver, oír, probar o ser.

De forma oficial, mi primera sesión de terapia la tuve a los dieciséis años. Mi madre ya había muerto, yo me desaparecía de la casa de mi papá por días y mi hermana mayor, Michelle, ***A.K.A***[**]. "Señorita dolor de huevos", convenció a mi papá de obligarme a asistir todos los martes y jueves de 17:00 a 18:00 h al consultorio del Dr. Zordo.¡Ya sé! Un psiquiatra/psicólogo sordo es una maldita broma de proporciones cósmicas. Ahora que estoy aquí tirada en el piso, a punto de morir, entiendo la angustia de mi hermana de querer salvarme la vida.

Perdóname, Mich, por todo el dolor que te hice pasar. No sabes cuánto te extraño, todavía tengo la sensación de tus manos suaves en la punta de los dedos; tan suaves como las de mi mamá porque desde que ella murió decidiste usar sus cremas y su perfume. Mich, no tenías que volverte mi mamá para que yo sobreviviera. Quizá todo esto era inevitable. Tan inevitable como tu accidente o como la decisión de Sadie.

**Congelada. Inmóvil. Helada*
***También conocido como.*

Sadie y yo nos conocimos en el consultorio. Teníamos dieciséis años, ambas con esa mala costumbre de buscar trampas para no existir. Ambas con insomnio y con un cerebro que va demasiado rápido en un cuerpo que lo único que quiere es bajarse del mundo. A diferencia mía, Sadie no veía al diablo en su clóset desde los seis años, para ella era distinto; si yo sentía todo y buscaba sentir más y con más fuerza; ella lo sentía todo y no quería experimentarlo más.

Así hasta que un día se dio cuenta de que de verdad ya no le importaba nada y que estaba vacía; yo, en cambio, estuve segura desde el inicio que no tenía nada por dentro que valiera la pena amar.

“Si esa ***morra**** fuera un color, sería de color azul”, pensé el primer día que nos topamos en la sala de espera. Mientras su mamá ponía atención a las indicaciones de la recepcionista, Sadie sostenía despistada su receta. Ladeé mi cabeza como cuando quieres admirar una obra de arte que no entiendes, «DX: depresión crónica».

La ***morra*** atrapó mis ojos chismosos y nuestras miradas se cruzaron. Cualquier persona que consume medicina para su salud mental sabe que espiar la receta de alguien más es superintrusivo, porque como muchas otras cosas en este sistema de porquería, la receta es una frase en un papel que te define. Así como otros papeles definen tu género, tu capacidad intelectual, tus tipos de relaciones personales y por supuesto la receta define que tan pinche loco estás.
En dondequiera que estés Sadie, si me estás escuchando el pensamiento, perdón, no era mi intención leer tu receta ni dejarte morir.

Pasaron varios martes de consulta y descubrimos que lo que nos hacía bien no era la terapia, sino las tardes que pasábamos juntas en el estacionamiento del hospital compartiendo audífonos para escuchar música en un iPod viejo, mientras nos fumábamos incontables cajetillas de cigarros mentolados. Así se ganó su apodo de “Sad Sadie”, por el disco de ***Sexy Sadie/ Dream covers****. Habremos escuchado ese disco miles de veces.

—Así eres tú —le dije mientras escuchábamos ***I’ts my life***** por quinta vez.

—¿Cómo?

—Así como las canciones de este disco. Es tu vida, no sabes si quieres vivir o no. Sabes que la felicidad puede ser un arma dulce que te puede explotar el cerebro. Usas botas de cuero. Tienes este pedo de «Sixteen candles burn in her mind» Amas a Bowie, George Harrison...

—En teoría Sexy Sadie es de Paul, no de George —me interrumpió con una tímida sonrisa.

—Bueno. Detalles. ¡Ya sé! No eres Sexy Sadie, de ahora en adelante serás Sad Sadie.

**Jerga mexicana para referirse a una mujer.*
***Sexy Sadie es un grupo de pop-rock español de Mallorca, España, formado en 1992 y disuelto en 2006. El disco Dream Covers contiene nueve covers de artistas como David Bowie, Paul McCartney, Ray Davis, U2 y Mark Hollis.*

****It’s My Life es una canción de la banda inglesa de synth pop Talk Talk. Escrita por Mark Hollis y Tim Friese-Greene.*



Sadie y yo podíamos hablar de cualquier tema. No nos teníamos miedo. A veces nos perdíamos en cosas sin sentido y otras nos dábamos el tiempo de escuchar cosas serias, que dolían.

—Mi mamá se murió cuando yo tenía seis años. Un día estaba bien y al otro le comenzó a doler la cabeza y de repente fum.

—¿La extrañas? —me preguntó Sadie curiosa.
—No mucho.— mentí.

—Seguro, si yo me muero nadie llorará por mí.–
—Seguro no, —dije de forma sarcástica para tratar de

salvarnos de un hoyo negro que no nos llevaría a nada bueno —pero yo en tu funeral prometo cantarte: ***Don't believe in yourself, don't deceive with belief. Knowledge comes with death's release****... Oh Sad, Sad Sadie.

—¡Eso qué! Ni siquiera hace sentido, Jul —decía Sadie y rompía la sombra en su cara y yo me reía, ella también, pero siempre fue una risa que no era, será porque en el fondo ella de verdad no sabía cómo. Escucharla reír era como pedir leche deslactosada o café descafeinado o cerveza sin alcohol... es pero no es.

Puedo confesar, ahora que ya nada importa, que Sadie me llenaba de frustración. Ella era adoptada y la envidiaba por eso. Es decir, dentro de todos los bebés del mundo, sus padres la habían elegido a ella, eligieron amarla, proveerla, prometieron sin pacto social alguno estar siempre para ella. Un pacto de amor incondicional para siempre, ¿quién no quisiera algo así?

**Fragmento de la canción Quicksands escrita por David Bowie.*



—Yo sé que mis papás me aman, pero no es suficiente y es horrible que lo diga, pero no lo es. Es decir, qué cosa tan terrible tengo que ser para que mi madre biológica, la mujer que me dio la vida, decidiera abandonarme. Qué cosa tan despreciable debo de traer dentro para que no me haya amado —me confesó Sadie en una de aquellas tardes mientras clavaba su respiración en el décimo cigarro. Como si en cada bocanada descubriera una trampa para no existir.

—Pero me tienes a mí. Yo sí te amo —le dije abrazándola.

Sin embargo, era justo como ella decía: no era suficiente. Nunca lo fue. Yo lo sabía y por eso cuando tuve que decidir entre besar al diablo o abrir la posibilidad a que Sadie dejara de existir, no me importó tanto. Todavía me sé de memoria el último mensaje de texto que me envió. Ojalá yo tuviera a alguien a quien mandarle uno. ¿A quién engaño? Aun en el remoto caso que de pronto debajo de esta camilla de hospital, mágicamente se apareciera un celular, no tendría a quién escribirle. Solo se me ocurre una persona, Mario, pero estoy 100 % segura de que no contestaría. Ese güey jamás me va a perdonar. Lo único que me diría es "Ya muérete de una puta vez."

Conocí a Mario el día que cumplí los diecisiete años. Me habían organizado una fiesta sorpresa en casa de Sadie. Esa casa era hermosa. Su mamá era una de las diseñadoras más famosas de la ciudad y su papá era un psiquiatra de renombre. Cuando supieron que su hija y yo éramos amigas

se alegraron muchísimo, no porque fuera yo en específico, el hecho de que Sadie pudiera hacer amigos la volvía ***más normal.***

Mario a sus diecinueve años era un ***dude**** superatractivo. Cabello negro y espeso. Piel almendrada y ojos de color miel, acompañados de una sonrisa que siempre parecía decirte que él sabía cosas que tú no. Mario y Sadie fueron niños de la misma casa cuna. Compartieron casi todo durante los primeros cinco años de su vida, hasta que una pareja de maestras adoptaron a Mario y se lo llevaron a vivir a otra ciudad. Muy a pesar de sus padres, ambos siguieron en contacto. Exigían videollamadas y cuando tuvieron edad suficiente para tener un celular se mensajeaban todos los días. Sadie lo presentaba como su hermano, pero se veía luego luego, que para ese güey, Sadie era esa princesa en peligro que a toda costa debía ser salvada.

**Palabra para designar informalmente a una persona del género masculino.*

Sin embargo, la fachada de ***hermano mayor o mejor amigo protector*** nos sirvió bastante bien, porque en el momento en el que los tres coincidimos en esta idea de que el mundo es solo una gran pelota de lodo y popó, fuimos inseparables. Hasta que dejamos de serlo y todo se fue la mierda. ¿Y por qué todo se fue a la mierda? Porque Mario es un ***dude*** con el mayor instinto de supervivencia que conozco. Sobrevivió la casa cuna, sus madres adoptivas, la locura de Sadie y, lo más importante, a mí.

Esa noche, cuando acabaron las formalidades de la fiesta de cumpleaños, Sadie y yo acompañamos a Mario a su trabajo, que para nuestra conveniencia era uno de los antros más ***cool*** de la ciudad.

Pasamos sin esperar, nos dieron mesa a solo unos pasos de la pista y bendito sea el espíritu santo, ***shots*** gratis. Mi cumpleaños nunca ha sido una cosa que me vuele la cabeza festejar, no puedo encontrar una sola razón que haga válida la celebración de mi existencia, así que hundir mi ansiedad en alcohol gratis, ¡uf!

—Necesito atender un par de cosas en la barra. Sadie, prométeme que no tendré que sacarte cargando o a Julia, por favor — Sadie y yo le dimos dos besos descuidados a Mario y desaparecimos felices en una de las trampas más chingonas para dejar de existir: bailar, beber y besarse con extraños.

El gusto que tenía Sadie por los hombres era inversamente proporcional a su buen gusto por la música, es decir, le gustaba puro ***dude*** hecho mierda y, de esos, sobraban justo en la mesa que teníamos atrás. Cuatro pendejos sintiéndose los amos del universo con sus carteras llenas de las tarjetas de crédito a nombre de sus papás. Güeyes que te quieren tocar todo el tiempo, que creen que con una botella de Moët eres impresionable y que pretenden “romancearte” con patéticas frases hechas que escucharon en alguna canción de reggaeton. ¡Pendejos! Pero Sadie había elegido a Santi para cumplir su adicción de coquetear toda la noche. Para mí todos eran iguales, aunque esa noche descubrí que unos, aparte de ser pendejos, también son unos hijos de puta.

Ahora que lo pienso, la textura de estas baldosas de hospital se sienten iguales a las del baño de aquel antro de porquería. Recuerdo perfecto que sonaba ***Do I wanna know****, de los Arctic Monkeys, recuerdo haber creído ***“con esta canción voy a valer madres”,*** con Sadie drogada, semiinconsciente, abrazada a mí, atrapadas en uno de los baños, acurrucadas en el suelo, sin pila

en el celular, ni nadie que pudiera escucharnos gritar. Resultó que Santi además de pendejo tenia iniciativa, entre él y sus amigos adulteraron nuestros tragos y por suerte logré llevarnos al baño y cerrar la puerta con seguro antes de que ellos entraran.
Podía imaginarme a esos cabrones babeando detrás de la puerta por todas las porquerías que querían hacernos, porque ellos eran ***batos**** de varo y nosotras *morras* que sabían bailar. Días después nos enteramos de que no fuimos las primeras, pero sí las últimas con las que pudieron llegar tan lejos.

—Pero si ustedes solitas se lo buscaron. Saben que lo quieren. Nadie baila así si no quiere llamar la atención —juro por lo más sagrado que podía oler el asqueroso aliento de Santi tras la puerta.

—¡Vete a la chingada, cabrón! ¡Déjanos en paz! —grité con todas mis fuerzas, atrincherada al otro lado de la puerta.

—Tranquila, ¿cómo pretendes besarnos con esa boca tan sucia? —Santi dijo susurrándole a la puerta del baño.

—A lo mejor le gusta así. A lo mejor le gusta lo sucio, ¿verdad, bebé? —otro de ellos dijo tratando de forzar la cerradura del baño.

Recuerdo que esa fue la primera vez que me sentí sola, de verdad sola, como una partícula insignificante, suspendida en la nada del universo, con un miedo que te cierra los pulmones. El pánico de morir se apoderó de todos mis pensamientos. Deseé con todas mis fuerzas ser una de esas niñas azucaradas en amor.

** "Do I Wanna Know?" es una canción de la banda británica de indie rock, Arctic Monkeys de su quinto álbum, AM.*
*** Palabra que se utiliza para denominar a una persona del género masculino en el norte de México.*



Deseé que alguien estuviera afuera preocupado por mí, porque sin mí, sin mi sonrisa no podría existir. Deseé ser el cliché de la princesa rescatada, deseé el amor que lo protege todo. Abracé a Sadie fuerte y con cada golpe en la puerta del baño la encerraba más en mis brazos. De pronto un golpe seco abrió la puerta.

—¡Pendejos! ¿Si saben que hay una fila enorme para usar el baño? —una voz suave y segura atravesó el tiempo y el espacio y de pronto todo se sostuvo con alfileres.

—Te dije, Mario. Otra vez estos tipos que traen aquí a sus ***morras*** para...

Yo no logré ver nada, pero por los gritos y los golpes que sucedieron en fracciones de segundo, me describieron perfecto la escena. Lo que Santi y sus pendejos amigos no sabían era que para Mario, Sadie era intocable y cuando entró al baño y reconoció los tenis rojos decorados con Sharpie azul de mi mejor amiga, se convirtió en una bestia colérica y básicamente les rompió la madre. Entre los golpes, los gritos y los destrozos, de pronto mi corazón dejó de latir para volverse parte de esos ojos azules que me preguntaron —¿Estás bien? No te preocupes, ya estoy

aquí.

Recuerdo que Sadie, Mario, Artemisa y yo fuimos injustamente retirados a patadas del antro. Sí, la primera vez que vi al diablo, se presentó con el nombre de Artemisa, Arti, una hermosa morra de piel aceitunada con ojos azules profundos y arrebatadores como una nebulosa lejos del planeta tierra, oliendo a margaritas y a pasto recién cortado, cien por ciento inevitable.

Conseguimos una bolsa de hielo en el ***Oxxo**** de la esquina. El lado derecho de la cara de Mario estaba irreconocible, parecía un gorila después de haber peleado en una gran batalla, pero la forma en la que miraba a Sadie mientras le recogía el cabello para evitar que se ensuciara de vómito era simplemente hermoso. Ambos estaban igual de rotos, ambos se hacían sobrevivir. Jamás se besaron. Incluso después de la muerte de Sadie, Mario nunca volvió a mirar a nadie de esa forma, para él Sadie era LA chica, ***the one who got away*****.

—A ti no te conozco, pero gracias, si no me hubieras ido a buscar —le dijo Mario a Artemisa con profundo agradecimiento.

—Soy amiga de Jul —respondió.

—¡Oh! Jul, no sabía que tenías más amigas, pero, cool. Llevaré a Sadie a su casa, ¿quieres que te pase a dejar?

—No te preocupes, Mario. Jul y yo nos vamos juntas, ya pedí un Uber, vivimos cerca la una de la otra.–

** Oxxo es un cadena mexicana de tiendas de conveniencia.*
*** La persona elegida que se escapó.*

Mario me miró con complicidad para saber si eso era lo que yo quería, asentí. No estoy segura si esa decisión la tomó la droga o mi corazón eufórico. Mario cargó a Sadie hasta su auto y de pronto Artemisa y yo nos quedamos solas. —¿No te acuerdas de mí? Jugábamos juntas cuando eras niña. Te espiaba en la escuela. Me contabas secretos. Permitía que las mariposas blancas se te acercaran en invierno —entonces una explosión dentro de mis pulmones me obligó a sentarme en la banqueta. La morra que estaba frente a mí era el diablo y entonces mentí, fingí sorpresa en vez de mostrar un oscuro sentimiento de alegría.

—Eres el diablo —le contesté.

—Puedes llamarme como quieras —y volvió a sonreír.

La noche transcurría normal, nadie se percataba de nosotras.

Éramos elementos de una realidad alterna que sucedía borrosa en medio del caos universal. Por primera vez, en mis cortos diecisiete años, sentí que pertenecía, que alguien estaba 100 % consciente de mi existencia y no me importó que ese alguien fuera un algo inventado por mi cabeza ni que fuera la más terrible de las maldiciones: el mismo diablo a punto de devorarme el corazón. Artemisa caminó hacia mí, su cabello dejó una estela de luces con olor a vainilla, que me hizo sentir protegida de cualquier mal. Se quedó a cinco centímetros de mi boca y dijo —No

haré nada que no me pidas. Te prometo que ni siquiera voy a tocarte hasta que confíes en mí, hasta que me desees lo suficiente.

El aire de mi pecho no era aire, era su aliento que me recorría las arterias hasta llegar al corazón.

—Supongamos que de verdad eres el diablo con forma de una morra de dieciocho años. Supongamos que no eres una psicópata que quiere robarse mis riñones y dejarme muerta entre los arbustos del parque, supongamos —dije con un tono finamente sarcástico con la intención de que pudiera esconder el miedo que tenía; continué —¿qué querría el diablo conmigo? ¿Por qué estás aquí?

Artemisa volvió a sonreír y de nuevo sentí su aliento dulce y caliente bombeando en mi corazón.

—Solo quiero estar contigo, existir un rato, a tu lado. Lo que queda de esta noche.

—Está bien. ¿Qué quieres hacer? ¿Qué hace el diablo para existir junto a alguien como yo?

—Ir al parque —dijo Arti en una sonrisa.

Entonces nos miramos y existimos juntas en silencio. Dejamos atrás el Oxxo en su interminable ***loop**** de tiempo. Todo lo ***real*** me dejó de importar. Tomé fotos mentales cada diez segundos, no quería olvidarla jamás. Artemisa cumplió su promesa, caminó con las manos en los bolsillos en todo momento. Incluso cuando intenté ponerla a prueba fingiendo que tropezaba, no hizo el mayor esfuerzo por tomarme de la mano. Comenzamos a hablar de música, de películas. Nos retamos con juegos de palabras. Asumí que era una alucinación, así que tuve cuidado de no preguntar nada que cuestionara su existencia.

**Bucle*

Cuando llegamos al parque, ya era de madrugada y lejos de verse mágico se veía lúgubre. Arti pudo ver la incomodidad en mis ojos. —En este parque las mariposas se encienden —dijo el diablo y señaló unos diminutos puntos de luz a unos metros de nosotras, una especie de luciérnagas.

Aquellos bichos se multiplicaron en millones de luces bailarinas que se escurrían entre los árboles, hasta que el parque se convirtió en una feria luminosa que parecía bailar al ritmo del viento.
No sabía qué decir. Rompí el silencio con lo primero que me pasó por la cabeza.

—Los parques de noche, así iluminados, parecen portales hacia otra dimensión —me encantaría decir que ese comentario fue un efecto secundario de la droga que me habían puesto en el trago, pero no, esa era yo tratando de ser mi versión cool.

—¡Qué tontería! —exclamó Arti entre risas y por supuesto me ofendí.

—¿Tontería? Tontería es estar aquí y ahora contigo. Con una alucinación —el diablo me atravesó con la mirada.

—Yo no soy ninguna alucinación.

—Sí, bueno, un poco, sigo teniendo dudas al respecto, — contesté irónica y me di cuenta de que el parque parecía apagarse poco a poco, lo que me hizo retroceder e intentar arreglar lo que había dicho, supuse que un diablo enojado no era lo más inteligente —no dudo que existas, solo digo que considerando esta situación y tu identidad demoníaca, podrías darle una oportunidad a mi idea de que los parques son portales a otra dimensión y no decir que hablo tonterías.

—Lo siento, eso no fue lo que quise decir. Dije tontería porque todo mundo sabe que de haber portales a otros dimensiones, esas entradas no están en los parques, están en las fuentes de los parques. Ven te voy a enseñar.

"No mames con lo que me pusieron en el trago, este efecto ya se está saliendo de control", pensé mientras me dejaba llevar por la voz de Arti. Caminamos hasta la fuente central con ocho bancas alrededor, y nos sentamos a la orilla de la fuente.

—Yo colecciono historias de cosas imposibles —dijo el diablo.

—¿Cosas imposibles? Así como tú y yo en este instante, en esta fuente. Tú diablo y yo humana drogada. ¿Así de imposible?

—Correcto.

Arti comenzó a relatar la primera de muchas historias imposibles que me harían conciliar el sueño y recuerdo que, mientras ella hablaba, los árboles se movían al ritmo de su voz.

—Esta es la historia de un árbol enamorado de una fuente. La primera vez que este árbol escuchó el agua que corría por la piedra, no entendía muy bien de dónde nacía el sonido, pero ese ruido melodioso le hacía querer desenterrarse y suceder en otra realidad. Una donde el común fueran los inevitables, los irrepetibles, los siempres, los nuncas, los imperfectos y los imposibles.

"Qué tontería. De cuando acá un árbol como yo puede exigir ese tipo de realidades, pero no lo puedo evitar, su belleza es absoluta y, para mi desgracia, de silencio inquebrantable. Ella solo canta, a cierta hora del día se enciende y, entre destellos de luz y gotas de agua, me asegura que mi fortuna más grande fue florecer al lado de ella: la fuente de la rotonda; la fuente de mi vida. La que me provoca unas ganas irremediables de ser alguien, algo que no soy; o de ser más árbol que nunca, para poder alcanzarla, tocarla, decirle que la amo, confesarle que existo por ella y para ella.
Qué tontería. Esas cosas no pasan. Los árboles no sienten y las fuentes ni besan ni se enamoran", piensa el árbol.

Me quedé helada. ¿Qué acababa de escuchar? ¿Un vómito de palabras sin sentido o uno de los cuentos más tiernos de la historia?. Artemisa me miró.

—¿Julia, confías en mí? ¿Puedo tocarte? —me dijo Artemisa.

—Sí confío. Yo también quiero tocarte —sonreí sin mirarla. El corazón se me salía del pecho, mi alma no cabía en mi cuerpo y estúpidamente me dieron ganas de llorar.

Arti extendió su mano y nuestra piel se tocó por primera vez, en ese segundo se le hizo una grieta al tiempo, muy parecida a la del piso del hospital en el que me encontaría años después tirada a punto de morir , y miles de cosas destinadas a pasar se revolvieron en la inmensidad de mil universos. Cuando toqué por primera vez al diablo, rompí la realidad. Su mano suave y

controlada alcanzó mi mejilla en una caricia puso, mi cabello detrás de mi oreja y entonces no pude evitarlo y la vi a los ojos. Artemisa me sonrió y yo a ella, por primera vez lo hacía sin mentir, era una sonrisa pura, llena de magia, de mí, de todo lo bueno y toda mi capacidad de hacer y sentir cosas increíbles. Me tomó ambas manos y acercó su cara a la mía. De nuevo el aliento caliente en mis pulmones, pero esta vez la temperatura era mayor y me quemaba por dentro, ahí descubrí cómo se siente el verdadero deseo por tener a alguien cerca de ti. Arti cerró sus ojos y en un suspiro me besó. En ese beso se crearon mil mundos paralelos y mi corazón experimentó una herida profunda que al instante cerró para dejar paso a una cicatriz que llevaría toda mi vida, como un recordatorio de que el primer beso, el primer beso del diablo te marca para siempre.

—Creo que estoy enamorada de ti —le dije muy bajito.

—Creo que solo existo por ti —me contestó en el oído. Pasamos varios minutos sin hablar, ella recargada en mí y yo perdiendo mis dedos en lo largo de su cabello, imaginando que eran olas que yo podía controlar a mi voluntad.

—¿Te quedarás conmigo para siempre? —pregunté ansiosa.

—Siempre que me desees estaré aquí.
Y, de pronto, se levantó de la fuente. Se inclinó frente a mí y sin quitarme la mirada de encima me dijo —Supongamos que soy el diablo, si es así tienes que tener claro dos cosas: una, yo nunca miento, Julia, y dos, estar conmigo siempre tendrá un precio.

—¿Cómo un precio? —le quise quitar tensión a lo que me decía y seguí con mi sarcasmo. —¿Tipo un sacrificio o así? Dime que no tengo que matar gatos.

El diablo me apretó las manos y contundente me dijo —Desear al diablo es desear la muerte. Y eso sucederá. Cada que nos veamos la muerte tomará su oportunidad.

—¿Cómo una especie de ***Death Note**** ? —pregunté todavía más sarcástica y en burla, al final ni siquiera estaba segura de que tan real era lo que estaba viviendo.

**Death Note es una serie de manga escrita por Tsugumi Ōba e ilustrada por Takeshi Obata. La historia se centra en Light Yagami, un estudiante de escuela secundaria, quien encuentra un cuaderno con poderes sobrenaturales llamado «Death Note». El cual es capaz de matar personas si se escriben los nombres de estas en él y si el portador visualiza men- talmente la cara de quien quiere asesinar.*

—Lo entenderás cuando suceda. Entenderás que esto que sentiste hoy es el inicio de mi único motivo: devorarte el corazón. Te prometo que siempre se sentirá como un primer beso.
El camino de regreso fue en silencio. Me colgué del brazo de Arti, sintiéndome más que otra cosa, viva. Llegamos a la puerta de mi casa, ella se quedó parada en la entrada.

—¿No vienes? Seguro que a mi papá no le importa que una amiga se quede a dormir —le dije en el tono más sexy que podía, qué puta vergüenza.

—Nos vemos, Jul. Espero desearnos pronto y poder besarte otra vez —respondió el diablo con serenidad.

—Te deseo ahora —y corrí a sus brazos para satisfacer la necesidad de hundirme en su cabello una vez más.

—Recuerda la muerte, Jul —y me quitó los brazos de su cuello para llevarse mi mano a su boca —recuerda el precio.

—Estoy dispuesta a pagarlo. Lo que sea con tal de que sucedas cerca de mí —y la quise convencer con el beso más intenso que podía dar a mis tiernos diecisiete años.

—Por esta noche tú eres la fuente y yo seré el árbol —y algo en su voz sonó tan definitivo, que decidí no avergonzarme más y dejarla ir. En el último escalón del portal la volteé a ver.

—Hasta mañana.

—Hasta la muerte —me respondió. Pronto descubriría que esa frase sería una sentencia disfrazada

de despedida romántica. De todos las versiones del diablo, Artemisa nunca dejará de ser mi favorita y estoy segura de que la más puramente amada.

2

DE ESTADÍSTICAS Y EFECTOS SECUNDARIOS

Arti cumplió su promesa. La segunda vez que la vi fue hasta la muerte. Dos semanas después de aquel paseo por el parque, nos enteramos de que Santi había muerto en un accidente de auto. —Se lo merecía el pendejo —dijo Mario con la boca llena de palomitas. La fila para entrar a la sala de cine avanzaba como cualquier cosa.

—***Dude,*** no digas eso —contestó Sadie mientras leía la noticia en su celular. Recuerdo la foto y el encabezado, "HIJO DE PAPI ARGENTINO SE TOPÓ CON EL MURO DE BERLÍN. LA FAMILIA DE LA REA EN LUTO", no se guardaron una sola gota de detalles grotescos. Del auto hecho pedazos, se veía el brazo flácido de Santiago, reconocería ese puto reloj de oro en cualquier parte. En la boca de mi estómago crecía un hoyo helado, «Desear al diablo, es desear la muerte. Y eso sucederá. Cada que nos veamos la muerte tomará su oportunidad». La voz del diablo retumbó en mi cabeza como cuando azotas una puerta con la intención de no querer abrirla nunca más. Los conceptos de la muerte y la locura bailaban en mis pensamientos como en una coreografía mal armada de fiesta de quince años y por supuesto, perdí toda sensación de piso.

En terapia había llegado a la conclusión de que Arti no era el diablo, era solo una ***morra*** que se aprovechó del momento, del lugar y de la persona. A esa conclusión forzada me había aventado el Dr. Zordo, junto con un ajuste de medicamentos para no tener descompensaciones a causa de la droga que me habían puesto en el trago.

Por supuesto, no soy médico, estoy lejos de estarlo, pero sé una cosa o dos de esta mierda de condición, y puedo asegurar que *ajustar la medicación* es tortura, más cuando estás a la merced de mentes más incompetentes que la tuya. Con el tiempo, entrené a mi cuerpo para resistir los efectos secundarios que vinieran con cualquier nivel de gramaje. Es increíble la capacidad de adaptación del humano a algo que duele.

«Tienes que tener claro dos cosas: una, yo nunca miento, Julia; dos, estar conmigo siempre tendrá un precio», otra vez recuerdos inevitables en mi cabeza. —¡Puta madre, ya cállate! —escupí exasperada en voz alta.

—Güey, relájate —Mario me respondió adjudicándose mi mentada de madre.

—No estoy diciendo nada que no sea cierto.
El tipo y su familia son un asco; además no es que lo asesinaran o algo así. El pendejo se mató solito. ¿No? —Mario buscaba en nuestras miradas una afirmación, pero los ojos de Sadie los tenía yo. Si alguien conocía mi cabeza era ella.

—¿Estás bien? —preguntó Sadie.

—Sí, todo *cool* —mentí contundente, tratando de aferrarme a cualquier punto fijo para no caer en un *loop* infinito y desmayarme o empezar a decir que se me había aparecido el diablo en el parque y que nos habíamos besado.

Lo que daría ahora por un punto fijo en esta puta habitación de hospital. El que sea. ¡Vamos, Julia! Intenta por lo menos mover los ojos, ¿qué más hay aquí aparte del piso frío? Está la puerta del baño. El clóset con puerta de espejo. La ventana, que por supuesto no abre, pues porque gente loca. Tienes un carrito de utensilios de curación a un lado y la puerta, la pinche puerta frágil que dentro de nada se va a abrir y entonces sí, ya valió madre. Respira.

—Mario, neta, ya mejor dejemos de hablar de eso y enfoquémonos en solo ver la película. Vamos, Jul —Sadie tenía razón, el punto fijo era la realidad, tan solo ver la peli, ya está.

—Lo dices solo porque tu ligue de esa noche no estuvo nada chingón. Nada comparado con el de Julia.

"¡Qué la puta madre!", pensé. Mi mente comenzó a ***driftear**** frenéticamente. Todo giraba alrededor de una morra con la que estuve solamente un par de horas y varias de ellas en un estado alterado de consciencia. ***"Estás enamorada pendeja"***, me gritaba a misma en silencio. No me daba miedo lo que sentía, me daba pánico pensar que Arti no sintiera lo mismo que yo. Entonces, comencé a desear que la realidad fuera otra. Deseé que la verdad absoluta se tratara de Arti siendo el diablo encarnado y que la muerte del imbécil de Santi fuera mi culpa. Porque entonces, el efecto secundario de sentirme tan viva al besar al diablo era algo que podría replicar las veces que yo quisiera y dejar de sentirme vacía.

**Estar a la deriva*

¿A quién le vas a creer Julia? ¿A tus medicinas o a tu cabeza? ¡Pff! De haberme hecho esta pregunta de forma consciente en ese momento, el resultado hubiera sido totalmente distinto. Ahora sé la respuesta, aunque ya no pinches sirva de nada. Se le cree al cuerpo, que por mucho que lo drogues, que lo mediques, que lo controles, siempre acaba por decirte la verdad. Y la verdad, desde esa noche en el parque hasta este momento de angustia, tirada en un piso de hospital, es muy clara, corta y sencilla. Corre.

Recuerdo que la película transcurría sin importancia ante mis ojos. El debate en mi cabeza sucedía a mil por hora. Supongamos que es cierto que Arti es el diablo y que al momento de

besarnos provocamos una muerte. La muerte sucede todo el tiempo. Es más, lo ***googleas**** y te sale una cifra exacta: casi 150 mil personas mueren cada día en todo el mundo. De esas 150 mil que una sea por amor, no es descabellado. Al contrario, si la vida miserable de un ser como Santi podía pagar la cuenta de estar entre los brazos de Arti, pues qué chingados.

El otro lado de la discusión era mucho menos atractivo: aceptar que aquello tan intenso era solo producto de un desequilibrio químico en mi cabeza. Rendirme a la idea de que mi sensación de bienestar era inversamente proporcional al interés que Artemisa podría tener en mí; por muy desgarradora que fuera, esa idea tenía sentido también, es decir, por qué una *morra* tan *cool* se fijaría en alguien como yo. Era más que eso. Si Arti no era el diablo y era una chica como cualquier otra, eso significaba que aun con la mejor versión de mí misma yo no podía ser amada.

Esa conclusión cortó el ***drift*****y comenzó la ansiedad. Mis pulmones se hicieron de chicle, el sudor derretía mis manos y la piel se me erizó tanto que de pronto se sentía como si estuviera al revés, con los nervios por fuera rozando con cualquier cosa. Paradójicamente, salí corriendo de la sala. Solo que no en la dirección correcta.
Salí de esa sala de cine para encerrarme en una que estaba vacía. Tiré todas las palomitas en el bote de basura de la entrada y respiré dentro de la bolsa de papel. La única cosa útil que aprendí de los métodos del Dr. Zordo, respirar dentro de una bolsa de papel cuando sientes que te vas a morir.

**Acción de buscar algún dato en Google*
*** A la deriva*

Y mientras lo hacía, deseé con todas mis fuerzas no ser yo, deseé poder sentir la calma de los brazos de mi mamá en el funeral de mi abuela, deseé sentirme amada. Acurrucada en la oscuridad de esa sala, me hacía chiquita mientras el universo sin perdonarme nada seguía expandiéndose.

—Llora —escuché una dulce voz que se asomaba entre los asientos. —Llora, Julia, está bien. Yo estoy aquí.

La poca luz que se colaba por la entrada de la sala desapareció poco a poco, por arte de magia la puerta se había cerrado y el universo una vez más se detenía. Arti se inclinaba ante mí y, con cada centímetro de cercanía, las mismas mariposas que habían iluminado el parque y la fuente, se fueron encendiendo por toda la sala. El diablo con su mirada hermosa volvió a decir —llora.

Me cubrió con el calor de sus brazos. Lágrimas espesas y silenciosas empaparon mi cara. Hundí la cabeza en su cabello, que sabía a fantasía, y no encontré mejor solución que perderme en ella. Una vez más, Arti cumplía su promesa y cuando nos besamos se sintió como si fuera la primera vez.

—Gracias por estar —le susurré en los labios.

—Gracias por desearme —me acarició en el oído. —¿Entonces es cierto? La muerte de Santi no fue una casualidad. Sucedió por amarte.

—La respuesta es decisión tuya —suspiró despacio. —Opción A: la muerte de Santiago fue una consecuencia de sus propios actos miserables; opción B: la única razón de esa muerte es que tu corazón me es tan irresistible que tengo que romper las barreras del tiempo y del espacio. Ergo causar en el universo las condiciones exactas para que la muerte suceda y me dé la energía para manifestarme en esta realidad —respondió el diablo sin dejar de acariciarme el abdomen.

Era momento de tomar una decisión. La primera de muchas que después acabarían en arrepentimiento.

Sí. La elegí a ella. A sus manos en mi cintura. A su cuello en mi boca y la suavidad de sus pechos restregándose en las palmas de mis manos. Elegí darle permiso a sus dedos de acariciarme hasta empaparme de placer y volverme loca de sentir. Sentir que estaba viva, que hacía lo contrario a desaparecer. Cuando abrí mis ojos, aún llenos de lentas lágrimas de gozo, me di cuenta de que el piso de aquella sala de cine insignificante se había inundado de flores y de mariposas luminiscentes de color blanco y amarillo, que volvieron al techo una galaxia lejana. Como si mi llanto y el sudor de mi cuerpo hubieran creado un efecto invernadero sobre lo más infértil de la tierra para crear vida.

Recuerdo esta foto mental de Artemisa y yo recostadas sobre las flores, la cabeza de una pegada con la de la otra para poder acariciarnos el cabello mutuamente.

—Me pregunto si ya habrá muerto —rompí la calma.

—No deberías pensar en eso. El que sea una consecuencia no significa que tengas que revolotear constantemente sobre ello, —Arti se sentó de frente a mí y las flores comenzaron a desaparecer poco a poco —para mí lo más importante es tu corazón,—descansó su mano sobre mi pecho semidesnudo —que esté vivo, me alimenta. Jamás me voy a resistir a él. Soy capaz de encontrarlo en cualquier dimensión en la que pudiera esconderse. ¿Entiendes eso?

—Entiendo que no manejamos muy bien el tema de ser posesivos —respondí sarcástica.

—No, Jul. Tú me posees a mí. Tú me deseas a mí, —dijo Arti seria con una contundencia que debía espantarme —yo te encontraré siempre. Siempre.

El diablo nunca miente. Esa verdad me tenía que haber sido suficiente para salir corriendo al consultorio de mi doctor. Si tan solo hubiera tenido la capacidad de leer entre líneas y comprender en su totalidad esa frase «Tú me posees a mí”» Porque, lo que el cabrón del diablo quería decir, más allá de una frase de telenovela, era que yo lo poseía como un cuerpo posee un parásito. Tú no eres parte de él, él es parte de ti, en consecuencia el fin de la enfermedad no está en el cuerpo extraño, reside en la capacidad de tu propio cuerpo para sanarse y ahí, en esa verdad, se exponía mi maldición y el futuro que me espera; yo debajo de esta cama de hospital a milisegundos de morir.

—¡Jul, qué chingados! ¿Todo bien? —era Sadie sacándome del trance y tratando de levantarme del suelo.

—¡Hey! Esto está prohibido, voy a tener que llamar a mi jefe —dijo con voz angustiosa un *morro* con uniforme de Cinemax.

—¡Pendejo! ¿No ves que está desmayada? Más bien qué chingados le ponen ustedes a sus bebidas para que una ***morrita*** acabe así en una sala vacía —lo topó Mario con mirada amenazante.

—No, no. Por favor, no me metan en problemas, necesito este trabajo.
—Entonces, date. ¡Fuera! Nosotros nos encargamos —respondió Mario aventándolo fuera de la sala.
—¿*Dude*, te puedes levantar? —me preguntó Sadie al mismo tiempo que llamaba a Mario para que me ayudara.
—No sé. Los efectos secundarios de la puta nueva medicina me provocaron náuseas y pensé que entraba a un baño y como estaba todo a oscuras, me tropecé y me caí. Chance y perdí el conocimiento —mentí fácilmente, porque quizá no era mentira y eso es lo que en realidad había pasado. Quizá...

Todavía puedo sentir el cristal de la ventana del auto de Mario pegándose a mi frente. Casi que todavía puedo oler en mis dedos el alcohol que escurría de una bolita de algodón, que me habían dado en la enfermería del cine y que me la llevé pegada a la nariz durante todo el camino de regreso. Cuando Mario y Sadie me dejaron en casa, me sentía casi normal, por lo menos logré subir las escaleras a mi cuarto sin vomitar. Recuerdo el ruido bajo de la tele que se escuchaba desde la habitación del Ingeniero Álvarez, así me gustaba decirle a mi papá. Él tenía esta costumbre de los viejos padres de dormirse con la televisión prendida. Siempre el noticiero.

—Pá, ya llegué —le di un beso en la frente y me recosté a su lado. Puedo recordar cómo se sentía la textura de su suéter tejido, su barba de tres días raspándome la frente y la melodía de su corazón que ronda intensa todavía en mis oídos. El corazón de mi papá llevaba el ritmo de ***The Tower of Song de Tom Jones****. Jamás podré volver a escuchar esa canción. Nunca.

—Seguimos con las últimas noticias sobre el trágico caso de la familia De la Rea. Nos conectamos en directo con Rita Martínez desde la residencia familiar, después de que Paola De la Rea diera una conferencia de prensa. Rita, vamos contigo.

** "Tower of Song" es una canción escrita por Leonard Cohen que aparece en su álbum de 1988 I'm Your Man.*

—Ricardo, buenas noches. El ambiente desde la residencia de la familia De la Rea definitivamente es lúgubre. La señora Paola en rueda prensa confirma el doloroso fallecimiento

de su esposo. Fuentes cercanas a la familia hablan de un posible suicidio. Esto llega en el peor momento para la familia que, desde hace meses, está pasando por un terrible escarmiento público al destaparse un escándalo fiscal y, por supuesto, la muerte de su hijo menor Santiago de la Rea.

"***Puta madre. Esto es casualidad. Esto no tiene nada que ver contigo Julia"***, pensé ingenua. **"Tú me posees a mí. Tú me deseas a mí**", escuchaba la voz del diablo, una y otra vez, una y otra vez. Luego sentía los besos de Arti en mi espalda y una caja de cerrillos se incendiaba en mi vientre. Abracé a mi papá, como quien se agarra a un clavo ardiendo para no desaparecer y llevé mi respiración al ritmo de sus latidos. Conté del cero al ochenta y tres, traté de llegar al ciento cincuenta mil, pero antes de que pudiera hacerlo me quedé profundamente dormida y comencé a soñar con estadísticas.

Me pregunto si las estadísticas servirán de algo en la situación en la que me encuentro. Tampoco es que tenga mucho conocimiento del tema; lo único que sé de números es que, al igual que la muerte, no son personales hasta que lo son. La posibilidad contra la probabilidad siempre pierde, hasta que gana y te mueres. ¿Me quiero morir? La neta no lo sé. La idea de que deje de doler es superatractiva; pero hay algo que me emputa, que es que me quieran decir qué hacer. Cómo morir. No sé si me encanta la idea de que el puto diablo se coma mi corazón y pulverice mi existencia. Ojo, que no es que me parezca una pésima idea morir en los besos del diablo, el tema es que yo no lo estoy eligiendo ¿o sí? No. Porque si fuera mi elección podría moverme de aquí. Okay. Sí. Eso hace sentido. Venga. Solo son decisiones. Decide mover tu brazo izquierdo. Bien. Ahora el derecho.¡Perfecto! Ahora, literal, arrástrate hasta llegar al carrito de las medicinas. Fácil.

Ésta quizá sea un poco más complicada, pero apóyate del carrito y pinches levántate. ¡Levántate, Julia!

A quién se le ocurre poner un espejo de cuerpo completo en la puerta del clóset de una habitación de hospital. Pff, estoy puteadísima. Con razón me duelen los brazos; la boca me sabe a sangre; no hay un solo espacio de mi cara que no tenga cortes; las rodillas las tengo abiertas. La buena noticia es que no están rotas, supongo.

¿Cómo llegaste aquí, Julia? ¿Quién es esta morra agonizante que te mira desde el espejo? ¿Por qué chingados sobreviviste al puto accidente? Mírate estás hecha un trapo. Eso es algo que diría Sadie.

—***Dude,*** estás hecha un trapo —recuerdo la voz de mi mejor amiga como si estuviera en este

instante al lado mío —Julia, neta, ya métete a bañar.

—Güey, todavía nos faltan un par de cajas más. Además, la que apesta eres tú.

Era sábado por la noche y probablemente una de las noches más lúcidas de mi vida. Sadie y yo nos fuimos a vivir juntas recién cumplimos los diecinueve años. Era un depa pequeño. Con solo dos habitaciones y todo lo demás compartido. Eso sí, con un ventanal de piso a techo que corría con un balcón que daba vista al parque. La estancia no tenía divisiones, así que la cocina, el comedor y la sala era un tres en uno. Una tira larga de piso de duela, que con el sol de la tarde te provocaba una ganas tontas de tirarte sobre de ella. Cómo amé ese lugar. Resultó ser un sitio todo posible, las estadísticas de que nada malo nos podría pasar allí eran bastante altas, por lo menos así se sentía.

Recuerdo el espejo que pusimos en una de las paredes de la sala para que la luz de la mañana rebotara y se formara un pequeño arcoíris. Recuerdo la obsesión de Sadie de verse mil trescientas veces en ese espejo antes de irse a la universidad; nunca se fue convencida de lo que veía. Quizá por eso decidió estudiar psicología, por eso y porque así haría felices a sus padres; en un salto de fe podía existir la posibilidad de que pudiera salvarse de su propia condición mental, estudiándola hasta el cansancio.
Qué risa. A veces los padres y su ego tienden a superar mi habilidad de crear cosas que no existen.

«Les hará bien vivir juntas, además así mi hija nunca estará sola», la mamá de Sadie me repitió esa frase mil veces durante ese día de mudanza. A cada rato me llenaba de abrazos, recuerdo haberme sentido más incómoda con cada «gracias». Cualquiera habría podido decir que los padres de Sadie me pagaban con un depa a cambio de ser la amiga de su hija. Ay, señora, no sabe cómo lamento no haber cumplido con tan sencilla expectativa. Dondequiera que esté, que sepa que hice lo que pude con lo que tenía. Que en ese entonces, por lo menos en mi cabeza, era bastante. Creía que podía con la vida. Se lo demostré a mi hermana Mich cuando le dije que ni en pedos iría a una universidad a perder mi tiempo, hasta me conseguí un trabajo de ***blogger**** por doce mil varos al mes. Ahora que lo pienso, me fui corriendo de casa de mi papá justo por eso, porque no soportaba la idea de que Mich quisiera ser mi mamá. Mi hermana era toda perfección: una mujer empoderada, independiente, fuerte, sin temor a nada. Estoy segura de que si mamá estuviera viva, Michelle sería su hija favorita. En eso también hacen gracia los padres. La inevitabilidad de poseer a un hijo favorito. Sí, poseer. Porque lxs hijxs favoritos, son la versión de ellos mismos que nunca pudieron ser, que siempre desearon y como todo deseo, es casi imposible de soltar. Estaría bueno saber las estadísticas sobre cómo los hijos se hacen mierda a causa de la intensidad enferma de los padres.

**Blogger (adj.): perteneciente o relativo a los blogs o a los blogueros.*

El día que Mario fue a recogerme a casa de mi papá para ayudarme con mis cajas de mudanza, Mich decidió no estar, para ella, irme era traición. Pero, sobre todo, significaba que no podía cuidarme como ella necesitaba. Mi hermana siempre se esforzó por convertirme en una persona normal, le daban pánico mis ataques de pánico. Una vez, de la desesperación de verme

tan mal, comenzó a gritarme que parara y me tironeó hasta la regadera para ponerme bajo el chorro de agua fría para que ***se me pasara el berrinche***. Qué puta risa.

El Ingeniero Álvarez fue todo lo contrario. Una de las primeras cosas que me enseñó mi papá fue que por cada sentimiento existe una canción que lo describe a la perfección. A mi papá las palabras siempre le costaron, sin embargo, la música fluía en él como corriente de agua, como olas de mar. Por eso las referencias musicales eran un lenguaje común en la casa. Por lo menos entre él y yo, porque a Mich eso la volvía loca. Qué risa. A veces los padres y su ego tienden a superar mi habilidad de crear cosas que no existen.

—¿No pueden usar palabras como la gente? De verdad, ¡qué hueva! No lo entiendo, —decía mi hermana mientras nosotros le volteábamos los ojos y le torcíamos la boca. Mi papá me guiñaba un ojo, era nuestro código secreto, lo que nos mantenía cerca el uno del otro.
Por eso, el día que me fui de casa, él me heredó todas sus camisetas de todos los conciertos a los que fue con mi mamá, antes de que yo naciera. Ahí una herencia que sí hace sentido. Mi papá me dio las fotos mentales de sus momentos más felices al lado de mi madre; entre letras y música, ambos pudieron decirse de todo y, aun así, seguir amándose. Instantes hechos tela para que yo pudiera resguardarme en ellos cada que lo necesitara. Cinco cajas de playeras en total.

¿Qué habrá pasado con la playera que llevaba hoy? ¿La de *Blur*? No, era la de *Pulp*** seguramente la tasajearon cuando llegué a urgencias y la sustituyeron con esta bata ridícula y humillante. Los espejos, incluso los de hospital, deberían de traer filtros incluidos, aunque no estoy segura si con un filtro esta cosa accidentada que es mi reflejo pudiera cambiar mucho, porque los putazos que llevas dentro no se desvanecen. No hay cómo calibrarles el brillo o el color. Estoy destrozada, quebrada a partes. Si el diablo supiera, quizá se daría cuenta de que no hay mucho más que devorar. ¿Qué sentirá el diablo cuando me vea así?

** Blur es una banda de rock británica formada en Londres en 1988. Está formada por el cantante Damon Albarn, el guitarrista Graham Coxon, el bajista Alex James y el baterista Dave Rowntree.*
***Pulp es un grupo creado en Sheffield, Inglaterra, a finales de los 70, aunque su primer disco se editó en 1983. Del grupo destaca su carismático líder, Jarvis Cocker, uno de los estandartes del britpop.*

—¿Qué se siente? —preguntó Sadie, era de madrugada y recién unas horas antes se me había pasado un ataque de ansiedad. Estábamos tiradas en la duela con las ventanas del balcón abiertas por completo y la humedad de la noche nos hizo beber más de la cuenta.

—¿La ansiedad? —respondí a medio trago de vino barato del Oxxo.

—No. ¿Qué se siente besar a una ***morra*** como Arti? —para Sadie hacer ese tipo de preguntas era raro, quizá fueron los dos porros que traíamos arriba —hace dos años de eso y no has vuelto a estar con nadie más. Primero me sostuvo la mirada y después se clavó jugando con las cenizas que habían caído sobre la duela, como queriendo cubrir la verdadera intención de aquellas

preguntas.

—Besar a Arti fue como un ataque de ansiedad, pero al revés —contesté tratando de ser lo más sincera posible. Sadie se quedó callada, no podía ver su cara, pero estoy segura de que se debatía entre pensamientos y aseveraciones. Pero era cierto, si en un ataque de ansiedad sientes que te vas a morir, besar al diablo es como si pudieras vivir para siempre.

—Jul, ¿sigues enamorada de ella? —qué manera de romper un silencio, ojalá hubiera entendido la seriedad con la que Sadie me preguntaba esas cosas. No sería la primera ni la última vez que le fallaría con mis respuestas.

—Nunca estuve enamorada de ella, —mentí —solo fue una de esas cosas que te topas de pronto, te hacen sonreír y se van. Como toparse a una mariposa dentro del vagón del metro.

—Mmm... ¿es por eso que desde esa vez del cine ya no juegas con tus medicinas y sigues tu tratamiento al pie de la letra? ¿Para que ya no te pase algo así otra vez? —me preguntó sin una pizca de filtro y hasta con un deje de sarcasmo.

—***¡Dude!*** No mames con esa pregunta. Vale madres lo que haga o no haga con mi tratamiento.

La mota hacía su efecto y no del ***chido,*** recuerdo perfecto como esa pregunta comenzó a mal ***tripearme**** cabrón. Miré a Sadie un instante y me levanté del piso, de pronto todo daba vueltas. El cel en mi mano comenzó a vibrar, era Mario y traía ***refill***** de todo. Antes de que pudiera moverme a la puerta, Sadie me tomó de la mano y me sonrió, la perdoné al instante.
—Ven. Hay que tomarnos una foto, —me ordenó —*selfie* para recordarnos que por fin vivimos solas y podemos hacer de nuestra vida lo que pinches se nos antoje.

**Trip (sust.) en inglés significa «viaje». Uso coloquial en México para decir un mal viaje por el uso de marihuana.*
***Repuesto*

Esa fue la primera de muchas fotos en la que estúpidamente creí que era el inicio de mi vida libre. Ahora que hago ***zoom*** a ese momento, puedo ver todos los detalles que pasé por alto y que después, me cobrarían factura y quedaría debiendo, la primera de ellas la sonrisa de Sadie en esa foto. Una de las pocas veces que sonrió de verdad.

Si esos días tuvieran un nombre de serie de Netflix, la serie se llamaría el ***Trío* De *Los Imposibles***, porque la ilusión que vivíamos en ese depa supo esconder a detalle cualquier foco de alarma, cualquier verdad incómoda. Sadie asumía que era posible curarse solo por estudiar psicología. Mario se aferraba a la posibilidad de que Sadie y yo le hacíamos bien a su vida. Y por último, yo me obligaba a creer en la posibilidad de ser libre y que todo estaría bien mientras le mantuviera la promesa al Ingeniero Álvarez de no dejar mis medicinas.

Está cabrón como en esos días todavía dimensionaba claramente el peso y valor de una promesa, ahora no es que haya dejado de creer, simplemente mi fe solo tiene fuerzas para una y es la promesa del diablo de encontrarme siempre, no importa dónde ni en qué dimensión o universo.

Así nos bebimos los dos primeros años en ese depa. Tengo mil trescientas fotos mentales de

esos días y en todas salgo con Sadie colgada de mi cuello y Mario detrás de nosotras con la lengua de fuera como retando a la vida a que se atreviera a tocarnos un pelo. Hasta que lo hizo y entonces todo se fue a la mierda.



3

ALEVOSÍA Y VENTAJA

Ya parada aquí, frente al espejo, me siento tan insignificante. Por lo menos, debajo de la camilla la situación no parecía tan absoluta. Después de verme al espejo y hacer un cálculo rápido de todo lo que tengo cortado y roto, me doy cuenta de que nada me duele más que la vergüenza y el arrepentimiento. La boca de mi estómago está llena de un fuego ácido. Me está subiendo por la garganta. Se expande a los pulmones. ¡Para! Respira. Volver al ataque de pánico no te va a funcionar de nada, Julia. Cierra los ojos. Concéntrate. Mientras escuches tu respiración hay oportunidad de salvar la vida. ¿Qué escuchas? El zumbido de las lámparas. Las voces de las enfermeras. Me escucho a mí misma hace seis años y recuerdo haberme sentido igual que ahora, pegajosa, oscura y sin remedio.

—***Dude***, ¿te vas dos meses enteros? ¡No mames, güey!, —recuerdo caminar en círculos alrededor del equipaje de Sadie desparramado por la sala hasta marearme —¿y mi cumpleaños? ¿Lo pasaré sola?

—Jul, estoy segura de que podrás vivir perfectamente sin mí dos meses —la voz de Sadie era distinta, comúnmente ella se angustiaba cuando yo lo hacía, pero en aquella ocasión su voz era tranquila, incluso como de placer.

—Son ocho semanas. Nos escribiremos todos los días y te llamaré el día de tu cumple. No estás sola, está tu papá, tu hermana, Mario.

Me tumbé en el sofá. Sadie iba y venía de la habitación al baño, del baño a la sala, de la sala a la cocina. Cada que metía algo a la maleta repetía el mismo diálogo, decía que ese viaje a Europa era más una obligación que otra cosa, que de poderse librar lo haría.

—Nos vamos a mensajear todos los días y podremos hacer videollamadas cuando tú quieras.

“Cuando yo quiera... Lo que quiero es no estar sola”, pensé con tristeza. Fui incapaz de

contener mis lágrimas y cuando Sadie se dio cuenta, leyó mi cara con una intención escondida que ni ella misma sabía qué significaba. Me sonrió.

En ese entonces esa sonrisa me pareció de ternura cuando, en realidad, era de avidez y eso, años después, desencadenaría en las decisiones más estúpidamente egoístas que he tomado en mi vida.

—Julia. No te pongas así. Tú y yo estaremos juntas siempre. No importa la distancia. En la línea, ¿recuerdas?

«En la línea» era una frase que nos repetíamos Sadie y yo a manera de promesa. Nosotras contra el pinche mundo y pelearíamos como gatos rabiosos o moriríamos en la línea intentándolo. Todavía puedo sentir en mis oídos como su voz se fue haciendo ruido sordo y como, con cada lágrima, mi mente se perdía en el techo. Volvía a sentirme la niña de seis años apanicada de morir, lo único distinto era la mano que me sujetaba, no era la de mi madre, era la de mi mejor amiga y como bien decía ella refiriéndose a sus padres adoptivos, no era suficiente.

No recuerdo cuánto tiempo pasamos en el sofá tomadas de la mano, Sadie hablaba sin parar para convencerme de que ella estaría para mí siempre, bla, bla, bla. Reconozco que ningún argumento suyo me era convincente, todo lo que decía no importaba un carajo. Sadie sonreía y me acariciaba la cara. Mi cuerpo lo único que pedía a gritos era desaparecer, salir corriendo. ***Spoiler*:** no lo hiciste Julia; yo no lo sabía, pero esa noche, me volvería una experta en extrañar a mi mejor amiga y extrañar se volvería sinónimo de arrepentimiento.

—Jul, ¿estás despierta...? —una rendija de luz atravesó la puerta de mi cuarto, era Sadie y eran las tres de la mañana —oye, ¿me puedes prestar una de tus camisetas de concierto? Quiero llevarme una. Siento que así podré dormir en el viaje y no te sentiré tan lejos —ahí estaba otra vez, esa inquietante e imperceptible sonrisa.

—Llévate la de ***The Cure****. La del tour de Wish, esa trae buena suerte —mentí. Sadie la sacó del cajón, se quitó la pijama que traía puesta y se puso mi camiseta.

—¿Puedo dormir contigo? No quiero estar sola.
Se me salió una risa, a qué puto árbol se arrimaba. ¡A ninguno! En cualquier caso, más bien se arrimaba a un hoyo negro. Porque eso es lo que era yo en ese momento, un hoyo negro debajo de unas mantas blancas.

** Revelación.*
*** The Cure es una banda inglesa de rock formada en 1976. Esa camiseta era la oficial del concierto que dieron en la Ciudad de México en los 90'.*

Eso es algo que tiene esta puta condición de porquería, la habilidad de tomar un sentimiento y aventarlo por una espiral de pensamientos falsos, heridos y turbios. Pensamientos drogados que te arrastran de un: pasarás sola tu cumpleaños; a un: estás sola porque eres una mierda de persona. —Obvio —mentí.

Sadie se metió a las sábanas y ambas nos quedamos viendo al techo. Me tomó de la mano —yo también te voy a extrañar —me dijo

bajito.

Mi mejor amiga se acercó cautelosa como serpiente y me rozó la boca con sus labios. Y para mí, ese movimiento fue como si me clavarán un picahielo en el abdomen. Con un grotesco acto reflejo, mi cara se negó a ese beso que apestaba a vacío, complejidad, problemas.

—Está bien, Jul. Ya no tienes que esconderlo, yo también te quiero —intentó de nuevo forzar la cercanía de mi cara contra la suya, volví a alejarme tajante.

—Yo no te quiero —le vomité esas palabras como si fueran balas ardiendo.

Recuerdo el sonido que hizo nuestra relación con esas palabras, «crack» una grieta diminuta que avanzaría progresivamente hasta romperlo todo. Después vino un silencio, aunque sabemos que el silencio no para de hablar, Sadie cerró sus ojos lentamente y fingió sueño. Después de unos minutos, que me parecieron años, yo dormí también.
Nunca tuve oportunidad de hablar con ella sobre esa noche, nunca tuve los huevos para hacerlo. Sabía cuánto la había herido y que ese corte en su corazón jamás cerraría.

Sadie, hasta el día de su funeral, siempre fue mi línea clara entre lo que era real y lo que no. ¡Eso es en lo que tendrías que haber pensado antes de tirarte de un puto techo, pinche Sadie! No te besé porque eras real, eras rutina, eras piso. Por eso, en el momento en el que Mario y yo te despedimos en el aeropuerto, ese miligramo de coherencia en la parte de atrás de mi cabeza se quebró y la grieta de nuestro universo se hizo un poco más profunda. Sí. En un colapso de realidades y tiempos, tu cabeza y mi mente se estrellaron al unísono. Tú cuando caíste de un séptimo piso años después y yo cuando dejé que el demonio me atrapara. A partir de esa despedida de aeropuerto, viví con esa herida de picahielo en la boca del estómago constantemente y dependiendo de cómo, cuánto y cómo me moviera me dolía menos o más, pero siempre dolía.

Sadie. No sé si me estás viendo ahora, destrozada frente a un espejo de hospital, pero que sepas, querida Sadie, que a pesar de todo, sigo de tu lado, en la línea.

Salí con Mario varias noches seguidas, las primeras cinco, las primeras diez. Pronto me di cuenta de que no servía de nada, el ***dude*** tropezaba una y otra vez con historias de Sadie, preguntas de Sadie, suposiciones de Sadie. Sadie en todas partes, me causaba náuseas. El tiempo pasó en medio de música y alcohol. Me descubrí harta, aburrida. Comencé a preocuparme por pendejadas, por el dinero, por la calidad de mi trabajo. Las llamadas de Sadie se hicieron espaciadas y después sus mensajes como gotas de agua en el desierto. De pronto un día simplemente me dejó en visto y al siguiente mi mensaje se quedó con una sola palomita gris. Caí en cuenta que me había bloqueado de su vida. Digo bloqueado porque a Mario le seguía escribiendo y le preguntaba por mí. La renta del departamento se siguió pagando, sin avisos, pero siempre puntual. Mi vínculo con Sadie se volvió silencio ni bueno ni malo, silencio. Mis días comenzaron a ser adultos, repetitivos. Sentía que de a poco me transformé en la pared de la peli de **Garden *State***. Una peli en la que el protagonista toma medicinas para su salud mental y se da cuenta de que las pastillas lo duermen, la palabra en inglés «***numb*****» lo describe mejor. El

tratamiento que supuestamente le tenía que provocar bienestar lo convierte, básicamente, en un zombi. Hay una escena donde él está parado, inexpresivo viendo a la cámara y te das cuenta de que el estampado de su camisa y el diseño de la pared detrás de él son el mismo. Así yo. Así que pendejamente le hice caso a mi hermana mayor y me conseguí un trabajo de verdad, aunque el chiste me salió redondo, porque ese trabajo era de medio tiempo en una librería y me pagaban menos de la mitad de lo que ganaba escribiendo blogs, que ya era el doble de cuando había empezado a los diecinueve años.

**Garden State es una película estadounidense del 2004, escrita, dirigida y protagonizada por Zach Braff.*
*** Dormido. Entumecido.*

A falta de rutina, horarios o sentido común, las horas se me escurrían en trabajar por las mañanas en la librería y escribir notas de blog por las noches. La diferencia entre esas dos actividades me mantuvo en mis cabales por un tiempo. Porque al final eran actividades cíclicas, comenzabas en un punto y tenías la certeza de que volverías al principio de nuevo. Escribí unas sesenta y siete notas de blog sobre cómo hacer tu rutina de ***skincare*** para diez diferentes marcas con veinte productos distintos. El contenido publicitario se me daba muy bien, porque se mentir de puta madre. Contrario de lo que hacía en la librería, ese tiempo era cómo un bálsamo que sabes que no te va a curar nada, que no te va a quitar las ganas de morirte, pero por lo menos hace que no te duela tanto, como uno de esos aceites de olor que la gente jura que te quita el dolor de cabeza. Pero es que esa librería era hermosa. Tenía techos altos y un tragaluz enorme. Con una área de lectura, una pequeña sala de cine y una mini galería de arte. Era un buen lugar para sobrevivir. Y eso es lo que hacía, respirar en automático, así que un martes por la mañana, así no'mas dejé de tomar mis medicinas.

Esto es lo que pasa cuando dejas tus medicinas, Julia. Las personas mueren y tú acabas escondiéndote en un cuarto de hospital con el espíritu inválido y a tope de miedo. Respira. No. Esto pasa por ser tú, con o sin medicinas, con o sin locura. Eres una pinche maldición andante. Tan inevitable como una lotería genética de condiciones mentales. De pronto tengo ganas de vomitar. Todavía no decido si me quiero morir. De mientras puedo atrincherar la puerta del cuarto con el carrito de medicinas y la cama. Sentarme en el piso al lado de la puerta, llorar y esperar.

Recuerdo sentarme en esta misma posición a la entrada del estacionamiento de proveedores de la librería. Puntal a las ocho de la mañana a esperar a que abrieran. El trabajo era sencillo, catalogar, ordenar, desempolvar; puras acciones mecánicas que me hacían divagar. ***Qué tipo de persona deja La Tregua de Benedetti *encima de la estantería de libros de autoayuda. No mames el loco que deja Crepúsculo* y Julieta del Marqués de Sade*juntos en la sala de lectura,*** me reía yo solita.

**La Tregua (1959) es una novela del escritor uruguayo Mario Benedetti (1920-2009), que narra la vida de Martín Santomé, un hombre viudo y cercano a jubilarse, que se enamora perdidamente de su compañera de trabajo.*

*** Crepúsculo (título original en inglés: Twilight) es una serie de cinco libros para adolescentes escritos por la estadounidense*

Stephenie Meyer. Los libros, enmarcados dentro de la fantasía romántica, narran la historia de amor entre una chica mortal (Bella) y un vampiro (Edward).

****Juliette o las prosperidades del vicio, también llamada Juliette o el vicio ampliamente recompensado, es una novela del Marqués de Sade, publicada en 1796 tras La nueva Justine. Juliette y Justine eran dos niñas que tenían 14 y 12 años respectivamente, cuando queda- ron huérfanas y totalmente solas. Al salir del convento, ambas decidieron tomar caminos distintos. Juliette, una hermosa joven, decidió comenzar a trabajar en un burdel.*

Era tranquilizador saber que había personas mucho más hechas mierda que yo.

A las 13:30 era mi hora de comida. Me gustaba mucho ir al parque de enfrente, sentarme en una de las bancas y ver pasar a las personas, mientras me comía lo que fuera que vendiera la señora del carrito de la esquina. Ensalada de atún y agua de fresa. Me acuerdo perfecto de ese menú porque eso fue lo que comí el viernes de mi cumpleaños número veintiuno. No me molesta tener más años, me caga el concepto social cumpleañero y me incomodan sus rituales.

Ese año fue de los peores, me estuve escondiendo de ese día hasta que llegó de putazo como un pinche tren bala. De pronto escuché la voz de mi hermana.

Ojalá fuera la voz de mi hermana la que atravesara esta puerta de habitación hospital. Claro. Mich ya no habla, mi egoísmo la dejó sin poder pronunciar una sola palabra. Mich, me daría igual que tu voz fuera para juzgarme con tal de oírte otra vez, tu voz me salvaría.

—Aquí estás —dijo Mich, bajó mis piernas de la banca para podernos sentar juntas *como la gente.* Era jueves, abril. Como era mi cumpleaños, la tarde se apetecía algo mediocre, sin muchos carros, sin mucha gente, un universo con poco que ofrecer.

—En la librería me dijeron que estarías aquí. Llevas semanas sin poner un pie en casa de papá.

Mi hermana me abrazó fuerte, con seguridad, como queriendo comprobar que en realidad yo seguía viva. Cómo me arrepiento de no haberme quedado en esos brazos, suspendida toda la tarde.

—Mich, ¿qué haces aquí? ¿No tendrías que estar en la oficina? —le pregunté todavía con comida en la boca, porque sabía que eso la volvía loca.

—Ya te lo dije. Como no has ido a casa en semanas, alguien tiene que saber que estás bien. Papá no lo dice, pero se preocupa cuando no sabe de ti. Me dijo que te llamó varias veces y que no le contestaste. ¿Estás bien, Julia?

—Sí, —mentí —obvio que estoy bien, solo que no he tenido tiempo, he estado muy ocupada —me zafé de los brazos de mi hermana y me levanté de la banca.

—Ocupada en qué, —de un jalón Mich me tomó de la mano e hizo que me sentara de nuevo

junto a ella, como cuando éramos niñas y me obligaba a sentarme a su lado, según ella, para cuidarme mejor —tienes que esforzarte más. Papá se pone triste cuando no te ve en mucho tiempo y la verdad es que me vendría bien una mano en la casa. Desde que tuve que despedir a Rita no he podido encontrar a nadie de confianza que se haga cargo de la casa.
Me cagué de risa.

—Entonces, no es preocupación, es falta de servidumbre, —le contesté lo más sarcástica e hiriente posible —perdón, ya tengo dos trabajos y uno de ellos es de verdad, no podría con un tercero.

—Cómo te encanta voltear las cosas, —Mich me interrumpió antes de que pudiera seguir con mi veneno —yo no dije eso. Solo digo que me vendría bien, que me ayudaras más con las responsabilidades de la familia. Hoy cumples veintiuno, ¿no crees que ya es momento de que hagas algo de tu vida?

Se hizo un silencio, porque mi vida está llena de ellos, porque hay instantes que se quiebran tan aparatosamente que debes guardarles luto, aunque sea por unos segundos. ***Algo de mi vida... ¿cuál vida? ¡Pendeja!,*** le grité a mi hermana desde mi silencio.

—¿A qué te refieres? —puntualicé.

Mich clavó su mirada en mi rostro. Juzgó cada centímetro de mi expresión o como ella decía me aplicó su habilidad de leer a las personas, ese era su propio superpoder inservible.

—Sigues tomando tu tratamiento, ¿cierto?

¡Pff!, al instante sentí en la garganta la asquerosa bota controladora de mi hermana. Mich era así, poseía esa habilidad casi omnipresente de destruir cualquier tipo de calma, paciencia o cordura en milésimas de segundo.La punzada de picahielo ardió, el dolor se había convertido en ira. Le devolví la mirada inquisitoria, era todo mi deseo poder azotarla con mis palabras más ácidas, pero justo era lo que ella quería, sacarme de mi apatía para corroborarle al mundo que yo estaba mal, así que moderé mi voz y le sostuve la mirada.

—Sí, nunca las dejo de tomar. —mentí — Se lo prometí a mi papá. Tengo que regresar. Se acabó mi descanso —me obligué a darle un beso y un abrazo. —Te prometo que iré este fin de semana a ver a papá y llevaré un pastel para celebrar mis veintiuno.

Mi hermana podía ser muchas cosas, y ser la que se llevara la última palabra, siempre era una de ellas. —Espera. Te traje un regalo, —abrió su bolsa y sacó una caja de terciopelo negro —en realidad no es de mi parte, es un regalo de mamá, —y con esas palabras, así de fácil, me deshizo —dice mi papá que cuando supo que estaba embarazada de ti, mandó a hacer este collar y que planeaba dártelo cuando tuvieras veintiuno.

Mi mamá tenía tan buen gusto, era una cadena de oro rosa con un dije. El colgante estaba hecho con una sola lámina de oro que se doblaba en perfectas curvas para crear la silueta de una mariposa. —Mamá dibujó esa silueta sobre una servilleta de una pizzería o eso es lo que dice mi papá.

Mich tenía esa magia sobre mí. Incendiarme en un segundo y después con tan solo una palabra desarmarme. No pude evitar las lágrimas y mi hermana me abrazó con lo que podía y de

la única forma que sabía hacerlo. —Jul, cuídate. Eres igualita a mamá.

Ese collar lo perdí en el jardín del Ingeniero Álvarez hace unos meses. Estaba tan desconsolada. Mi papá, siendo el tipo que era, me sugirió que me tatuará la silueta, incluso pasamos toda la tarde en la bodega de la casa buscando entre las cosas de mamá hasta que dimos con la bendita servilleta. Nos tatuamos juntos. Papá se tatuó tres aves volando en el cuello, los tres amores de su vida, su esposa y sus dos hijas. —¡Libres, las quiero a las tres libres, como pajaritos al viento! —decía mi papá en voz alta para que todo el estudio de tatuajes lo escuchara. Yo me llevé la silueta de mariposa de mi madre en la muñeca izquierda. Con los moretones que traigo casi ni se ve, pero la siento.

Recuerdo cómo se sintió esa tarde de cumpleaños. Después de haberme encontrado a Mich en el parque, las horas se pasaron como agua.
Me urgía que dieran las once de la noche y que el bar en el que trabajaba Mario, en ese entonces, estuviera abierto. Necesitaba explotar, porque si no algo me reventaría por dentro. Tengo la imagen clara de la última vez que me vi en el espejo antes de salir del departamento. Estrenaba un vestido negro, corto a los muslos, pegado al cuerpo, con encaje en los hombros.

Cabello en un ***up-do****. Labios rojos gracias al maquillaje Chanel, que Sadie había dejado en su habitación. Me veía hermosa, el mundo era mío y esa noche nadie me podía decir lo contrario. Llegué directo a la barra y me hundí en lo primero que me sirvieron.

—Jul, llévatela tranquila. Hoy no puedo ir a dejarte, me toca cerrar —Mario me gritó al oído mientras tomaba mi bolso y lo acomodaba detrás de la barra.

—Dude, no necesito que nadie me lleve mi casa. Esta noche me llevo yo solita.

“Y con un poco de suerte me muero en medio de la pista”, pensé. Bailé cada canción, como si no hubiera un puto mañana. Cada trago adormecía la punzada de picahielo en mi estómago y cada vez que pasaba mi tarjeta de crédito por la máquina, el volumen de las palabras de mi hermana disminuían un poquito más. Incluso logré deshacerme de un par de indeseables que buscaban arruinarme la noche. No necesitaba a nadie. Hasta que lo necesité. Era la noche perfecta, hasta que dejó de serlo.

Un bar a las tres de la mañana deja de ser divertido, así que firmé la cuenta de mis últimos tragos. Mario me acompañó afuera, me prestó su chamarra para cubrirme del frío de la madrugada y esperó conmigo el Uber.

**Tipo de peinado que caracteriza por la raya en medio y el cabello recogido en dos mecho- nes (también sirven trenzas) que se disponen en los laterales de la cabeza para terminar en un moño o en una coleta.*

—Demasiada maldad por hoy, ¿no? Se ve que ya te pesan los veintiuno —me dio un beso

en la frente, abrió la puerta del auto y me dejó ir.
Me sentía tan fuera de mí. Pegué la cabeza a la ventana del auto y respiré profundo. El vaho de mi respiración empañó el vidrio y escribí con el dedo «21». Veintiún años de asfixia, de sentirme incompleta y de simplemente no pertenecer a nadie, a ningún lado. Cerré los ojos y recordé a lo que olía mi madre en el desayuno, de pronto me asaltaron las mismas ganas intensas de llorar que había sentido en el parque, solo que esta vez Mich no estaba ahí para abrazarme. Deseé que mi madre me llamara por teléfono. Deseé que Sadie me mandara una nota de voz de cumpleaños. Deseé estar en los pensamientos más protegidos de mi padre. Deseé que ser yo no fuera una desgracia, sino una fortuna. Lo deseé tan fuerte que algo en mi corazón tronó. Como cuando enciendes un cerillo en medio de la oscuridad.

—Te ves muy guapa —se atrevió a decirme el conductor.

Subí la mirada para ver al igualado hijo de puta que se atrevía a sacarme de mi miseria. En vez de toparme con un pervertido, me tropecé con una mirada infinita de color miel. —Me parece que la siguiente vez que bailes así, tendrá que ser conmigo.

Esa mirada y ese baile de palabras le dieron un vuelco a la punzada de picahielo incrustada en la boca de mi estómago. Tuve la fuerza para levantar de nuevo la mirada. Ahí seguían. Dos ojos color miel que gritaban cosas que mis oídos no estaban preparados para escuchar. Así que guardé silencio, como esperando que eso fuera suficiente para poder entender qué estaba pasando y protegerme de cualquier curva que el universo me quisiera lanzar, pero no lo fue y esos ojos no dejaban de mirarme, así que vomité lo primero que se me ocurrió.

—Podrías mirar el camino, por favor. No ves que puedes causar un accidente —le dije con la voz más adulta y seria que pude encontrar en mi garganta.

Al instante dejó de mirarme. ***“No, no dejes de mirarme, te lo suplico”,*** pensé. Mis manos comenzaron a sentirse calientes, no sabía si era la falta de medicina o el hecho de que mi estómago estuviera lleno de alcohol, daba igual, por lo menos el ardor de la punzada de a poco desaparecía. Miré por la ventana y respiré profundamente. Recuerdo que el auto olía a lo que suena un mordisco de manzana verde en una tarde de verano, recuerdo la piel de mis rodillas desnudas erizándose. Dos mariposas amarillas, idénticas a las de la sala de cine de unos años atrás, una en cada rodilla, movían sus alas como queriendo acariciarme. Miré de nuevo al retrovisor, el tipo no miraba hacia atrás, acataba la orden de vigilar el camino; sin embargo, las mariposas hacían lo que querían, parecía que estaban emocionadas de verme otra vez.

—Llegamos —dijo el conductor sin voltearme a ver. Confundida y sin saber exactamente si quería bajarme o no de ese auto, tomé mis cosas y abrí la puerta.

—¿Puedo verte mañana?
“¿Mañana? ¿Qué día es hoy?”, pensé. Miré fijamente el retrovisor, el conductor no cedió ni una milésima, no me miró. Me bajé del auto, y fue como si el tiempo se parara por un instante, ese era otro momento de decisión. La herida de picahielo, el dolor intenso y constante estaba callado, dormido.

—Sí. Te veo mañana.

El auto arrancó y las mariposas amarillas volaron de mis muslos para perseguir esa realidad

alterna y dejarme sola.

Subí los cuatro pisos. Los primeros dos los subí sonriendo, en el tercero, lo que sea que me hubiera sucedido en ese auto se deshizo y entonces comenzó a doler, la punzada de picahielo se cobró esos momentos de alivio y regresó con el doble de energía oscura y pegajosa. El depa naufragaba en un silencio asquerosamente lúgubre. Encendí todas las luces, incluso las del cuarto de Sadie, esperaba que así se diluyera la soledad y el miedo. Nada sucedía, tan solo el zumbido de las lámparas. Nadie pensaba en mí. Nadie estaba dispuesto a cortar la noche para ir a buscarme. Nadie, solo yo. No era suficiente y entonces el dolor se volvió incontrolable, corrí al sofá de la sala, hundí mi cara en uno de los cojines y vomité gritos esquizofrénicos hasta que el paladar me supo a sangre. No era suficiente. Arranque el espejo de la pared; sí, ese espejo que vio salir a Sadie mil veces antes de ir a la universidad, que me vio a mí salir esa noche de casa ingenua de que podía ser libre y en un grito lo estrellé contra la herrería del balcón. Se pulverizó al instante. Caí de rodillas sobre todas esas astillas de vidrio, de reflejo muerto. Me tiré con el celular en la mano, pero ninguna llamada de rescate sucedió, la nada era letal.

La adrenalina que me había tirado al suelo, empujó coléricamente todo el alcohol por mi torrente sanguíneo y cerré mis ojos borrachos que me obligaban a quedar inconsciente. El sueño útil me apagaba los pensamientos y en un momento cuántico pude ver cómo una mariposa blanca entraba por el balcón y aterrizaba en mi frente. Se sintió como un beso, ***“Te veo mañana”***, alcancé a escuchar entre sueños y la noche dejó de ser agresiva para solamente desaparecer.

◆ ◆ ◆

4

ACTO DE MAGIA

No sé ya a qué me sabe este llanto. A mocos, sangre y lidocaína, un asqueroso combinado. El sabor me recuerda cuando Sadie y yo éramos *morras* y según queríamos drogarnos con jarabe para la tos. ¡Qué risa! ¿Cómo te puedes reír en momentos como este, Julia? No mames. Pues es que si ya me voy a morir da igual que me ría o no. Al diablo siempre le gustó mi risa. A León también le gustaba. Cómo me hacía reír ese ***dude***.

Viernes quince de abril. Ese día conocí a León, justo después de mi fiesta de cumpleaños. La mañana llegó inevitable y, en un intento por salvar mi vida, salí a buscar respuestas, distracciones, problemas o lo que fuera que me tuviera ocupada. Desde que salí del departamento tenía esta paranoia de encontrarme al diablo a la vuelta de la esquina. Esa mañana caminé desde mi casa hasta la librería, quería con ansía tropezarme con el mayor número de personas posible, me pareció una buena táctica para toparme con el diablo. Quizá el tipo del Uber en realidad sí era un pervertido. Pero lo había escuchado perfecto, en sueños sí, pero real «Te veo mañana».

—Julia, te presento a León. Se incorpora con nosotros y quiero que le muestres todo lo necesario. Empiecen, por favor, con el camión que llega ahora de la editorial Novoa. Después, necesito que ayuden a montar en la galería las sillas para la firma de libros de hoy a las cuatro de la tarde —me ordenó mi jefe casi sin mirarme y aventó a León a mi lado como cuando es el primer día de primaria.

León era un grillo. Si me escuchara pensando así de él me diría que es la peor forma de recordarlo. Pero es cierto, era un *dude* ágil con ojos muy grandes, el cabello siempre revuelto y aunque su complexión de futbolista de barrio lo podría hacer parecer pesado, en realidad era liviano como una nube. Como todavía no lo conocía ni tantito, lo examiné de pies a cabeza, incluso discretamente me acerqué a olerlo, tenía que asegurarme de que su aroma no fuera demoníaco. A saber la cara de loca que habré tenido en ese primer encuentro, seguro fue una expresión tan maniaca, recuerdo a León echarse un poco para atrás.

—¿Todo bien? —me preguntó escéptico —¿Tengo algo en la nariz? ¿Sigues borracha?

“¡Ajá!, así que eres tú”, pensé.—Tú me llevaste ayer en la noche a mi casa. Tú eres el ***dude*** del

Uber —señalé inquisitivamente a León.

—Uy, estás más borracha de lo que creí —León dijo barriéndome de pies a cabeza –Además, estás borracha— y ahora él se acercaba a olerme —de bacacho. Amiga, este look de lady esquizofrenia no te va nada bien —ambos nos dimos una pausa para tratar de reconocernos, y decidir si nos caeríamos bien o nos mandaríamos a la mierda.

Para mi fortuna, León decidió quererme. Yo tampoco entiendo por qué.

Nos reímos, tan alto como la librería nos daba permiso, pero fue una risa confidente que me caía como suero delicioso sobre la cruda existencial que traía. Corte a: León y yo comiendo tacos de canasta en la esquina de la calle del estacionamiento.

—Amiga, es de que sí te ves muy destruida. Espero que la fiesta haya valido la pena. ¿Lo había valido?, ***la neta**** no, pero es lo que había.

**Léxico mexicano para referirse a la verdad sobre de algo.*

—Ayer cumplí veintiuno —dije mientras daba sorbitos a mi Boing de uva de a cuartito.

—¡No! Pues este desayuno post cumpleaños lo invito yo. Es de mal gusto que tengas que pagar tu propio desayuno para curarte la cruda de tu propio cumpleaños.

León tenía ese tipo de cosas, era un tipo que vivía fuera de la realidad y experimentaba cada detalle con una curiosidad casi alienígena. Al contrario de Sadie o Mario, que hasta ese momento eran los únicos *amigos* que había conocido, León era un libro abierto, no se guardaba nada de nada. Era sincero, cagado y lleno de amor. Sobre todo no se complicaba, aún después de la muerte de Román, ese *dude* nunca dejó de ser una nube. De las 8:30 a las 13:30 h conocí más de León de lo que quizá hubiera querido. Su infancia, su adolescencia, de sus padres y de su abuela.

—El día que salí del clóset, mi abuela me llevó a comer pastel para festejar y al día siguiente me presentó a los nietos de todas sus amigas, —esa señora sonaba como la abuela más *fucking* cool del universo —se ha vuelto una tradición. Cada año, nos comemos un pastel mientras fantaseamos juntos sobre mi marido ideal.

Mentiría si dijera que recuerdo todo lo que me contó ese día, pero tengo tatuado en mi mente el alivio sobre la herida de picahielo. Me recordó al bálsamo de miel y clavo que mi mamá me ponía sobre las rodillas raspadas cuando yo tenía cinco años y me controlaba el llanto mientras me recitaba poemas.

Gracias, León. Ojalá nunca te hubieras ido. Ojalá y hubiera decido ir a despedirte al aeropuerto, pero ya ves, el diablo y la puta dependencia a creer que estaba enamorada de algo que solo yo podía ver. Tú me hubieras sacado de aquí en dos segundos. Me tomarías de la mano y me dirías «¡Levántate, Julia! Las reinas no lloran y si lo hacen no lo hacen sobre un corriente piso de hospital». No me voy a levantar León, porque no hay a dónde ir. Las lámparas ya desde hace unos minutos tienen intermitencia y sé

que es él. El diablo se acerca.

—Ahora cuéntame tú —me exigió León, en lo que acomodábamos los estantes y las sillas para la firma de libros de esa tarde.

—¿Qué quieres que te cuente? —le contesté desganada. Nada de lo que yo le pudiera contar sería tan *cool* como lo que él me había compartido.

—Güey, no seas así. Me tienes que contar qué tuvo que pasar en el universo para que ayer en la noche te destruyeras tanto. Cumplir años es una cosa, pero lo que tú traes en la cara es más cabrón.

—El diablo, eso me pasó — me reí.

León confundido, se quedó quieto, como esperando una explicación — Entonces, ¿estás así por un ***bato*****?** —chasqueó la boca y negó con la cabeza —típico.

El güey hacía esas cosas, tan León, y las amaba porque me hacían reír.

—Sí, pero este ***bato*** es un güey que viene, que va, que me manda señales extrañas —confesé tratando de no sonar esquizofrénica.

—Mmm, típico de los heteros —dijo León.

—El tema es que es un tipo con poder y estar con él, no parece que traiga consecuencias *taaan chidas* —solté esa descripción intentando que nada *anormal* se me notara.

—Mmm, el tipo es de una familia de narcos, seguro, —la mente de León era más loca que la mía —¿estás enamorada?

“Cómo chingados voy a estar enamorada de alguien a quien no he visto?”, pensé. Antes de que pudiera contestarle llegó el jefe a revisar centímetro por centímetro las sillas, la mesa con libros, las flores, la alfombra.

—Julia, me parece que vamos a necesitar otra fila de sillas. León, asegúrate con los de mantenimiento que el aire acondicionado no esté sobre la mesa de firmas, por favor, —pocas veces mi jefe había sonado tan nervioso —Amadeo Velasco es uno de los escritores más importantes que hemos recibido aquí. Así que, por favor, hagamos nuestro mejor esfuerzo.

“¿Quién chingados es Amadeo Velasco y eso cómo afecta en nuestras vidas?”, estoy segura de que eso es lo que el jefe pudo leer en nuestras caras, porque al instante nos volteó los ojos y se fue.

—Oye, Jul, pues el Amadeo este no está nada mal, eh—

Por primera vez, después de las casi tres horas de acomodar pilas y pilas de libros, nos deteníamos a mirar con atención. El libro era de pasta blanda, color negro. El título: 1954. En la portada, tan solo una mariposa blanca.

—Amadeo Velasco. —leyó León con entonación elegante — El maestro de la novela moderna de ficción, ha sido galardonado con varios premios literarios internacionales. Su compendio de cuentos de ficción “Cosas que saber antes del fin del mundo” le valieron varios

reconocimientos de la crítica. Ahora, en esta emocionante novela, nos abre una puerta a su mundo de realidades alternas y seres misteriosos. De origen vasco, Amadeo, hoy en día, recorre el mundo con la intención de conocer cualquier cosa, lugar o persona que lo inspire a seguir con su escritura; —León lanzó una sonrisa coqueta —mira, yo digo que si escribe tan bien como sale en esta foto se merece todos los premios de literatura del universo.

Tomé el libro y la sangre se me fue a los pies. Sí, eran los mismos ojos color miel que la noche anterior me habían asaltado por el retrovisor del pinche Uber.

Es triste, porque en cuanto yo muera y revisen mis cosas encontrarán ese pedazo de contraportada arrugada, troceada y vuelta a pegar con cinta y la gente pensará "¡Oh, seguro era su fan!" Y no. Esa foto solo será testigo de un pobre intento de guardarme una foto del diablo y comprobarle al mundo de que es real.

Me formé por más de dos horas. Y conforme la fila se hacía más corta, no podía dejar de pensar en los diálogos posibles, en las acciones probables, en las consecuencias. ¿Este tipo tenía que ver con Artemisa? ¿Sería su hermano? ¿El diablo tiene hermanos? No, no los tiene. Cinco personas en la fila, ***"le preguntaré si conoce a Artemisa"***. Tres personas. ***"Quizá solo deba presentarme".*** Dos personas. ***"Todavía estoy a tiempo de salir corriendo de aquí".*** Una persona. ***"Julia, eres una pendeja".***

—Hola —Amadeo me sonrió y esa sonrisa me mandó el corazón a la estratosfera.

La forma de Amadeo Velasco era la de un tipo poco guapo, pero muy atractivo. Tez blanca, cabello negro y espeso. Atlético. Con lentes de pasta negra. Cinco pecas en el lado izquierdo del cuello. De unos veintiocho años. Con el tatuaje de una llave antigua en el costado derecho de la garganta.

—Julia, gracias por venir.

No podía decir nada, no existían las palabras. Solo podía mirarle. ***"No, no es él. El diablo no existe"***, pensé algo desesperada. León tuvo que acercarse a mí para arrebatarme el libro y ponerlo sobre la mesa. Amadeo firmó mi ejemplar sin quitarme los ojos de encima y en un tono muy bajo, imperceptible para los demás, pero claro y contundente para mí, dijo —Espérame en el parque—.

Diez minutos después, estaba sentada en una de las bancas con las manos empapadas en sudor y con el cerebro atiborrado de preguntas. La más importante tendría que haber sido «¿Qué chingados haces aquí Julia?», pero no. Las dejé pasar todas porque al hojear el libro la dedicatoria decía: «Hasta la muerte», y, entonces, la realidad de la ficción me derrotó y supe con certeza a quien estaba esperando en ese parque, a una nueva versión del diablo.

—Entonces a lo que te dedicas estos días es a aburrirte.

Volví la mirada hacia esa voz y la luz del sol por un momento hizo que aquella figura,

aparentemente humana, se rodeara de un halo de luz, esa luz naranja con la que pintan el cielo en películas sobre el fin del mundo.

—Julia, ¿puedo sentarme?

Supongo que mi mirada fue afirmativa, porque el diablo tomó asiento a mi lado. Por unos minutos ambos nos quedamos admirando la nada, tan solo la luz de la tarde dibujando las siluetas de las personas desconectadas que pasaban por ahí.

—No entiendo nada. ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Dónde está Arti?
El diablo sonrío y se echó para atrás, cruzando los brazos

detrás de su cabeza, suspiró y pude ver cómo disfrutaba de aquella tarde y de la mezcla de sentimientos que emanaban de mi cuerpo.

—Esas son demasiadas preguntas, no prefieres ir por un café, un helado, pasear por un par de dimensiones perdidas, estoy seguro de que en este parque hay una entrada a un bucle de tiempo.

Lo miré con odio.

—Güey, me vale madres que sean un chingo de preguntas, o me las contestas o tú y toda está mamada de *pseudo intelectual /ser mágico* se puede ir mucho a la chingada.

El diablo abrió los ojos, despacio, giró su cara hacia mí y ancló su mirada a la mía, les juro que si el tipo hubiera tenido colmillos me los hubiera enseñado furioso.

—Julia, no soy un pseudo nada. Soy y nada más. Mi existencia es tan seria como la tuya. Pensé que había quedado claro que el cómo me llames o cómo me mires da igual, —tragué saliva y no pude sostenerle la mirada —pero si es tan importante para ti, contestaré a cada uno de tus cuestionamientos. Solo me tienes que hacer la pregunta correcta.

Suspiré y pude sentir la herida de picahielo más presente que nunca.

—¿Quién eres y por qué estás aquí? —dije muy bajito.
El diablo en un movimiento suave tomó mi mano y mientras la apretaba de a poco me respondió —Soy Amadeo y estoy aquí por tu corazón —.

Debí haber sentido miedo. Debí correr como si la vida se me fuera en ello. Debí cagarme de risa. Debí, simplemente, levantarme e irme. Debí saber que el sentimiento de que Sadie renunciara a estar en mi vida era un vacío disfrazado de soledad, aburrimiento y frustración y no una necesidad de emborracharme de magia.

Si tan solo hubiera sabido que la raíz de la emoción es el miedo y la culpa, pero para el adicto, las emociones y los sentimientos son un único vómito que sucede al más mínimo movimiento que la vida te da. Así que me quedé y no solo eso, sino que además me valió madre cualquier consecuencia cósmica y lo besé. Besé a Amadeo. Besé al diablo. El piso se deshizo y la maldita herida de picahielo se volvió miel tibia que cubría todo mi pecho. La emoción de ese beso creó un universo en una realidad alterna, uno que después moriría junto con todas mis esperanzas de salir viva de este pinche hospital.

Amadeo me tomó de la mano y nos levantamos de la banca.

—Vamos, caminemos —el parque comenzó a llenarse de mariposas blancas que nos seguían el paso.

—¿Recuerdas la consecuencia, Jul?

—Recuerdo que me dejaste tirada como por tres años, si eso es a lo que te refieres.

Amadeo apretó mi mano y me lanzó una mirada seria.

—¿La muerte? Eso es a lo que te refieres —le dije con

sarcasmo.

—La energía que necesito para manifestarme en esta realidad,

en este plano, solo puede venir de almas humanas. Sí la muerte —el diablo me besó la mano.

—Pues a como yo lo recuerdo, la última vez que nos vimos, el universo se deshizo de un par de repulsivos, entonces supongo que todo bien —contesté como cualquier cosa, a mí lo único que me importaba es que ya no dolía.

—No, Jul. La muerte no es personal.

La caminata que comenzó en el parque terminó en mi departamento. Era de noche y las luces del balcón se desprendieron del cable para convertirse en luciérnagas, que alumbran deliciosamente la estancia. No hubo necesidad de encender las luces ni de hablar mucho más, porque el cuerpo lo dijo todo. Ojalá tuviera la habilidad de la narrativa erótica, porque en serio, estar con el diablo es tan inefable, que estoy segura de que el diccionario tendría que sumar más de quinientas palabras para describir el concepto de placer. Amadeo lo sabía todo, qué me dolía, qué necesitaba, cómo era el mecanismo de mi piel para erizarse y el final que deseaba con cada uno de sus besos. Ya con el cuerpo cansado y el sexo tibio, tal cual como cliché de telenovela, me quedé profundamente dormida entre sus brazos.

Esa noche, tuve una pesadilla vívida, la primera de muchas pesadillas culeras que me persiguieron en cada uno de mis momentos despiertos, hasta el día de hoy. Soñé que estaba en el vientre de mi madre y que era consciente de todo, podía sentir el corazón de mi mamá y podía escuchar su voz, como cuando estás dentro de una alberca y te llegan los sonidos como envueltos en una sábana.

—Luna, ¿estás bien? Te ves un poco cansada —era la voz de mi abuela. Yo, estaba a pocos días de nacer.

—Sí. Es solo esta niña que no se está quieta —sentí cómo mi madre ponía la mano en su vientre. ***“Ya no me moveré, mamá, te lo prometo.”*** Y mi mano diminuta acariciaba lo que sería la piel de mi mamá.

—Ay, hija, ya estás a nada, —le decía mi abuela, consolándola de algo que yo no entendía —pronto estará aquí la bebé y verás que todo estará bien.

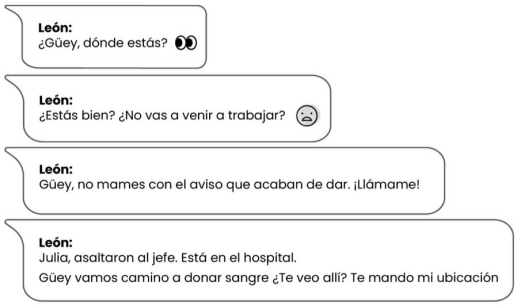
El nivel de voz de la abuela se perdía, para darle más atención a lo que sucedía hacía dentro de mi madre, pude escuchar sus pensamientos ***“No. Nada estará bien. Si no puedo cuidar a una hija, cómo lo haré con dos. No debí embarazarme. No quiero ser mamá”.***

—Mami, pero si yo te amo, te prometo que seré buena —le dije angustiada.

—El amor no es suficiente —me contestó.

Mis pulmones se volvieron pesados. Mi garganta se cerró y comencé a sentir una punzada justo en el ombligo, la misma puta sensación, que me hace tomar medicinas. Entendí que era el cordón umbilical que suprimía cualquier líquido de vida hacia mi cuerpo. Mi madre deseaba que yo no existiera y ese deseo me asfixiaba.

Desperté en un ataque de pánico, empapada en sudor y con las manos heladas. Jalé todo el aire que podía, sobreviví. El cuarto estaba a oscuras, nada de luciérnagas o mariposas blancas, solo yo, hundida en un sentimiento podrido de existencia y con vagos y confusos sentimientos entre las piernas y el corazón. ***"Diablo, ¿dónde estás?"***, pensé. Llegué arrastrándome al baño, me metí en la tina y abrí la llave del agua fría. Me quedé allí tirada hasta que todo mi cuerpo se entumeció, mejor eso que sentir algo más. Jamás hubiera salido de allí, de no ser por el celular que no dejaba de sonar, mensajes, notificaciones, uno tras otro. Por fin, tuve el valor de cerrar la llave del agua, jalar una toalla y cubrirme el cuerpo. Mi mano temblorosa por el frío apenas pudo desbloquear la pantalla. Mensajes de León.



El jefe estaba entre la vida y la muerte y yo envuelta en una toalla, sin piso, con los pulmones desgarrados por el miedo. Como sea, me vestí y salí corriendo con un solo pensamiento en la cabeza. ***«La muerte nunca es personal».***

Eran las cuatro de la mañana e iba por el sexto café. La luz fluorescente de la sala de emergencias no me permitía pensar en otra cosa que no fuera culpa y la herida de picahielo en mi estómago se sentía cada vez más abierta.

—¿Sabías que Israel padece de diabetes? —una voz dulce rompió la tortura que sucedía en mi cabeza.

—Amadeo, ¿qué chingados? ¿Por qué te fuiste sin avisarme? Me dejaste sola —lo abracé fuerte.

—Tú nunca estás sola —me susurró el diablo acariciándome la cara.

Amadeo, así, de repente, estaba sentado junto a mí en medio de una sala de urgencias cualquiera.

—¿A qué te refieres con que el jefe es diabético? ¿Eso qué tiene que ver? —le pregunté mientras escondía mi cara dentro del calor de su abrigo.

—Israel es un tipo al que le diagnosticaron diabetes cuando era apenas un niño. Tu jefe podía ser disciplinado en muchas cosas, menos en cuidar de su condición. En el fondo es alguien que no quiere existir.

Separé mi cuerpo del pecho del diablo.

—No mames, Amadeo. Lo asaltaron. Le reventaron el hígado a patadas.

Amadeo me acarició el cabello y suavemente me rodeó con sus brazos.

—No existe tal cosa como los accidentes. Hace dos semanas que el médico le avisó a Israel que sus niveles de azúcar eran peligrosamente altos. Ayer en la noche, en vez de ir a casa, decidió que su antojo por un pastel de chocolate era más importante que cualquier advertencia, incluso la de que esas calles de noche son un foco de violencia. Israel decidió ignorar cualquier consejo, porque al final, lo peor que podía pasar era morirse. Todo en este plano tiene que ver con las decisiones, Jul.

El diablo tenía razón, de lo único que somos responsables es de nuestras decisiones. Yo había decidido besar a Amadeo, llevarlo a mi casa y permitir que me comiera a besos. Si el jefe moría, ¿era mi culpa?

—La culpa es una pérdida de tiempo, —me aseguró el diablo, adivinado mis pensamientos. Amadeo acercó sus labios contra los míos —no perdamos el tiempo, Julia, dime que quieres estar conmigo y así será.

Cerré mis ojos y me recargué en su pecho. El diablo no posee un corazón, así que lo único que pude escuchar fueron aleteos, como si un nido de mariposas ansiosas por escaparse y librarse de su amo, vivieran dentro de él.

—No quiero que el jefe se muera —confesé en un tono

infantil.

—Ya te lo dije, la decisión de Israel es otra.

El olor de Amadeo era embriagante, su piel suave y rígida que no dejaba mis manos sueltas, me enloquecía. La necesidad de una emoción de bienestar tomó control de mi cuerpo y le pedí que me besara.

El funeral de Israel fue uno de los más hermosos a los que tuve la desgracia de ir. Será porque en el fondo yo sabía que ya no le dolía nada y que por fin era libre de toda expectativa y dolor. Veía a Amadeo al otro lado de la sala y descubrí que era verdad. La muerte de mi jefe Israel había sido provocada por mi decisión de estar con el diablo. Lo más cabrón de todo era que en el fondo sabía, con una certeza absoluta, que Amadeo era mi oportunidad de vivir sin el dolor de un picahielo en el estómago. ***“Qué chingados”,*** pensé. Callé la culpa con la emoción embriagante de su presencia y con su explicación intensa de querer devorarse mi corazón. Los remordimientos se disfrazaron de razones lógicas y decidí estar con él. ¿Cuántas personas deben morir por amor? Las que sean necesarias, dije bajito.

Así de pendeja estaba y así de pendeja me siento ahora tratando de idear un plan absurdo para no morir.

Es probable que las semanas en realidad fueran años, por lo menos así se sentía. De lo que sea que estuviera hecha el alma de Israel, le permitió a Amadeo quedarse conmigo sin desaparecer. No estoy segura si fueron dos semanas, tres años, pero el tiempo que pasé con Amadeo en el depa estaba hecho de magia, pura y dura.

El departamento se sentía vivo, la habitación de Sadie ya no me gritaba cosas ni apestaba a soledad. No recuerdo si durante ese tiempo de verdad comí, no estoy segura de haber dormido, es más, el bienestar era tanto, que adelanté el trabajo de un mes en tan solo un par de días. Malgastar los minutos en escribir pendejadas en vez de existir al lado del diablo era una estupidez. Estaba tan enfocada a no perderlo de vista, a disolverlo en mi propia existencia. Porque por primera vez en mi puta vida nada me dolía, no había ruido en mi cabeza, ácido en mis pulmones o mi estómago. Amadeo flotaba por todas las habitaciones, atrás de mí, leía mis pensamientos para satisfacer cualquier deseo.
Hablar, bailar, caminar, besarnos, cocinar y hacer el amor hasta quedarme dormida en sus brazos. El único momento donde me permitía a mí misma estar sola, eran los turnos de la librería y, aún así, siempre un par de mariposas blancas me acompañaban durante todo el día. Hasta que llegaba a casa y volaban al techo para quedarse quietas y solo brillar. En todo ese tiempo que estuvo Amadeo conmigo no hubo necesidad de encender las luces ni una sola vez.

—Güey, no mames que te estás tirando a Amadeo Velasco. Güey , qué fuerte, qué escándalo.

León no dejó de hacerme preguntas, muchas de ellas bastante incómodas, ninguna de mis respuestas fue suficiente.

—Julia, tu vibra de *red queen* está cabrona. Primero el narco enamorado y ahora el escritor que te llevará a viajar por todo el mundo, mientras te hace el amor en mil trescientos hoteles de cinco estrellas —. Insisto, la mente de León siempre fue más loca que la mía. Me parecía absurdamente increíble que León y yo, nos pasáramos todo el turno hablando de lo maravillosas que eran nuestras nuestras vidas amorosas.

—Jul, sí o sí lo tienes que traer a la fiesta sorpresa de mi Román —dijo León.

Yo no conocí a Román hasta el día de su fiesta, pero por cómo León hablaba de él me parecía el tipo más de puta de madre de la historia, si no fuera por mi adicción a Amadeo, me hubiera causado algo de envidia. Esa misma envidia que sentía al ver a Mario y a Sadie caminando y riendo por la calle.

Ja, ja, ja, eres una pendeja, Julia. Me pregunto si todos los adictos tienen una relación sentimental con aquello que los hace mierda. Si te sigues riendo así, vendrán las enfermeras y te amarrarán a la puta cama, y entonces la única oportunidad que tengas de escapar y salvarte la vida, sale bye. Contrólate. Sigue

abrazando tus rodillas con toda la fuerza que puedas. Sigue empujando con tu espalda la puerta de este cuarto de hospital. Sigue asegurándote de que la cama y el carrito de medicinas estén atrincherando chingón la puerta.

—Se me antoja ir a la fiesta de León y de Román —le dije al diablo, mientras me acariciaba la mano. Ambos, tirados en la duela con el sol de la tarde en la cara.

—Si es algo que deseas, por supuesto que iremos. Además, sé que te gustaría que la gente supiera que estamos juntos y que se den cuenta de cuánto te deseo y que solo tengo ojos para ti. Principalmente, Mario, la fiesta será en su bar, ¿no?— me reí sarcástica.

—***Dude***, cuando hablas así me da ***cringe*,*** es como hablar con una versión de ***Edward Cullen***** combinado con el ***psycho****** de la esquina. El diablo me jaló hacia él y en un solo movimiento me tenía a dos centímetros de su cara y envuelta con todo su cuerpo.

** Vergüenza ajena.*
***Edward Cullen es un personaje de la serie de libros Crepúsculo de Stephenie Meyer. Edward es un vampiro telepático que, en el transcurso de la serie, se enamora, se casa y engendra un hijo con Bella Swan, una adolescente humana que luego elige convertirse también en vampiro.*
****Loco. Psicópata.*

—Dime que no es verdad, —me miró profundo a los ojos, mientras rozaba su boca contra la mía —dime que lo que acabo de decir no es la descripción literal del sentimiento puro y salvaje que se respira aquí.

Suave y ágil, metió su mano debajo de mi playera de ***Pearl Jam**** y me tocó el corazón.

**Pearl Jam es un grupo de grunge formado en Seattle, Estados Unidos, en el año 1990*

Cuando Amadeo hacía esas cosas mi única salida era besarlo y perderme en el placer que me provocaba su existencia.

Era viernes por la tarde y Amadeo me tenía desnuda encima del sofá. Leía melodiosamente uno de los libros favoritos de mi mamá. De pronto, bajó el libro.

—Vístete —me dio un beso en la frente y desapareció en la habitación. Confundida, me puse la ropa que horas atrás había tirado por toda la duela y cuando estaba ya en el último calcetín, se escuchó el timbre. Sorprendida me acerqué a la puerta, me asomé a la mirilla, era mi papá.
Se me fueron los latidos del corazón a mil por hora. De la nada ya no era una mujer entera e imparable, era una *morrita* de cinco años asustada y nerviosa porque su papá la descubrió jugando con cerillos. Abrí la puerta como queriendo fingir lo que sea que tuviera que fingir.

—¡Papá! ¿Qué haces aquí? —lo abracé fuerte. —*¡Qué cool*, que vienes a visitarme!— mentí.

—Julia, es que no has ido a verme. Ni siquiera fuiste para tu cumpleaños y bueno, si la cumpleañera no va al pastel, el pastel tendrá que venir a la cumpleañera.

Mi papá traía una caja con pastel de chocolate en las manos, nos sonreímos en complicidad y así como si nada el Ingeniero Álvarez se adentraba a ese depa suspendido en un paréntesis de tiempo y espacio.

— ¡Felices veintiuno, hija!

Era una frase sencilla, pero la palabra «hija» nunca dejaba de tener efecto en mí. Los dos nos sentamos en la barra de la cocina y nos servimos un vaso de leche. Así era mi papá, alguien que te llevaba pastel de chocolate un viernes por la tarde, quien sabe cuántas semanas después de tu cumpleaños, solo para verte y decirte que te ama.

—¿Estás comiendo bien? Te ves algo delgada —me dijo mi papá entre bocados —pero ojo, que no es que te veas mal, solo que tengo esta sensación de que ya no eres la misma, estás distinta.

"Sí, papá, es que me estoy tirando al diablo", pensé.

—Será que ya tengo veintiuno —terminé diciéndole entre risas nerviosas.

Ambos nos miramos, los dos con intenciones distintas.

—Eres igualita a tu mamá cuando tenía tu edad. ¿Sabías que cuando ella tenía veintiuno, fue cuando empezamos a salir?

Le sonreí, moví mi cabeza negando recordar ese detalle y me perdí en su relato.

—Tu mamá tenía veintiuno y fui a verla por su cumpleaños. A esa edad tu mamá ya también vivía sola, igualito que tú. Cuando llegué a su departamento, la puerta estaba semicerrada, así que entré despacio. La llamé varias veces, nada. Lo único que alcanzaba a escuchar era el sonido de la regadera. Encontré a tu mamá sentada bajo el chorro de agua, no podía distinguir si estaba dormida o sentada abrazándose las rodillas. Me acerqué muy despacio y me atreví a meter la mano en la regadera para acariciarle la cabeza. Ella levantó los ojos y aunque tardó un instante en reconocerme, cuando lo hizo, me sonrió resignada. Yo no sabía qué había pasado, nunca se lo pregunté, solo sabía que algo le dolía, así que me metí con ella.

—¿Con todo y ropa? —pregunté.

—Sí, con todo y ropa, abrigo, bufanda, guantes, pues era invierno. Es más, con todo y el ramo de flores que le había llevado de regalo.

—¿Qué flores eran? —pregunté.

—Margaritas. Ahí nos quedamos como unos veinte minutos. Tomados de la mano. Y por la forma tan definitiva como tu madre me apretaba, supe que no importaba qué, yo estaría siempre para ella.

A mi papá nunca se le quebraba la voz, pero sí que perdía la mirada cuando algo era ***too much*.*** Suspiró profundo y me abrazó. Recuerdo el olor de la loción impregnada en la ropa de mi papá: madera, lavanda, bergamota, vainilla y sándalo.

**Demasiado.*

—Eso es lo que yo quiero para ti, alguien que siempre esté, alguien que entienda que a veces la vida duele y que lo mejor que puede hacer es llevarte margaritas a la regadera, tomarte de la mano el tiempo que sea necesario, hasta que estés lista para levantarte de nuevo.

El timbre se escuchó de nuevo. Abrí la puerta y me quedé helada. Era Amadeo, con un ramo

de margaritas blancas y amarillas, sonriéndome como cualquier cosa.

—¡Hola, Jul! ¿Puedo pasar? —le permití la entrada al diablo sin saber qué decir. — Recuerdas que iríamos a la fiesta de León, ¿cierto?

Me confundí un poco más y Amadeo, hábil como diablo, volteó a ver a mi papá y me tomó la mano. Ahí reaccioné.
—¡Claro! Papá, te presento a Amadeo Velasco. Él y yo estamos — titubeé —estamos saliendo.

Amadeo se acercó a mi papá y ambos se dieron la mano. El Ingeniero Álvarez, buscó en mi expresión un par de respuestas. ¿Este tipo era malo, bueno o importante?
Le sonreí con un gesto de complicidad y mi papá me creyó. Inmediatamente, se pusieron a hablar de películas, de música, de libros, como si se conocieran de toda la vida.

—Jul, si quieres irte a cambiar, mientras yo le hago compañía a tu papá —me dijo el diablo como si nada, como dándome instrucciones de cómo salvarme de esa situación tan incómoda.

Recuerdo ver tras la rendija de la puerta de mi cuarto la silueta de mi papá hablando y riéndose. Me acuerdo de pensar que si mi papá se reía con Amadeo, quizá yo no estaba tan loca, quizá estar con el diablo no tenía nada de malo.

Y pienso en eso y me dan ganas de clavarme las uñas a los muslos, de gritarle a mi papá «¡No, papá! ¡No confíes! Aléjame de ahí, enciérrame en tu casa, llévame lejos, no dejes que el diablo me coma el corazón». Me pregunto si de algo hubiera servido que se lo contara todo a mi papá. ¿Qué habría podido hacer él? Sentarse conmigo en la regadera. Sentarse conmigo ahora, a detener la puerta para que no entre el pinche diablo y me arranque lo poco que me queda.

El departamento era magia y para esas alturas ya casi nada me sorprendía. Mariposas en el techo, antojos materializados, minutos y horas como de chicle. Atuendos que aparecen de la nada en tu clóset y ***fast forwards**** de actividades vacías, como cambiarse de ropa y verme hermosa frente al espejo.

** Avances rápidos.*

—Estoy lista —abrí la puerta de la habitación para develar mi outfit para esa noche. El mismo vestido negro de mi cumpleaños, la noche en la que nos volvimos a ver. Amadeo se sonrío satisfecho y mi papá me miró deslumbrado. Era su hija.

—Amadeo parece un buen tipo, es raro, pero mira, si te hace reír y te hace sentir así de bella, yo confío en ti.–

Recuerdo cada palabra y me dan ganas de gritar hasta que me sangre la garganta: “¡No, papá, no me dejes salir de ese depa!, ¡Corre a ese hijo de puta, ciérrale la puerta en la cara y condénalo a mil muertes por todas las que nos hizo vivir!”. Mi papá ya no puede escucharme, y yo estoy perdiendo lágrimas y saliva muda en este sinsentido.

—¿Qué se siente? —me preguntó Amadeo, mientras bailábamos. —¿Qué? —respondí.

—¿Qué se siente que te deseen tanto? —y con esa pregunta me abalancé sobre el diablo y lo besé como si mi vida dependiera de ello.

—¡Julia! ¡Amiga! —era León, quien interrumpía mi vida con su grito y su emoción. —Güey, no puedo creer lo guapo y *cool* que es Amadeo —me susurró al oído. —¡Ven! ¡Tienes que conocer a Román!

Le solté la mano al diablo y le aventé una sonrisa y me perdí entre la gente. Llegamos a la barra, en seguida distinguí a Mario, como siempre con las manos en más de una cosa a la vez servir tragos, cobrar, lavar vasos y todo mientras mantenía una conversión con un *dude* en sillas de ruedas.

—¡Román! Ella es Julia, mi amiga de la librería —León se acercó al chico que charlaba con Mario y se sentó en sus piernas para darle un beso. Román no era en lo absoluto el tipo que me había imaginado. Después entendería por qué León, no lo describía tal cual, pues porque para él, el concepto de Román trascendía la enfermedad que lo hacía estar en esa silla de ruedas.

—Jul, por fin te dignas a salir de tus putos escondites —me dijo Mario en cuanto me vio acercarme.

Seguía celoso de Amadeo, con Sadie a millones de kilómetros de distancia, yo era su segundo plato. Le contesté el comentario ácido con una mirada floja, decidí no perder mi tiempo en realidades.

—Así que eres la famosísima Julia. La que le ha robado el corazón a nuestro famosísimo Amadeo Velasco —me dijo Román y me extendió su mano.
—Román es hiperfan de Amadeo. —dijo León mientras se le sentaba en las piernas y lo llenaba de besos— ¿Crees que le importaría sacarse un par de selfies con nosotros? —me reí.

—Amor no me hagas quedar en vergüenza con el señor Velasco —dijo Román suplicante.

—Para nada, Amadeo no tendrá un tema —respondí segura de mi diablo.

—Así que es famoso ese güey. Con razón —disparó Mario.

Me acerqué a él con buena intención, lo juro.

—***Dude,*** ¿todo bien? ¿Estás enojado conmigo o qué chingados? —le dije al oído.

—Jul, hace semanas que no te veo y Sadie pregunta por ti. Está muy preocupada, no me contestas los mensajes y de pronto este güey está en tu vida. Más bien qué chingados tú —la

severidad de Mario me tomó con la guardia baja y aunque entendía de dónde venía esa preocupación, la neta es que me valió madres. Insisto, no pensaba perder mi tiempo con realidades.

—***Dude***, estoy cool. Amadeo es chingón y me hace sentir bien.

—¿Y nosotros? ¿Tus amigos? —me interrumpió Mario, antes de que pudiera decir nada más.

Algo en la boca de mi estómago no se sintió bien. Y estoy segura que ese sentimiento tuvo un efecto de ola expansiva porque en un suspiro Amadeo estaba de nuevo junto a mí. Me tomó de la cintura y se presentó ante Mario.

—Amadeo Velasco. Tú debes ser Mario, el mejor amigo de Julia.

Una vez más el diablo cumplía con su rescate y me protegía con su cuerpo y con sus intenciones. Mario no se dejó impresionar ni siquiera le respondió el saludo, siguió secando vasos tratando de ser intimidante. Amadeo le lanzó un gesto salvaje muy parecido a una risa maquiavélica.

—Ellos son León y Román —interrumpí torpemente e hice que el diablo le quitara los ojos de encima a Mario. Amadeo se volvió hacia ellos y con un tono de voz encantador se presentó con mis amigos. Román no pudo evitar ponerse nervioso y sonreír, incluso trató de levantarse de su silla. En un instante ambos se enfrascaron en una conversación intensa. Yo los veía, como si fuera un episodio de mi serie favorita. No podía creer que mi diablo le hiciera bien a otras personas. Ahí, lo supe. Caí en cuenta de lo enamorada que estaba de ese cabrón y que eso era bueno, porque en el fondo era un ser chingón. Esa certeza inició una chispa en mi pecho y dejé que me poseyera la emoción y el placer envuelto en éxtasis.

Recuerdo que el ***cue**** perfecto, ***I Always Knew de The Vaccines***** comenzó a sonar y me volví loca, tomé a León de la mano y nos fuimos a bailar al centro de la pista para disolvernos en la música y existir para siempre. A partir de ese momento todo se movió con ritmo. No importaba nada más. Era una *morra* enamorada, correspondida, deseada y protegida. Sí. Todo en mi cabeza era un sí.

**Señal*

***"I Always Knew" es un sencillo de la banda inglesa de indie rock The Vaccines. La rola fue lanzada en el Reino Unido el 18 de noviembre de 2012 como el tercer sencillo del segundo álbum de estudio de la banda, Come of Age.*

—Tu ***dude*** es increíble —me gritó al oído León sin parar de bailar. —No ha parado de hablar con Román en toda la noche.

Era cierto, ya era la mitad de la fiesta y Amadeo estaba clavado en la conversación con Román. Los vi de lejos, y me pareció curioso que ya no sonreían, se veía más como una plática personal

y seria. El diablo sintió mis ojos curiosos y cruzamos miradas. ***"Mi corazón está deseando bailar contigo"***, pensé. Amadeo cerró los ojos y se sonrió. Bailamos, bebimos, nos reímos y me di cuenta de que no quería estar en ningún otro lugar que no fuera ahí. Era como si la música, el humo, las luces y la gente, todo estuviera hecho a mi medida.

Regresamos al departamento. Amadeo y yo nos amamos durante horas. Tirados en el piso de mi habitación, vimos las estrellas en el techo; el diablo con un suspiro había desvanecido el concreto para que yo pudiera perderme en la inmensidad de las constelaciones, tomó mi mano y se la llevó a su boca.

—Jul, estoy a nada de desaparecer.
Sentí un disparo de electricidad en mi vientre.

—¿Cómo que estás a nada de desaparecer? —me levanté en pánico del piso y lo miré fijamente.

—La energía que me mantiene aquí, se termina. Pronto será tiempo de despedirnos.
Estallé en cólera, alcancé a enredarme una sábana y salí de la habitación. El aire me faltaba, se me cerraban los pulmones, la piel me comenzó a arder, otra vez como si de a poco se desdoblara, para quedar con los nervios expuestos a este maldito mundo de porquería. Salí al balcón, no sé si para tratar de respirar o para encontrar las suficientes razones para tirarme. Sentí al diablo detrás de mí.

—Jul, está bien —dijo Amadeo.

—No, sabes que no —hablaba ya en llanto. —¿Y ahora qué? ¿Dejaré de verte durante ocho pinches años?

El diablo me miró con intención de empujarme a que le hiciera la pregunta correcta y como una estúpida dejé que me aventará.
—Hay algo diferente a la vez anterior. ¿Qué es? ¿Cómo es que esta vez te quedaste más de unas pinches horas? —pregunté.

El diablo se sentó en uno de los camastros del balcón y encendió un cigarro, sin dejar de mirarme, sin dejar de empujarme con su silencio.

—Tiene que ver con las muertes. ¿Cierto? —le demandé una respuesta.

—La respuesta a esa pregunta no la quieres escuchar.

"Qué pendejada", pensé, y dejé escapar una risa sarcástica, arrastré otro de los camastros para poder sentarme frente al diablo. Pendeja de mí, creí que podía estar a su nivel.

—¿Por qué la muerte de Isra fue distinta a la muerte del imbécil de Santiago y su papá? —le sostuve la mirada para obligarlo hablar. Me mordí los diablos, y le dije— puede que yo no entienda mucho de estas mamadas cósmicas, pero aprendo rápido y sé, estoy segura, que una parte importante de tus intenciones está aquí, —me puse la mano en el pecho señalando mi corazón —entonces, o me respondes o de huevos todo esto se va a la chingada.

Amadeo salivó y se sentó a mi lado. Me besó la mano que yo tenía en mi pecho y la quitó de en medio, entre abrió la sábana que me cubría el cuerpo, de un tirón terminó en el suelo y yo

entre sus brazos. El diablo y yo nos rendimos, acostados en un mismo camastro. El aire rozaba mi cuerpo y sentí cómo de a poco mi piel se despertaba con el frío. El diablo se acercó a mi oído. Podía escuchar su melódica respiración y el olor que emanaba de su pecho me envolvió por completo. Una de sus manos la llevó a mi frente para acariciar mi cabello, la otra la llevó lento, de la garganta al pecho, del pecho a mi vientre, de mi vientre entre mis muslos y ahí comenzó a hablar.

—No sé cuándo, no sé dónde, pero me comeré a besos tu corazón, Julia —su mano se sumergió en medio de mis piernas. Un calor intenso se expandió por el interior de mi cuerpo y pude sentir cómo se me encendían las mejillas y mis labios de a poco se separaban para emitir deliciosos gemidos. —La diferencia es la intensidad de la muerte. La diferencia es que tú conocías a Israel —la mano del diablo se volvía mar y sus olas se estrellaban contra mí cada vez más fuertes, cada vez más salvajes. —Entre más profunda sea tu coincidencia de tiempo con la persona que muere, la barrera entre planos se vuelve blanda y me es más fácil cruzar —me besó el cuello a mordiscos, con el mismo ritmo con el que su mano me encendía. Le clavé las uñas en los brazos, llevé su cara a la mía, para besarlo y en un arrebato me senté sobre él, sentía una necesidad no solo de que estuviera dentro de mí, sino de tomar control de lo que sucedía.

—¿Me estás diciendo que para que te quedes tengo que sacrificar personas cercanas a mí? —dije mientras me movía sobre de él.

—La muerte nunca es personal, ya lo sabes —me respondió con su respiración agitada.

El final de ese acto mágico se acercaba y mi mente daba vueltas esquizofrénicas, no podía razonar más allá del deseo y, el miligramo de razón que todavía tenía en el cuerpo, sabía con certeza que aquello que dijera marcaría un antes y un después.

—Lo que sea para sentirme así, para siempre —le exigí. —¿Estás segura? —preguntó el diablo todavía conteniéndose.

—Sí —le contesté y ambos explotamos en placer.

Nos quedamos abrazados en ese camastro el resto de la madrugada. Ninguno de los dos durmió, no dijimos nada. Nos mantuvimos en un paréntesis de existencia, que utilicé como mesa de trabajo para poder volcar la maraña de pensamientos que tenía en la cabeza y que sentía en la boca del estómago.
La muerte sí es personal, más si está relacionada con el diablo y más si tiene que ver con personas cercanas a mí, porque entonces entre más cercanas, más poderosas, entre más poderosas, más tiempo, entre más tiempo, más de esta sensación de adormecimiento, menos ansiedad, cero punzadas, nada de miedo, nada duele. Matemáticas cósmicas que nunca salen bien. ¿En verdad estaba dispuesta a dejar morir a las personas cercanas a mí solo para seguir intimando con el diablo? ¿El diablo se enamora?

—¿Estás enamorado de mí? —fue la pregunta al amanecer.

Amadeo, sin mirarme, suspiró y me dijo —Eso tendrás que decidirlo tú.

¡Qué tipo de respuesta era esa! Sentí náuseas. Me escapé de la cama, me vestí con cualquier cosa y salí del departamento. Dejé al diablo con la esperanza de que todo aquello fuera tan solo un sueño y yo fuera una simple chica que escribía blogs y nada más.

El celular comenzó a vibrar en la bolsa de mi abrigo, era León.

–Julia, —su voz entrecortada, llena de llanto —sé que es muy temprano, pero ¿puedes venir? Mmm. Acabo de matar a Román.



5

DE TERREMOTOS Y EXPECTATIVAS

Lo recuerdo perfecto. León y yo tomados de la mano, sentados en la terraza del departamento de Román. El amanecer nos reclamaba en la cara con su sol inevitable. Es increíble cómo el mundo sigue girando, sigue existiendo muy a pesar de que las personas que amamos dejan de vivir al lado nuestro. Se sentía como el final de una de esas películas donde no sabes si ahí acaba la historia y si el desenlace es bueno, malo o ambos.

—Deja de llorar, Julia —me dijo León serio. —Por favor, deja de llorar. Esto no tiene nada que ver contigo, ni conmigo. Este amanecer es de Román, solamente es para él.

León volteó a ver la silla de ruedas detrás de nosotros. Como una estatua de mármol, el cuerpo de su amado todavía cubierto con una manta de franela hasta la cara, porque la muerte suele ser demasiado profunda como para verla directo a los ojos, nos custodiaba las espaldas y las lágrimas.

El cáncer de Román había vuelto hacía seis meses.

—Esta vez no había nada que hacer. Así que me dediqué a amarlo con todo lo que tengo —lanzó León al viento esas palabras como parte de un tierno obituario. —Siempre te voy a amar, Román. Siempre. Tu voz al leer, la canción que le cantabas a tus estúpidas plantas cuando las regabas y las ponías al sol. Eras el hombre más valiente, más cabrón y más guapo. El que se le plantó a la vida de frente y no le permitió ni un centímetro. Decidiste cómo vivir. De huevos decidiste cómo morir y yo fui el más afortunado de ser parte de ambas.

Después de decir esas últimas palabras, León me pidió que lo abrazara, porque si no lo hacía se rompería en pedazos. Así que contuve a mi amigo con todas mis fuerzas. Pensé en mi mamá y en cómo me abrazaba en el funeral de mi abuela e intenté que esa misma sensación se impregnara en el espíritu roto de León.

Sabía que era mi culpa. No pude más y entre sollozos reprimidos se lo confesé todo. Sin importarme, si me creería o no. Pero es que aquello era demasiado. Estaba a una grieta de la puta locura.

—Déjame ver si entendí, —León me miró con los ojos entre cerrados —Amadeo es el diablo. Pero no es el primer diablo que conoces, ya habías conocido uno antes. Una *morra*...

Desesperada afirmaba cada una de sus palabras.

—El diablo, Amadeo, para poder quedarse contigo tiene que matar a alguien —continuó.

No sabía si León estaba enloqueciendo conmigo o estaba a dos palabras de mandarme a la mierda.

—No estoy segura si él, personalmente los mata, —le dije —pero sí estoy segura de que ese güey hace que suceda —intenté justificarme.

—El tema aquí es que solo sucede si estoy dispuesta a desearlo, desear estar con él, quiero decir —nos miramos y se hizo un silencio espeso de esos que no permiten que el oxígeno te llegue a la cabeza y solo quieres llorar.

La chamarra de Román comenzó a vibrar. Mi amigo se limpió las lágrimas, caminó hacia el cuerpo, sacó el celular y tomó la llamada. Era una llamada esperada, porque como si nada le dijo a quien sea que estuviera del otro lado del teléfono que «sí», que en un momento estaría listo. León borró la llamada y a partir de ahí no miró hacia atrás. Yo, en cambio, me quedé helada; el cuerpo de Román en la terraza, con el ***back**** de una ciudad que se despertaba como cualquier cosa, era una postal, una foto mental que incluso ahora podría describir de memoria. De pronto escuché la voz de Amadeo en la entrada del departamento. ***"¿Qué chingados haces aquí?",* pensé. El diablo abrazó a León y me miró desde la entrada. *"Cómo te atreves. Eres un cabrón. Ni se te ocurra tocarme",*** le grité a todo pulmón en mi cabeza.

** Se refiere al fondo de una imagen*

—Amadeo, gracias por venir y por ayudarnos —dijo León y el diablo se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Estás listo? Tu avión sale en un par de horas. Aquí está el sobre con el dinero en efectivo y la información de las cuentas de banco que me pidió Román que te diera.

"¿Cómo? ¿Tú ya lo sabías? ¿Sabías el plan de Román? No mames. ¿Cómo no me dijiste nada? Eres un cabrón", pensé, y estoy segura de que el diablo podía escuchar cada palabra y podía sentir cada una como si fueran alfileres sobre su espalda. León me miró con una sonrisa resignada y muda, me guiñó un ojo y se fue a una de las habitaciones.

Miré al diablo. Él en su esquina y yo en la mía. Amadeo se quedó inmóvil. Yo, por el contrario, comencé a caminar por todo el departamento, ida y vuelta por la sala y la cocina. Caminé kilómetros en un espacio de 70 metros, creyendo que así podría alejarme de aquella situación. El diablo me seguía con los ojos, no me dejaría ir a ninguna parte. No había salida más que a través de él.

Puta, qué verdad tan cabrona. La salida es a través del diablo. Entonces qué hago atrincherando la puerta de mi cuarto de hospital, empujándola con todas mis fuerzas para que nadie entre. Es decir, sí, estoy atrapada, pero por el tiempo que yo decida estarlo. No mames, Julia. Cómo no te diste cuenta antes: el diablo no puede entrar, hasta que tú lo decidas, hasta que tú lo desees. El diablo es víctima de sus propias pinches reglas. Aunque eso no soluciona el tema de salir viva de aquí con el

corazón entero. No importa. Por ahora puedo descansar. Respira,Julia.

Así se sentía la respiración de León. Latidos rápidos, pero aliviados. Mi amigo me abrazó fuerte. Se colgó a los hombros una mochila que a partir de ese momento era todo lo que poseía.

—Julia, amiga —y me atrapó los ojos para que le pusiera mi completa atención —no sé si lo que me contaste es verdad o no; pero si lo es, ven conmigo. No necesitas estar en un lugar donde tu bienestar depende de sentirte culpable por la vida de los demás. Esta es la información de mi vuelo, —me dio un papelito doblado, me hizo enjaularlo fuerte entre mis manos —te voy a esperar todo lo que pueda y si no llegas, pues sabré que te quedas porque quieres y no porque no tuvieras otra opción —no le dije nada, no podía dejar de llorar. —Te amo amiga.

Y así, como cualquier otro sábado, León salió del depa de Román para perderse en qué sabe qué países y no volver jamás.

—¿Deseas ir al aeropuerto? —me dijo Amadeo sin mirarme. El departamento de León y Román se convirtió en una sensación de abismo, de vértigo. Mis lágrimas pesadas y continuas se caían al piso para hundirlo. Eran lágrimas creadas por los infiernos de mi ser. No de tristeza ni de miedo ni de angustia ni de insatisfacción. Eran líquido con una intención hambrienta de dejar de ser quien era y que dejara de doler.

Las lámparas del depa se comenzaron a balancear, la tierra comenzó crujir.

—Tú lo sabías Amadeo y no me lo dijiste —las paredes se quebraron y el amanecer se oscureció por completo. —Sabías que Román estaba mal. Tú lo convenciste. Ayer en la fiesta. Los vi hablando —el suelo comenzó a moverse. La estantería de la cocina comenzó a escupir platos, vasos, copas. — Dime la verdad —exigí.

El diablo suspiró profundo. Todavía el hijo de puta se dio el tiempo de sacar un cigarro de su abrigo y encenderlo, darle una calada y dirigirme la mirada.

—Román quería morir. León lo sabía. Solo los ayudé con la logística. Julia, te lo pregunté, ¿recuerdas? —parte del plafón del techo se derrumbó, ninguno de los dos se movió un centímetro. —Recuerda cómo, en el momento que me dijiste que sí, te dejo de doler —las entrañas del edificio tronaron, las mías sintieron mil descargas eléctricas. —La muerte de Román era inevitable y en ese inevitable yo podré existir a tu lado y acercarme cada vez más a tu corazón.

El diablo no mentía, pero se guardaba verdades. Comencé a pensar en círculos, ***“¿Yo provoqué esto? Sí. No. Román de todas formas moriría, quizá no hoy, pero... Sin peros, tú decidiste que muriera, por querer estar con Amadeo. Solo quiero que me deje de doler”.***

El diálogo en mi cabeza era infinito. Debates cósmicos, todos perdidos, ninguno ganado. Esa fue la primera vez que me dieron ganas de morirme. Una cosa es bromear con quererte morir y otra muy distinta es tener la certeza de que ya no puedes vivir más. No tenía que ver con Amadeo, era yo. Esto que soy, sin haberlo elegido, tener que soportarlo. Ser esclava de una

condición que te obliga al casi: «casi respirar», «casi vivir», «casi».

—Julia. ¡Julia, mírame! —Amadeo, sin poderse mover, porque yo no lo deseaba, me gritó desde el otro lado de la sala que ya se caía a pedazos. Lo miré suplicante, derrotada de culpa, asco y cansancio —yo puedo hacer que deje de doler. Nada te va a pasar. Me quedaré contigo. Déjame. Deséame —era casi imperceptible la preocupación en su voz, pero ahí estaba. Tenía al diablo en la punta de los dedos. Claro, porque mis ganas de morir lo desaparecían.
De pronto, se escuchó como una explosión y el piso se abrió a la mitad y yo caí. Como en la escena de la película de Spiderman donde ***Gwen, interpretada por Emma Stone**** cae en cámara lenta del edificio. ***"Ya no quiero ser esclava. Deseo que me deje de doler"***, pensé cerrando mis ojos y esperando a que el choque contra el suelo o la realidad se encargara de todo.

**Gwendolyne Maxine Stacy es un personaje ficticio de las películas Amazing Spider-Man, de Marc Webb, basado en el personaje de Marvel Comics del mismo nombre creado por Stan Lee y Steve Ditko. Fue interpretada por Emma Stone en las películas The Amazing Spider-Man y The Amazing Spider-Man 2.*

Amadeo apareció a mi lado y me alcanzó a besar. Un beso de primeros auxilios, de shock eléctrico, directo al corazón.

—No dejes de respirar —me ordenó Amadeo sin quitar sus labios de los míos. Tomé una respiración profunda y me desmayé en sus brazos.

«Un sismo de magnitud 7.4 sacudió la ciudad en punto de las

7:45 de la mañana. Fuerzas de rescate estiman 370 muertos, miles de heridos, 434 inmuebles con riesgo de colapso...».

—Julia, deja de ver las noticias, ya no importa —Amadeo cerró mi laptop y me dio un beso en la frente. Me la quitó de las piernas y la intercambió por una mesita de madera, sobre de ella un tazón de sopa. —Tu papá está subiendo por las escaleras. Les dejaré a solas. Efectivamente, después de que el diablo saliera de mi cuarto, el Ingeniero Álvarez abrió la puerta. Se sentó a mi lado y lo primero que hizo fue escucharme respirar. —Estoy bien papá. Solo me rompí la pierna, —lo abracé tan fuerte como me lo permitieron los brazos —sigo viva, yei —le dije sarcástica.

—Julia, no juegues con eso —a mi papá se le llenaron los ojos de lágrimas y entendí que esa era una línea que jamás debía cruzar. Menos después de haber sobrevivido al colapso de un edificio en medio de un terremoto. ¿Y si mi papá hubiera sabido que salvé la vida gracias a un milagro demoníaco y a esta asquerosa adicción? Nunca sabré la respuesta a esa pregunta.

—Estoy bien papá —mentí.

—Júramelo —me dijo mi papá sin dejar de agarrarme la cara entre sus manos rasposas.

—Te lo juro —mentí de nuevo.

—Bien. Te creo. Por ahora solo importa que te recuperes. Venga, que te acompaño a comer.

Mi papá se sentó a lado mío, tomó la cuchara y probó la sopa.

—Oye, esto está rebueno, quien diría que un escritor tuviera aptitudes para la cocina —ambos nos reímos.

Esa risa me abrió el apetito y con mi papá a un lado decidí que comer era bueno. Esa tarde hubiera sido perfecta. Mi papá, yo y películas de los ochenta, abrazados, riéndonos de verdad. Perdóname papá por darme cuenta demasiado tarde de que lo único que necesita una hija es el amor incondicional de su padre. Lo daría todo por sentir tu abrazo aquí, conmigo.

El celular del Ingeniero Álvarez vibró por debajo de las almohadas —Es tu hermana. Está muy preocupada por ti. Está con Mario, ambos fueron a recoger a Sadie al aeropuerto. Vienen para acá.

Puta madre, lo último que necesitaba, una cucharada de realidad que me amargara mi débi existencia. Mi papá en un tono amargo continuó —varios familiares de Sadie fueron afectados por el terremoto, ella y su familia regresaron para ayudar en lo que se pueda.

Hacía tanto que no pensaba en Sadie. Me incomodó mucho la idea de tener que compartir mi vida de nuevo con ella. Mi papá me abrazó, esta vez para darme fuerzas, él no tenía que entender, solo sabía que las necesitaba.

Pasaron diez minutos y escuché la puerta del depa abriéndose de par en par. Se sintió un viento frío, como cuando abres una ventana para ventilar un lugar de emociones espesas. Sentí escalofríos.

—¡Ya llegamos! —anunció Mich desde la cocina.

Mi papá me ayudó a ponerme de pie. Lento salí de mi cuarto, como si fuera un oso saliendo de su cueva después de siete meses de hibernar.

—¡Jul! ¡Tu pierna! ¿Estás bien? —Sadie se lanzó a mí sin esperar respuesta.

La abracé en automático. Mario en un dos por tres se acercó para cargarme al sillón, mi hermana como si fuera la enfermera más calificada, apiló varios cojines y cuidadosa me subió la pierna enyesada. Todo mundo empezó a hablar, a darme abrazos, besos y yo no entendía nada de nada.

Sin darme cuenta yo era el centro de una comida familiar. Todos alrededor mío con cajitas de comida china en las manos, hablando del viaje de Sadie, del terremoto, del clima y de mi pierna. Una lavadora de cotidianidad después de una intensa carrera por sobrevivir.

—¿Julia, no tienes hambre? Tienes que comer, —Mich me puso entre las manos un tazón con arroz frito —anda es tu favorito. Cómetelo.

Mis ganas de comer habían desaparecido por completo. La única sensación de hambre era la que me provocaba Amadeo.

—Ya comí. Gracias —bajé el tazón a la mesa y me recargué en el hombro de mi papá, quería esconderme de todo. Mich, miró con sus típicos ojos de reproche a mi padre.

—Mmm, sí —dijo el Ingeniero Álvarez entre gestos incómodos—cuando llegué Amadeo ya le había hecho de comer, una sopa riquísima.

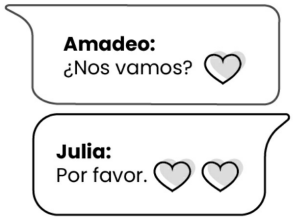
Mi papá me besó la frente, era su forma de decir que no me preocupara, que nadie me obligaría a comer si no quería.

—¿Amadeo? —preguntó Mich en un grado más de alteración.

Sadie y Mario intercambiaron miradas conspirativas. Me bastó ese silencio para saber que fuera de mi padre, todos los demás eran alfileres ardiendo sobre mi cuerpo. Era insoportable. Miré con atención a mis amigos y a mi hermana, no los reconocía. ¿Dónde chingados estoy?

Estás en el hospital Julia. Tirada en el suelo. ¿Cómo se atraviesa al diablo? En cualquier otro momento hubiera dicho que a besos. A besos míos, el diablo hacía lo que yo quería.

Y lo que yo quería esa tarde de absurda cotidianidad era salir huyendo. Cerré mis ojos y deseé salir de allí. Casi al instante, mi celular vibró. Un mensaje de Amadeo.



El timbre de la puerta sonó tres veces. Me acerqué al oído del Ingeniero Álvarez. —Papi, es Amadeo, ¿le abres?

Mi papá me miró profundo para confirmar si de verdad quería dejar entrar a Amadeo, en automático afirmé con la cabeza. Una vez más mi papá confió en mí, yo no entiendo por qué chingados.

—Buenas tardes, señor Álvarez, vengo por Julia, daremos un paseo por el parque.

El diablo se abrió camino por la entrada del depa con una silla de ruedas, decorada con margaritas blancas y mariposas amarillas. Sadie y Mario se quedaron helados. Mich, por el contrario, se levantó y me cubrió con su cuerpo. Mi hermana mayor siempre estuvo dispuesta a protegerme, aunque fuera del mismísimo puto diablo. —Hola, soy Michelle, la hermana mayor de Julia. Ya era momento de conocernos —Mich, le extendió la mano y no lo dejó de ver a los ojos ni un solo instante.

No sé si el diablo tiene la capacidad de ponerse nervioso, pero con esa mirada estoy segura de que estuvo cerca de estarlo. Mi hermana no le ofreció un saludo le entregó un amenaza

—Me contó mi papá que, si no fuera por ti, mi hermana se hubiera roto más que una pierna —el diablo le sonrío aguantando la mirada. —Aunque me parece curioso que hubieran estado ahí desde el principio. ¿Cómo es que estaban en ese depa tan de mañana? —si yo soy sarcástica, mi hermana era un látigo pasivo agresivo de campeonato. —En fin, quizá sea plática para otra ocasión.

Mich le soltó la mano a Amadeo y le invitó a sentarse. Mario no escondió su disgusto y se levantó a la cocina. Sadie fue detrás de él. Mi hermana se sentó junto a mí.

—Jul, ¿crees que es buena idea salir? Hace frío y me parece que todavía no estás como para mucho paseo.

Mich arqueó una de sus cejas, lo que significaba que lo que me decía no era una sugerencia, era una orden.

—Hace una tarde hermosa, será solo una vuelta al parque, ¿se te antoja Julia —***"Obvio, dude, sácame de aquí",*** pensé lo más fuerte que pude.

—Sí. Una vuelta me vendría bien —tomé la mano de Mich. —Está bien, te lo prometo —mentí.

Mi hermana se tomó su tiempo para hacerse a la idea, me acarició la cara, y resignada me sonrío. Por un momento se clavó jugando con el dije de mariposa en mi cuello y como si algo olvidado llegara de pronto a su mente dijo tajante —pero antes de salir, toma tu medicina. No está bien que se te pase el horario.

La intención de mi hermana fue tan poderosa, que Amadeo se echó un mili centímetro para atrás.

Todos en esa habitación tenían una verdad distinta sobre mi tratamiento. Me dio asco. Asco de saber que todos tenían una agenda personal escondida con respecto a mis medicinas y si la tomaba o no. ***"A la chingada con sus putas expectativas de mierda",*** pensé. Amadeo se sonrió por debajo de ese silencio incómodo.

—Claro, ¿dónde es que las dejaste esta mañana? En la barra de la cocina —respondió el diablo.

Mi hermana, con una seguridad titánica, se levantó del sillón. Fue a la barra de la cocina y en efecto, allí estaba la caja. La revisó para estar completamente segura, ¿de qué? No lo sé. Pero agarró el blíster de las pastillas, llenó un vaso con agua y los puso frente a mí. Amadeo me guiñó el ojo. Así que me la tomé. Eso no era medicina, era un chiste. Uno muy bien contado que se convertiría en parte de nuestro código. Esa pastilla en el momento que tocó mi lengua explotó en un sabor concentrado de limón y miel. Se me escapó una risa, me atraganté un poco, pero mágicamente el asco desaparecía. Le enseñé la lengua a mi hermana con un ademán sarcástico y burlón .

—Listo. ¿Ya me dejas ir? —Mich no tuvo más remedio que hacerse a un lado. Amadeo me levantó del sillón en un arrebato y me sentó en la silla de ruedas. Mi papá me arropó con su chamarra y me dio un beso en la cabeza.

—Jul, pero regresarás para nuestra noche de películas, ¿cierto? —me gritó Sadie para no dejarme ir y jugarse su última carta.

—Seguro —mentí.

—Así que al final decidiste que desearme era lo mejor —dijo Amadeo en el momento que se cerró la puerta del depa detrás de él.

El parque se abría como una imagen de cuento. El sol de la tarde arropaba el pavimento, el pasto y las bancas. El viento era frágil con mi cabello y las hojas de los árboles bailaban en armoniosos remolinos. Se veía como lo que se siente un respiro. Para ese punto, las mariposas ya no me sorprendían, al contrario, me había acostumbrado tanto a ellas que a veces sentía que eran las únicas que podían dar razón de mi existencia, las únicas que podían entender todo lo que me sucedía, como si me conocieran. No sé por qué, pero las sentía esclavas a la misma necesidad mía de ser amadas. Las mariposas no eran diabólicas, solo víctimas de su propia consecuencia. Aún con ese sentimiento de bienestar en el pecho, no tenía en lo absoluto ganas de hablar. ¿Qué podría decir? Cualquier cosa era tan chiquita, comparada con lo que había sucedido con León y Román. No podía quitármelos de la cabeza. ¿Cómo hacerlo?

El diablo se detuvo, se puso frente a mí y me extendió su mano —Jul, levántate.

"No quiero. Estoy rota. Y no tiene nada que ver con mi pierna", pensé.

—Ven a mí. Baila conmigo —Amadeo acarició mi pierna. Me tomó de ambas manos. —Vamos a existir un rato juntos —y así como si nada ya no había yeso, mi hueso estaba completo y mi pierna se sintió de nuevo firme y con una falsa sensación de libertad. El diablo me tomó entre sus brazos y me besó. Otra vez, como si fuera el primer beso. Mi corazón agarró ritmo con cada encuentro de lengua y saliva y como una ***morra*** pendeja de quince años, le sonreí. No sé exactamente de dónde, pero de mi cuerpo nacieron las fuerzas y las ganas de bailar, mi cabeza se inundó de música, la canción ***Free de Florence & The Machines**** se repitió una y otra vez cada vez con más fuerza.

But there's nothing else that I know how to do But to open up my arms and give it all to you
'Cause I hear the music, I feel the beat And for a moment, when I'm dancing
I am free, I am free...

** "Free" es una canción de la banda inglesa de indie rock Florence and the Machine. Fue lanzado el 20 de abril de 2022 como el cuarto sencillo del quinto álbum de estudio de la ban- da, Dance Fever (2022). "Free" fue escrita y producida por Florence Welch y Jack Antonoff. "Free" es una canción pop urgente que analiza líricamente los problemas de ansiedad y traumas del cantante relacionados con la pandemia de COVID-19.*

No lo recuerdo así, porque sería un cliché, pero es posible que juntos hayamos flotado por el parque mientras bailábamos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—El que sea necesario —me contestó.

—Dime la verdad. ¿Para cuánto nos alcanza la muerte de Román?

—No tiene relevancia. Lo que importa es que ahora, en este instante, te puedo besar y hacer que nada te duela.

El diablo tenía razón, nada me dolía. Pero tampoco era toda la verdad. Toda la verdad hubiera sido que me explicara que esa sensación de bienestar era estrictamente proporcional a su cercanía. Entre más lejos, más tortura, más efectos secundarios, más tiempo de hospital. Pero ese era el tema, ¿no? Estirar el tiempo tanto como fuera posible, para que el momento de ausencia no llegara. Porque esa es la pinche idea de amor que nos enseñan. Te dicen que amar es saber estirar la liga de un lado al otro, aprender a jurarse cosas, ser parejas de siempres, de nuncas, de historias sin punto final. Qué puta mentira de circo. Girar en torno a una liga y esperar a que se rompa. Como este experimento de poner ligas alrededor de una sandía hasta que explota. Así me siento ahora. Apretada por miles de trescientas ligas que aprietan, de a poco, hasta asfixiarme. ¿Liberarme de ellas sería desear?

—¿Güey, cómo que te mudas? —era la primera vez en seis años que Sadie me decía «güey», mala señal. No quería darle explicaciones a nadie, para mí era tan sencillo como empacar las camisetas de mi papá, mi compu, mis libros y ya está; pero Sadie lo quiso complicado, entonces así fue.

—Julia, no te reconozco. Nos ***ghosteas**** a Mario y a mí. Dejas botada a tu familia, tu trabajo en la librería. Jul, ya ni siquiera hablas conmigo.

**Como alternativa al inglés «ghosting» o al híbrido *«ghostear» ('romper una relación sin dar explicaciones, cortando toda comunicación')*

"¿Qué? Si la que se largó fuiste tú", pensé. Paré en seco. Dejé de doblar mis playeras y volví mi mirada hacia Sadie parada en la puerta de mi cuarto. La vi tan, pegajosa. ¿Quería decirle la verdad? ¿Quería mentirle? ¿Ambas? El tema no era que Sadie se hubiera ido por casi tres putos meses, que me hubiera congelado de su vida o, que incluso, me hubiera intentado besar. El problema era que actuaba como si nada hubiera pasado. Como si esos tres meses y ese silencio tan profundo entre las dos no hubiera significado nada. Me hacía sentir como si estuviera loca y esa idea me enfureció.

—***Dude,*** ¿cómo te atreves? ¿cómo te paras aquí después de tres putos meses de no hablarme, de no estar y fingir que todo esto te importa? — en el fondo quería parar, pero era demasiado tarde, el dique de autocontrol en mi cabeza se había roto por completo.

—***Dude,*** acepta de una puta vez que soy tu telón perfecto, para fingir que eres una persona normal. No, Sadie, no eres normal. No es que yo haya sido especial. Simplemente fui la *morra* que se pasó por delante de ti en terapia. Cualquiera te hubiera servido, a cualquiera le hubieras pagado un depa para que viviera contigo —y no solo no paré, sino que seguí tirando putazos a todo lo que se dejara. —¿O ya no te acuerdas de que me quisiste besar? —y fue engañosamente liberador que, por una vez en la vida, el picahielo no estuviera en mi estómago, sino en el de

alguien más. —***Dude***, vienes a querer emitir juicios de grandeza y amistad eterna cuando estás más hecha mierda que yo. —y con eso la tiré a la lona.

Sadie se convirtió en piedra y cualquier esperanza de recuperar a mi mejor amiga se fue por el caño.

—Mario me pidió que fuera su novia. Le dije que sí —Sadie no levantó la vista del piso, fue como si lo que acababa de decir se lo dijera a la nada. —Era importante para nosotros contártelo —sentí que no podía echarme para atrás, tenía que seguir en ***mood*** asesino.

—***Dude***, estás cabrona. Lo vas a hacer mierda y lo sabes.

Sadie comenzó a llorar en silencio y sus lágrimas tiraron de las riendas de mi razón y paré. De todas formas ya no había nada más que decir. Agarré mis dos mochilas y me fui. Atravesé a mi mejor amiga como cualquier cosa y una parte de mi ser, de lo que me hacía ser yo, se murió ahí. Ya en el Uber recibí un mensaje de Sadie.



¿Qué acababa de hacer? Lo que haces siempre Julia, cagarla. Quería escribirle de vuelta, parar el auto, volver, abrazarla y hacer lo mismo que ella y fingir que todo seguía igual.

—¿Todo bien? —interrumpió Amadeo. Me sonrió y me perdí en esa sonrisa, ese mensaje se quedó sin leer. Me recargué en el pecho del diablo y me valió madre todo lo demás.

En la línea. ¡En la línea! ¡Puta madre! Era tan fácil. Tres pinches palabras y quizá ahora seguirías conmigo. Julia deja de pegarle al suelo, una mano rota no te va a servir de nada. El piso ni la maldición ni tu vínculo con el diablo se va a romper solo porque le des de putazos a las baldosas de este pinche suelo frío. Los putazos los debiste dar antes. Cuando ibas en el auto con destino a tu vida *libre* de dolor según tú. Convencida de que el diablo con el tiempo se daría cuenta de que, en efecto, estaba enamorado de ti, así como tú de él. Otro concepto fallido que te meten en el cerebro y en el corazón, con respecto al amor. Te aleccionan a que todas las personas somos como edificios en obra negra, un poco de pintura por aquí, un arreglo por acá y de pronto tendrás la casa de tus sueños; a la mierda lo que la otra persona sea o quiera ser. Nos enseñan a vivir de expectativas.

La expectativa que tenía de la casa de Amadeo era muy pequeña comparada con la realidad que él minuciosamente había construido para mí. El diablo no rentaba un depa, poseía una casa. En realidad era una puta mansión perdida en una de las colonias más antiguas de la ciudad.

Cercada por muros de enredadera, con un portón de roble y herrería negra, y con siete habitaciones. Tres patios. Jardín con mini lago artificial. Solo le faltaba una pinche caballeriza, agregarle un mayordomo, una nana y tendrías una casa de las telenovelas de ***Thalía*.** Lo curioso es que estaba completamente vacía.

**Thalía es una actriz, cantante, compositora, empresaria y conductora ocasional mexicana.*

—¿Te gusta? ¿Te ves viviendo aquí? —me preguntó Amadeo expectante.

—Mmm, si sabes que está vacía, ¿te robaron o qué?

—No. —el diablo se carcajeó— A mí nadie me roba, nada, nunca. La materialicé sin nada para que tú la llenes. Llénala de ti Julia. Es tuya.

Esa tarde hicimos el amor siete veces. Una vez en cada una de las habitaciones y con cada beso, al ritmo de mis latidos de aspiraciones profundas, los cuartos comenzaron a pintarse por sí solos; le aparecían y desaparecían muebles, cuadros, libros. Se llenó de música, luces y expectativas, que combinaban en perfecta armonía. Por fin, cuando el día nos pedía exhausto terminar, nos resguardamos en una de las habitaciones del segundo piso, una a la que de pronto entre besos le apareció un balcón, con un vitral de colores de piso a techo con la misma silueta de mariposa que llevaba colgada al cuello.

—Román debió tener un alma hermosa —dije bajito y el diablo me miró con algo de confusión. —Claro. Todo esto, es gracias a él, ¿cierto? —le pregunté.

Amadeo se levantó de la cama, abrió de par en par el vitral del balcón y se quedó viendo a la nada. Tenía tanto miedo de romper aquella magia que me quede inmóvil.

—Las almas no me importan —me miró. —Lo que me permite estar aquí es tu corazón. Esta *magia* como tú la llamas, es tuya. Tu corazón sentía algo por Román, esto solo es una manifestación de ello. Entre más cercano el sentimiento, más fuerza tengo para devorarte el corazón.

Admiré las paredes que se pintaban de un azul intenso, la luz de la luna llena atravesaba las ventanas y el balcón.

—Román —suspiré y cuando yo lo hice esas cuatro paredes suspiraron también.



6

LA LLUVIA ANTES DEL FIN DEL MUNDO

Estoy cansada. Pareciera que he pasado por aquí más de mil veces. Se ha hecho de noche y está nublado. No sé cuántas horas o siglos he pasado en este hospital de porquería. ¿Qué pasa con esta puta realidad? Qué nadie viene a revisar si la *morra* que ha estado en un sádico accidente de auto, a punto de morir, sigue viva o no. Seguro estás atrapada en un puto bucle de tiempo, Julia y has estado viviendo una y otra vez la misma hora, el mismo minuto. Los bucles de tiempo no existen, por lo menos hoy no.

Lo que daría por que una de esas putas ventanas se pudiera abrir. Me tiraría sin dudarlo. Supongo que hay mil cuatrocientas maneras de morir, y ninguna de ellas será tan dolorosa como elegir seguir viviendo. Para mí, tirarse de una ventana es la que hace más sentido ahora. ¿Por qué? Las ventanas tienen lo que los puentes, precipicios y azoteas carecen: posibilidades.

Cuando miras a través de una ventana descubres un mundo en el que no sucedes. Es como un portal hacia otras realidades. Una en la que no sufres cada estúpido instante del día, la que te mantiene con el cuerpo en carne viva y en la que cada respiración es una cubetada de ácido, que te deshace poco a poco con la intención de llegar hasta lo más profundo de tu alma y entonces desaparecerla. Así de dramático se siente. Me desvío. La ventana, tirarse. Empieza a llover.

Ahora que lo pienso, Sadie no pensaba tan diferente a mí. «Pues eso, que si lo reflexionas, tirarte por la ventana no es morir, es tomar la decisión de saltar a una dimensión que no es la tuya» me dijo una tarde que ella y yo estábamos hasta arriba de mota, tiradas en la duela del depa, filosofando tonterías. «Es de valientes, de locos. Es como amar. Amar es tirarse por una ventana, sin saber si del otro lado habrá piso o no. Por eso hay personas que se la viven cayendo, cayendo, cayendo, como en *loop.* Y entonces la pregunta no es si al tirarte vas a morir o no, sino

si caerás en ese bucle de tiempo», me cagué de risa.

Desde aquella fugitiva mudanza y ese mensaje sin leer, sin responder, suspendido en el silencio, Sadie y yo no nos atrevíamos a dirigirnos la palabra. La neta, no me importaba, me era suficiente saber que mi tiempo era para Amadeo y nadie más.

El tiempo con el diablo era relativo y no tenía muy claro cómo era que pasaban los días, pero sé que fueron meses. Lo cierto es que la muerte de Román, a diferencia de las anteriores, se sentía sólida. Amadeo iba y venía y yo de a poco le perdí el miedo a que en cualquier instante pudiera desaparecer.

Al principio, pasaba demasiado tiempo en la casa, era una adicción ser testigo de cómo todo ***morfeaba**** según mis sentimientos. En un día alguna habitación tenía tapiz de mariposas y al otro se pintaba completamente de blanco. Era como el efecto de las escaleras de pinche ***Hogwarts**** pero en ***tachas*****.** La casa se movía todo el tiempo. Sin embargo, en algún punto dejó de ser suficiente para convertirse en una sensación de agobio y náusea. Eso si estaba sola, porque si estaba Amadeo el universo giraba en torno a sus besos y nada me dolía.

** Que está cambiando.*

***El Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería es una escuela de magia perteneciente al universo de la saga de libros de Harry Potter. En el castillo las escaleras se suelen mover solas.*

****Frase que se usa para describir que algo o alguien está bajo los efectos de alguna droga alucinógena.*

Solo por perder mi tiempo y no la razón, seguía escribiendo mis entregas de blogs, aunque el dinero no me hacía falta. Era algo qué hacer mientras Amadeo se clavaba en su estudio escribiendo. Escucharlo teclear todos los días, religiosamente cuatro horas muy por la mañana y seis en la madrugada, me hacía preguntarme de qué chingados escribe el diablo.
Lo que fuera, aquellas teclas golpeando el papel eran una melodía embriagante, que me espantaba el insomnio por las noches y me daba motivos para levantarme por las mañanas. El diablo lo hacía muy bien. Me tenía cosida a sus costillas, alimentada, paradójicamente, por el hambre de estar con él.
Recuerdo el aroma de las margaritas del jardín y de cómo se sentía el aire al entrar y salir de mis pulmones. Era medio día y a esa hora me daba por divagar.
Me parece que fue la primera vez que escuché el timbre de esa casa. ***“¿Tenemos timbre?”***, pensé. Fui al portón y abrí la puerta.

—Jul, somos nosotros. Ábrenos. Anda que papá tiene que pasar al baño —era Mich, siempre con su prisa y sus ansias de saber si seguía viva o no.

Abrí la puerta y mi papá pasó corriendo de largo. Mi hermana, en cambio, se quedó pegada en la entrada. Como si una fuerza ajena a ella no la dejara pasar.

—¿Julia, me invitas a tu casa? —me dijo con una sonrisa inquietantemente honesta.

—¡Obvio, pasa! —contesté.

Mich me tomó del brazo y juntas atravesamos el jardín. Al final, el engaño del diablo la alcanzó a ella también. Mi hermana mayor estaba tranquila; el espejismo de mi bienestar estaba tan bien ejecutado, que ese día ni siquiera me preguntó por mis medicinas. Aunque aquel encanto no duró mucho y salir de él le costaría más de lo que ella quisiera.

—Jul, esta casa es hermosa. No sabía que tenías tan buen gusto para decorar —me dijo orgullosa y sarcástica. —Tengo esta sensación de que cada vez que vengo algo está cambiado, como que no siempre es igual. Ha de ser la luz.

Sí, era la luz y lo que sea que ese día latiera en mi corazón. Pero cómo explicarle eso a mi hermana.

—¡Hija! La biblioteca de Amadeo es impresionante. Le tienes que decir que un día vendré a robarle un par de libros.

"Al diablo no se le roba nada, nunca", pensé. La tarde se apetecía calurosa, así que mi papá nos obligó a un día de campo. Ahora que me esfuerzo en recordar, me doy cuenta de que viví todos esos momentos como detrás de una barrera de acrílico. Con el sonido bajo, distorsionado, con las imágenes algo ***blureadas***** que no permiten delimitar bien las figuras que tienes enfrente. Me valía madres. Ojalá me hubiera importado, porque así tendría más fotos mentales de mi padre y hermana riendo.

**Borrosas*

—¿Sigues sin ver a Sadie y Mario? —me preguntó Mich sin tener piedad alguna. —Sip, ninguno de los dos me contesta el teléfono

—mentí.
—Tú y yo sabemos que eso no es tan cierto —Mich me lanzó una mirada láser. —En algún punto tienes que hablarles, son tus mejores amigos y pronto se van a casar.

"¡Woooo!, Es una mala broma, ¿no?", pensé. Mi hermana se mordió la lengua, se dio cuenta de mi completa ignorancia con respecto al tema y de lo que aquello significaba para mí.

—¿Cómo que se van a casar? ¿Qué? —no sabía si me tenía que enojar, reír, llorar o todo junto.

—Deberías llamarlos. Es importante, Jul —Mich no se guardaba una y, tan no se guardaba nada, que me hizo dudar.

Acercarme a Mario sería mucho más sencillo que a Sadie. Más bien, no tenía los huevos para hablar con ella. Me haría menos daño si Mario decidía mandarme a la mierda. Qué cosa tan confusa, que tus mejores amigos se casen entre ellos ¿Eso es un final feliz? Qué tontería eso de los finales felices; no hay final de nada, somos víctimas de procesos infinitos que suceden todos a la vez.

El otoño y sus vientos me habían sorprendido de repente. Las manos me sudaban dentro de las bolsas de mi abrigo rojo, las calles hacia el bar de Mario me parecían interminables; era como si supieran que muy en el fondo no quería llegar, que no tenía fuerzas para enfrentarme a ese pedazo de realidad.

—¿Es muy temprano para pedir un Jack? —me puse de puntas en la barra, asomé mi cabeza lo suficiente para que Mario notara mi presencia.

—Julia, ¿qué haces aquí? Todavía no abrimos.

—¿Me lo dices para que me vaya o para que me quede? —le contesté.

—Me parece que tú se lo dejaste muy claro a Sadie el día que te mudaste con ese cabrón.

Uf, qué putazo de comentario, directo al pecho. Todavía con las manos en los bolsillos le hice una reverencia, di la media vuelta y caminé hacia la entrada.
¡Claro!, ¿pues qué pinches esperabas Julia? No lo sé, tal vez que Mario se diera cuenta de que esa ***morra*** que habló con Sadie por última vez no era yo o por lo menos que era una versión mía alterada. Que yo sería incapaz de hacerles daño a propósito. El tema es que estaba poseída por el mismo diablo.
"Puras excusas pendejas", pensé. Me di cuenta de que era mucho mejor desear a Amadeo para que me sacara de ahí, que quedarme a que me hundieran el espíritu. Estaba a punto, pero Mario me detuvo. Su mano se sintió como una realidad que no es ni buena ni mala, solo es. —Ven, hablemos afuera —el ***dude*** tomó una botella de Jack detrás de la barra, la arropó con su abrigo y salimos por la puerta trasera del bar.

—¡Qué huevos tienes, Julia! Mira, que venir conmigo para llegar a Sadie.

—¿Cómo sabes que no he hablado antes con ella? —le pregunté sarcástica.

—¿Ya hablaste con ella? —me respondió retándome.
Le arrebaté la botella de *Jack* y le di dos tragos.

—Así que, ¿boda? —le respondí rebotándole su amargura.

Mario se río en lo bajo y me quitó la botella para darle tres tragos.

—*Dude*, ¿estás seguro?

Mario cerró los ojos y dio un profundo suspiro. El viento le revolvía el cabello y los pensamientos, con sus manos enrojecidas por el frío, sacó un cigarro del abrigo y lo prendió.

—Sadie es la única ***morra*** que me importa. Siento que si no la tuviera a ella mi vida sería totalmente distinta. Desde que éramos niños fue así. Ella sucediendo y yo cuidándole la espalda. Pero me cansé, ¿sabes? De estar siempre detrás y nunca a su lado. Así que el día que volvió se lo dije.

—Le dijiste así nada más «cásate conmigo», o ¿qué? —le interrumpí.

—No, intenté besarla.

Cuando me contó eso mi mente se fue directo a esa foto mental de Sadie y yo agarradas de la mano en mi cama la noche antes de su viaje.

—Me rechazó —Mario ahora me veía estático de frente, aunque las palabras seguían saliendo de su boca. —Me dijo que no podía hacerlo, que si después algo salía mal, no soportaría perderme. Y entonces ahí fue donde le dije que se casara conmigo, que así de seguros eran mis sentimientos por ella, que era real y que era algo para siempre.

Aquello que me contaba Mario era muy fuerte, le quité el cigarro de la mano y le di un par de

caladas.

—Ella me dijo que sí, Julia, y no sé si por qué la convencí o por qué me está retando y quiere ver si de verdad le cumpliré mis promesas.

—Es porque la convenciste —mentí. —Y me alegro un montón de que esto les esté sucediendo. Es como si fuera el destino cumpliéndose o algo así.

Mario se dejó engañar por mi tono de voz y me sonrío. Así que lo que quedaba era abrazarnos. Lo hicimos y pude recargar mi cabeza en el pecho de mi mejor amigo, el sonido de sus latidos era tan real. El corazón de Mario cuando hablaba de Sadie sonaba como la canción de ***Niña Roja de Adanowsky**** Cuando Sadie se murió, esa habilidad de su corazón falleció también.

**Adán Jodorowsky, también conocido por su seudónimo Adanowsky (París, 29 de octubre de 1979), es músico, actor, productor y director de cine franco-mexicano.*
2 Ayúdenme



—¿Entonces qué? ¿Me vas a invitar a tu boda sí o no? —le pregunté, ya riéndome.

—Tienes que hablar con ella primero, Jul.

—Que sí, que sí. Iré a verla mañana por la tarde —mentí. Le di un beso de despedida, pero antes de irme me tiró una bala más.

—Julia, tú eres su mejor amiga, la conoces mejor que nadie. Ni siquiera yo logro descifrar qué putas sucede en su cabeza. Habla con ella. No hice más que sonreírle, para que él interpretara lo que

quisiera, pero no terminó ahí.
— Jul, no nos hemos besado.

—¿Cómo que no se han besado? —le pregunté con todo el escepticismo del mundo.

—Ni un solo beso. Sadie dice que es algo que se quiere guardar para el día de la boda y que tendremos toda la vida para besarnos y lo que sea. *"Pinche Sadie, tú y tus trampas para no existir"*, pensé. En efecto, la expresión de Mario no era de enojo o confusión, era de cansancio. Cansado de drama, de frases rebuscadas y de sentimientos garigoleados, cansado de sentir por Sadie algo así de inefable. Entendí por qué quería que yo hablara con ella; quería estar seguro, saber la verdad, que al final es lo único que nos libera.

—Hablaré con ella —le prometí.

La verdad es que algo de ayuda no me vendría mal. Julia, para de mamar, de nada te va a servir escribir en la ventana un *"HELP ME"2* con el dedo y el vaho de tu boca.

La ciudad y sus calles se ven tan normales, tan poco afectadas por esto que me está pasando.

Pero es que no eres el centro del universo, *morra.* ¿Qué eres? Un saco de partículas que aleatoriamente decidieron unirse para sufrir. Soy mi condición mental, las pastillas que tomo, sus efectos secundarios y mi terquedad de querer salir de aquí. Soy víctima del diablo. Quizá sea más inteligente preguntarse de dónde vienes. Vengo de un puto desastre, de decisiones mal tomadas. Vengo del vientre de mi madre. De la que se murió cuando yo tenía seis años y que me heredó un pinche collar. ¿Por qué cada que pienso en ella siento frío en el pecho y la piel me pica como si mil mariposas quisieran salir atravesándome la piel? No mames que me está dando un ataque al corazón. No, Julia, es el pánico, respira.

Sadie era un desastre, un desastre que intentaba con toda su razón parecer un ***adulto funcional***.

—De verdad, no hace falta que prepares té. Sí, sé que es té francés, pero no. No, no necesito que ajustes la temperatura con tu nuevo sistema climático. Sí, ya me dijiste dos veces que Mario lo puso en menos de tres horas. No, no te molestes, los cojines que tengo en la espalda son suficientes.

Sadie, simplemente giraba sobre su propio eje. Me atreví a tomarla de la mano y la obligué a parar. —***Dude***. Sadie. Siéntate —no era nuestra costumbre que yo fuera la que mantuviera el ***cool,*** pero le debía eso por lo menos. —Te vas a casar—la miré a los ojos para entender lo que aquello significaba.

—Sí —Sadie entrelazó sus manos y clavó su mirada en el piso. —Me voy a casar con Mario, mi mejor amigo de toda la vida, y eso está bien —me dijo con voz casi robotizada, como si alguien le hubiera programado ese discurso barato en su cerebro.

—Sadie, soy yo —intenté que me reconociera. —¿Te vas a casar? —puse el énfasis en el tono de pregunta.

—Julia, esto es lo que hacen los adultos. La gente normal, se casa.

¿Dónde estaba mi amiga? Muerta por un cartucho de tus palabras más duras, Julia.

Nada hacía sentido. Recuerdo haberme levantado del sillón para tratar de abrir un poco el espacio y redirigir la conversación hacia un lugar menos

torpe.

—Mi cuarto sigue vacío. ¿Tendrán un nuevo *roomie*?

—No. Bueno, Mario y yo pensamos que un bebé sería una mejor opción.

—¿Cómo?

Sadie pasó de ser la persona que más me daba calma en el mundo a un ser que me llenaba de frustración. Era como ver una mala obra de teatro, en la que los actores buscan, sin éxito, parecer normales. Ambos estaban locos. Mario por dejarse enrolar en un papel imposible y Sadie por amputarse el espíritu solo por ***fitear**** en una caja, que quién sabe quién le puso enfrente. Lo más cabrón es que ambos lo sabían, por lo menos Mario sabía que nada de lo que les estaba pasando era normal. ***"Pinche Mario, por eso me pediste hablar con ella, para hacer el puto trabajo sucio"***, pensé. Claro, hacía sentido. Sadie y yo estábamos rotas, lo peor que podía pasar si yo retaba su discurso aprendido de una caja cereal, era que me mandara a la mierda, pero por lo menos sabríamos. Me detuve a reflexionar un instante. ¿Qué se le dice a una amiga que está drogada hasta arriba de pura realidad? No hubo necesidad de contestarme esa pregunta, porque Sadie me vio venir y estaba dispuesta a regresarme toda la mierda en un solo golpe.

**Encajar. Ser parte de.*

—No pongas esa cara, Julia. En una de esas, cuando ya tengas controlada tu condición y el tema de tus medicinas, quizá puedas plantearte ser mamá.

"Qué hija de puta", pensé. Me pregunto si Sadie, así como yo aquella noche, se arrepintió al instante después de decir esas palabras. Daba igual. Me acerqué al único mueble que quedaba en mi antigua habitación. Una mesita de noche con un solo cajón. Antes de que alguna otra bala de Sadie pudiera darme otro putazo; aún ignoro el porqué abrí ese cajón.
Y ahí estaba, la prueba de que somos esclavos de nosotros mismos, mi camiseta de ***The Cure****, doblada al detalle, oliendo a suavizante de ropa. Lo cerré enseguida y miré a mi amiga, lo que quedaba de ella. Decidí retirarme, al final de cuentas yo tenía a Amadeo, ya no la necesitaba. No necesitaba sus guerras ni su sinsentido. Ese picahielo no era mío. Así que sonreí.

*** The Cure es una banda británica del rock alternativo formada en 1976 en Crawley (Ingla- terra).*

—Tú y Mario serán muy felices —mentí.

—Gracias. Me da gusto que podamos compartir estas cosas — me mintió.

Tomé mi abrigo y me despedí. Ya en la puerta, me dijo —la boda es el 30 de septiembre, ¿vendrás? —volví a sonreír, esta vez con un poco más de sarcasmo.

—Claro. Amadeo y yo estaremos ahí, en primera fila.

Noté perfecto la cara de disgusto de Sadie, me valió madres. Y ahí, esa tarde, dejé a mis amigos de toda la vida, a que se hundieran solos. Ellos me exigían demasiado para perdonarme, y a mí me daba mucha hueva dejar que me ayudaran. No nos equivoquemos, aunque en diferente vagón, los tres viajábamos en el mismo pinche tren hacia el puto precipicio.
Recuerdo que esa tarde, cuando llegué a casa, estaba diluviando, parecía que el cielo también tenía claro que el fin del mundo se acercaba. Escurriendo dejé la bolsa y las llaves tiradas por ahí. No había luz o a lo mejor las luces no querían encender; para qué querría ver con claridad.

El diablo no estaba en ninguna de las habitaciones. Estaba yo sola con la respiración de la casa. No paraba de darle vueltas a lo que había pasado en el departamento de Sadie; no eran sus palabras las que escuchaba una y otra vez en mi cabeza, era su tono de voz. La piel comenzó a picarme, como si fuera un brote de alergia. La incomodidad era tanta, que me preparé la tina con agua casi hirviendo, me metí, le puse ***play**** a mi celular y me sumergí en la canción ***Like a***

Friend, de Pulp por no sé cuántas horas. Un *loop* perfecto para dejar de existir. Ahora sé que esa alergia era mi corazón esforzándose por hacerme escuchar la verdad. Y la verdad es que Sadie, desde que me abrió la puerta hasta la última palabra que me había dicho horas antes, lo único que buscaba era pedirme ayuda. Pero yo me fui, porque pendejamente había decidido no necesitarla nunca más. La canción se mezcló hábilmente con los latidos de mi corazón, que más que ceder a la tranquilidad comenzaban a perder ritmo, y no entiendo cómo, pero caí en un sueño profundo.

** Reproducir.*
*** "Like a Friend" forma parte del disco This is Hardcore, de Pulp. Un grupo creado en She- ffield, Inglaterra, a finales de los 70.*



Volví a soñar con mi mamá. Me tenía en brazos. Entendí que yo apenas era un bebé de un par de semanas. Lloraba a todo lo que daban mis recién nacidos pulmones, tenía hambre. ***"Mamá, tengo mucha hambre. ¿Por qué no hay comida? ¿He sido mala?"***, pensaba mientras insatisfactoriamente me repegaba al pecho de mi madre.

—Julia, ya. ¡Deja de llorar! ¡Luis! ¡Ven! —pude escuchar a mi papá entrando a la habitación y quitándome del pecho de mi mamá. *"No, no me separes de ella. Mamá, tengo hambre. ¿No me amas? Me voy a morir"*, lloraba desconsolada.

—No puedo. Llévatela. Dale la botella. Necesito dormir — dijo mi mamá y podía sentir cómo todo su corazón me daba la espalda.

Sí, aun con solo un puñado de días en este mundo, estaba segura de que moriría famélica del amor.

El agua debió llegarme a la nariz porque mis pulmones se llenaron de pronto de agua y desperté luchando por respirar.

—¿Jul, estás bien? —era Amadeo que me tomaba en brazos y en un solo movimiento me tenía fuera de la tina cubierta con una toalla.

Me descubrí en sus brazos y estúpidamente me sentí segura, así que comencé a llorar. El diablo me cubrió con su ser cálido, me puso mi mano en su pecho y me obligó a unir mi respiración con la suya, y entre más calmada, a tiempo, una a una, luciérnagas y mariposas iluminaron el baño y, entonces, todo mágicamente pareció estar bien, aun con la lluviadel fin del mundo de fondo.

Esa lluvia la recuerdo melódica, mágica. No como esta, que golpea en las ventanas del hospital. Puta madre, Julia, ¿cuándo chingados vamos a salir de aquí? Cuando deje de llover.

—Eso es lo que tienen los últimos días de septiembre, que nunca deja de llover —dijo el diablo acariciándome el cabello, para que dejara de esconderme entre sus brazos. Pero no podía. El tono de voz de Sadie y la puta realidad florecían con cada gota de lluvia, con cada puto trueno o relámpago.

—Me caga que llueva. Hace que todo se sienta roto, imposible de pegar.

—¿Te sientes rota? —me preguntó Amadeo curioso.

—Mejor hablemos de otra cosa. Mejor dime qué nos vamos a poner para la boda de Sadie y de Mario —el diablo dejó escapar una risa irónica, casi imperceptible.

—¡Ya sé! Qué hueva tener que ir —dije como si hubiera sabido el porqué de esa pinche risa. —Todavía no puedo creer que esos dos hayan decidido casarse. Pendejos.

—La única decisión que importará en esa boda será la tuya — presagió el diablo jugando con mis dedos.

—¿Eso qué significa? —pregunté.

—Nada. Por ahora eso no tiene importancia. Confía en mí.

Y confié en él, sí, en el puto diablo y dejé que se levantara de la cama y se metiera a su estudio a escribir, mientras el sonido de las teclas de su máquina me arrullaban y según yo, me cuidaban el sueño.

La boda de Sadie sería un sábado, entonces si mal no recuerdo, fue en viernes cuando Mario fue a buscarme. Yo había deseado que la casa estuviera llena de luz, que no se sintiera muerta en ningún rincón, la atiborré de música hasta arriba, entonces parecía que el concreto se movía a ritmo. A mis deseos. Amadeo me había dejado un armario lleno de vestidos, según él todos perfectos para utilizar el día de la boda. Entonces, en eso estaba: bailar eufóricamente con cada uno de esos atuendos, acompañada de un buen cartón de vino barato del Oxxo, porque me pareció un buen homenaje.

—Julia. Soy Mario. Ábreme, que está diluviando —escuché del otro lado del interfon.

¿Qué hacía ese ***dude*** en mi casa una noche antes de su boda? Cagarla.

—***Dude***, ¿qué haces aquí? ¿No se supone que deberías estar como en una fiesta de despedida de soltero o algo así? —le ofrecí una toalla.

—No tengo amigos. ¿Recuerdas? Solo tengo dos amigas y con una de ellas me caso mañana, entonces, en teoría, esta es mi fiesta de despedida —Mario dijo sacudiéndose para secarse la ropa y la cabeza.

Me cagué de risa; nos esforzamos por mucho tiempo en ser nosotros tres contra el mundo, que eso era cierto. Qué patético.

—Puta, pues no esperes mucho —le ofrecí un trago de vino, directo del cartón.

—Jul, te ves muy bien —apenas me di cuenta de que llevaba, a medio poner, uno de los

vestidos del armario. Me tapé con vergüenza.

—Cállate. Anda, siéntate. Deja me cambio —lo pasé a la sala y me fui a la habitación para ponerme una de las playeras de mi papá. La de los ***Yeah Yeah Yeahs****, porque era la que me quedaba más grande.

** Yeah Yeah Yeahs es una banda de indie rock formada en Nueva York. 2 Rellenar.*

.

—Jul, tu casa es increíble —me gritó Mario desde la sala. —Me parece que es la única casa de esta colonia que no se inunda.

—Es que es mágica —le respondí riéndome. Le bajé a la música y fui al refri por un ***refill*** de vino. —Neta, *dude*, ¿qué haces aquí? — Mario le dio un trago largo a su cartón.

—Por algo que me contó Sadie.

—Okay.

—Julia, —me miró a los ojos —tú jamás me mentirías, ¿cierto?

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —le contesté esquiva.

—Mira, a la chingada, te lo voy a contar como va, pero necesito saber la verdad —no dejaba de mirarme, yo no entendía nada. —Hoy por la mañana fui a dejar un par de cajas mías al depa. Sadie estaba en no sé qué de la universidad. Se me hizo fácil acomodar algo de mi ropa en el clóset y me encontré con unas cartas.

—¿Cartas? ¿Cartas de quién? —eso era raro, que yo supiera, Sadie no tenía ***penpals**.***

***Amigos por correspondencia*

—Claro, es raro. Yo pensé lo mismo. Ni cuando éramos niños nos escribíamos cartas —la voz de Mario empezó a temblar. —No me preguntes por qué, Julia, pero algo dentro de mí me hizo leerlas.

—*¡Dude!* No mames, eso de leer cartas ajenas es el 1.1 de cómo no hacer que tu futura esposa te mande a la mierda. ¿Por qué chingados?

—Ya te dije que no me lo preguntes porque no sé. Jamás haría algo que hiriera a Sadie, jamás —casi que se empezó a hiperventilar.

—¡Eh, eh! Tranquilo. Tampoco será para tanto —le dije en el tono más amigable posible. Eso de estar nervioso no era muy común de Mario, pero tenía razones para estarlo. Mario sacó de su pantalón un par de hojas de papel que apenas habían sobrevivido a la lluvia.

—***¡Dude!*** ¿No solo las leíste, sino que además te las robaste? No seas mamón

—Mario me acercó las cartas y yo me eché hacia atrás como si eso fuera la pinche peste española.

—Yo no las voy a leer. ¿De qué hablas? Mario, desesperado, se levantó del sillón.

—Jul, necesito que las leas y después, necesito que me digas la verdad.
El tono de Mario era absoluto, la única forma que existía para salir de ahí eran esas cartas.

Atravesándolas. Las luces de la casa hicieron intermitencia y la música se paró en seco, nos quedamos a oscuras.

—No, tú quédate aquí, léelas. Ten mi celular —Mario me aventó las hojas de papel como si estuvieran ardiendo. —Yo iré a ver los fusibles. ¿Sabes dónde están? —Nunca me había preguntado eso ni siquiera estaba segura de que esa casa funcionara con electricidad.

—No te preocupes, seguro están en la cocina —dijo Mario y desapareció en la penumbra.

Así, de repente, me quedé sola en la sala. La única luz era la lámpara del cel de Mario y los relámpagos, que feroces no escondían una sola de sus intenciones. Recuerdo el olor a humedad, el silencio. No sé si era la inevitabilidad de lo que fuera que estuviera escrito en esas cartas o la casa. La luz nunca se iba de esa forma tan normal.

Todavía siento esa agua de lluvia que se confundía con el sudor de mis manos. ¿Cómo puede ser que dos pedazos de papel tengan el poder de deshacer vidas enteras en menos de dos palabras?

Ya no quiero quererte. Ya no. Quiero ser libre de esto que siento. Quisiera no verte nunca más. No pensar en que no me amas ni sentir que nunca lo has hecho y olvidarte, sin intensidad alguna, solo olvidarte. Reprogramar esta respiración y dejarla de sentir ajena.
Tengo ganas de quererte tanto.
Tengo ganas de sonreírte, de mirarte infinitamente...
Ganas de hacerte sentir lo que yo siento. Qué peligro. ¿Y si descomponemos al universo? ¿Si lo dejamos sin sueños que respirar?
Ganas locas de besarte. Pero no en imprudencia y solo porque sí, sino para dejar saldada la deuda. Pagar por todos los instantes en que tu corazón se ha sentido incompleto. Rellenarlo. Pagártelo todo en besos. De aeropuerto, de buenos días, de la infinidad de tu cama, de travesura, de cotidianidad.
Ganas de ya no preguntarte «¿cómo llegamos aquí?», cambiarlo por «¿a dónde vamos?».
Ganas de pelearte. De ganarte. De transformarte. Dejar de ser instante para ser tiempo, tiempo libre, tiempo esclavo, tiempo aburrido e irrepetible... tiempo.
Ganas. Muchas. Tan solo es una idea.

Aquello no estaba escrito a mano, pero llevaba la marca de Sadie en cada pinche punto.

—Lo has leído, ¿no? —me preguntó Mario desde el arco que unía la sala con la cocina. —Perdóname, Julia, no he encontrado la caja de los fusibles —ambos sabíamos que eso era lo menos importante.

La lluvia afuera no nos daba descanso y escuchamos cómo el granizo intentaba perforar las ventanas. Mario se volvió a sentar a mi lado y muy despacio me quitó las hojas de las manos, como quien remueve una mina explosiva de la selva.

—Yo me quedé igual que tú. Así que se lo pregunté —dijo Mario.

Me congelé, era como si me hubiera caído cemento, lo único que podía mover eran los ojos. Continuó —me senté con Sadie y le pregunté y me lo contó todo. —***"¿Qué es todo?, ahora en qué chingados te metiste, pinche Sadie"***, pensé.

Mario resignado le hacía dobleces a las hojas. —Me contó que esto se lo has escrito tú. Que la noche antes de que se fuera de viaje tú la intentaste besar —se escuchó una explosión a lo lejos; grité del susto y Mario se asomó por la ventana. —Habrá sido el transformador de algún edificio, tranquila. —***"¿Tranquila? Tranquila tu puta madre"***, pensé.

En el momento no lo entendí, pero Sadie, lo había hecho una vez más, así como lo hizo aquella tarde en su casa, pedirme a gritos que la ayudara, que no la dejara caer. Lo más cabrón es que me juego mis últimos latidos a que Mario sabía la verdad. Sabía tan bien como yo que esas palabras escritas y esa historia no eran mías; eran de su futura esposa dedicadas a su mejor amiga. Pero, aún así, había ido a buscarme, a querer encontrarse con alguna trampa para no existir y ser un imbécil y no el tipo inteligente, que en defensa propia, días después, se auto salvaría la vida.

—¿Entonces?

Ese «entonces» sonó a sentencia, me di cuenta de que estaba respirando muy poco, aún a obscuras, me levanté a la mesa de la cantina y me serví un trago, de pronto el vino barato no servía para nada. Abrí la tapa de la botella y salió volando. En un acto reflejo me agaché a recogerla y ahí estaba, la segunda prueba de que no podemos correr de algo que no podemos tocar. Dos mariposas muertas en el piso. Las mariposas nunca morían, porque el poder del diablo y sus cadenas sobre aquellos desgraciados seres mágicos nunca cesaba y si lo hacian era porque el cabrón estaba apunto de desaparecer.

Comprendí esa idea e inmediatamente los latidos se me fueron a mil y la picazón en la piel me avanzó por todo el cuerpo, como una puta hiedra. De pronto, la cabeza la tenía en los pies y, por alguna extraña razón, la casa me empezó a doler.

—Julia, que no me importa si tú le has escrito esto o si la intentaste besar, lo que quiero saber es si es verdad.

—¿Como por qué Sadie te mentiría? —le contesté ansiosa, mientras movía la mirada de pared a pared, no para esquivar, sino para inspeccionar la salud de mi casa mágica. ¿La casa se estaba cayendo? Me levanté y como una loca acaricié cada una de las paredes. Me di cuenta de que la pintura se me quedaba en la punta de los dedos.

—Eso es lo que yo pienso. Sadie y yo jamás nos mentimos, pero no sé.

—Mario, no sé qué quieres que te diga —le contesté despistada; mi atención la tenía la casa y sus detalles, porque como humo ciertas cosas comenzaron a desaparecer, a cambiar de forma o color, sin que yo lo quisiera.

—Julia, dime, ¿la historia de Sadie es la verdad?

Mario me tomó del brazo, me obligó a mirarle. Era demasiada realidad de frente. Las manos se me deshacían en sudor y la herida de picahielo se destapó furiosa. Quise desear, pero al

momento no pude. Mario me tenía amarrada, su inquebrantable forma de mirarme me mantenía con los putos pies en la tierra. Así que hice lo que tenía que hacer: le mentí.

—Sí, es verdad.

Mario examinó mi cara. En un segundo repasó mil veces mi respuesta, procesó cada letra y, en contra de todo lo que decía su cuerpo y su inteligencia, me creyó. Esa autolesión le valió un par de lágrimas y yo por pura mímica dejé que se me salieran un par de gotas también. Me soltó. Se rió aliviado como todo un pendejo y se limpió la cara con las manos. Yo lo único que quería es que se largara a la mierda; ya libre de su mirada inquisitoria, deseé que Amadeo me sacara de ahí. Nada más fue pensarlo para que en la entrada apareciera el diablo con el abrigo negro empapado y en un mágico clic encendiera las luces.

—Jul, ¿estás bien? —en un respiro ya tenía al diablo pegado a mi cintura.

—Claro, que está bien. Solo estábamos resolviendo un par de nervios prenupciales. —dijo Mario.

Hundí mi cara en el pecho de Amadeo y respiré su aroma profundo, al exhalar, la herida de picahielo se dormía de nuevo. No me fue suficiente y besé al diablo hambrienta, él me respondió el beso entendiendo cuánto lo necesitaba.

—Bueno, pues eso, ya me voy. Ya no te dejo sola, Julia.

El diablo, sin dejar de mirarme, le contestó —Julia nunca está sola, Mario. Nunca. Gracias por guardarle compañía.

Y así, como si tan solo hubiera sido una caricia atrevida del viento, Mario salió de nuestra casa. Amadeo y yo nos quedamos abrazados hasta que estuve lista para respirar por mí misma una vez más.

Ya entrada la madrugada, tenía al diablo entre mis piernas, como si la vida dependiera de ello.

—Mañana irás a la boda conmigo, ¿cierto? —le pregunté muy bajito.

—Si tú lo deseas, sí —me contestó acariciándome los muslos. —Promételo —exigí perdiendo mis manos entre su cabello espeso y embriagante.

—Esa promesa te la tienes que hacer a ti misma —me tapó la boca para atrapar el grito de mi orgasmo con su mano y comérselo después a bocados. Fingí quedarme dormida escuchando los aleteos dentro de su pecho.

Amadeo, como todas las madrugadas, se levantó de mi lado y se metió a su despacho a escribir, a arrullarme con el sonido de su máquina. Pero esa noche estaba llena de trampas, era la puta lluvia que no paraba ni un instante y hacía que el sonido de las teclas desafinara en mis oídos. Recuerdo enrollarme con una sábana y caminar despacio al estudio de Amadeo. Me dio tranquilidad verlo escribiendo. *“Si escribe es porque es real”*, pensé. Me acerqué a él con la única intención de provocarlo a que regresara a la cama. Lo abracé fuerte, pero la realidad, hija de puta, me hizo ver hacia el papel donde el diablo supuestamente derrochaba sus historias. La hoja estaba en blanco y el supuesto borrador de su última novela, al lado de la máquina de

escribir, sin una sola palabra. Me tallé los ojos, ingenua de lo que acababa de ver. Mala idea, porque cuando mis ojos volvieron a enfocar la máquina de escribir había desaparecido y el escritorio se había convertido en una mesa pequeña de café.

—Creí que estabas dormida —me dijo el diablo sentándome en sus piernas.

—¿Qué está pasando? —pregunté frenética, volteé a todas partes con el miedo de que algo cambiara o desapareciera otra vez.

—Ya sabes qué es lo que pasa —el diablo me besó la frente, metió su mano debajo de mi playera y se le fueron las manos acariciándome la espalda. —Parece que la brecha provocada por la muerte de Román se está cerrando. Solo es eso.

—¡Solo es eso! ¿Cómo chingados puedes estar tan tranquilo? Me estás diciendo que vas a desaparecer, que me vas a dejar otra vez sola... —Me interrumpió con un beso, pero algo en ese beso me supo a sangre.

—No. Para. ¿Qué vamos a hacer? Te tienes que quedar conmigo. No puedo sola. El diablo se puso de pie, tomó de uno de los libreros un cenicero y encendió uno de sus pinches cigarros. Se sentó desafiante en la silla frente a mí; una vez más había quedado atrapada en un puto juego de ajedrez en el que las reglas se hacían solas y todas las piezas eran de un solo color.

—¿Quién se tiene que morir? —pregunté.

—Nadie si tú no lo deseas, Julia. ¿No te es suficiente el tiempo que hemos pasado juntos? —me dijo sonriendo el muy cabrón.

—Sabes que no —le respondí en lágrimas.

—Entonces, —me dijo el diablo entre caldas de cigarro —solo tienes que desear.

◆ ◆ ◆

7

30 DE SPETIEMBRE

¿Cuántas horas puedes pasar encerrada en un cuarto de hospital? Las mismas que en un baño de funeraria. Estos recuerdos me van a hacer vomitar. Estoy sudando fríO. No, estás sudando culpa, Julia. Mejor quédate abrazada a esta taza de baño, no vaya a ser que además de sangre y bilis vomites el espíritu. Algo se me mueve en el vientre. Es la herida de picahielo que se abre y me rebana a partes. Esto es una puta carnicería. ¿Será que pueda sobrevivir la noche? No, Julia, te vas a morir, si no es por estos efectos secundarios de abstinencia, será porque, por fin, te rindas a desear al diablo, se te aparezca aquí y te devore el corazón. Así que no tienes opciones, o sigues vomitando recuerdos o te carga la chingada. Ver, oír, oler, degustar, sentir.

Recuerdo escuchar al diablo tararear desde la cocina. El aroma de hot cakes recién hechos, mezclados con miel maple y café con leche. Recuerdo sentir las sábanas de algodón sobre mi cara, mis manos entumecidas de tanto apretarlas para que no se fueran a ninguna parte. Recuerdo ver el traje negro de Amadeo colgado en la puerta del armario junto a mi vestido de color azul celeste. Tengo el sabor de su beso de buenos días tatuado en mi boca.

Aquella mañana todo sucedía despacio. En cámara lenta y con pausas, como una cinta de cine que se atora porque está a punto de quemarse. No se pronunciaba palabra alguna desde la madrugada anterior, era como si hubiera olvidado hablar. Estaba inválida para existir. Amadeo tuvo que hacer casi todo por mí. Me dio de desayunar en la cama, me lavó el cabello y me talló el cuerpo. Me secó los brazos, las piernas, la cara y me envolvió en una toalla. Me sentó sobre la cama y llenó mi cara de besos quietos, como si fueran curitas sobre heridas profundas. En ningún momento dejó de sonreír ni de tararear. El diablo tomó mi voto de silencio como propio y tampoco decía nada.

No hacía falta porque nos lo decíamos todo con la mirada. Aquella mañana de boda en realidad era la antesala a un día de despedidas, a menos que yo estuviera dispuesta a dejar morir a alguien, para que el diablo pudiera materializarse a mi lado por más tiempo. Lo que sentía en

mi cuerpo era tan extraño; no era la sensación de la herida de picahielo, porque la presencia de Amadeo la mantenía anestesiada, pero tampoco era bienestar. Era como sentir el alma dentro de un paréntesis, expectante a que se abriera y entonces las palabras y las oraciones me revolcarían hacia el desastre y la muerte.
Tenía miedo, miedo puro, al dolor y a la intensa sensación de sentirme tal cual soy.

—Vamos, Julia. Es hora de irnos —dijo el diablo mientras me arreglaba el cabello y me acomodaba el collar de mariposa al centro de mi garganta. —Te ves hermosa. No le harás justicia a la novia.

No contesté nada, ¿para qué? Antes de salir, miré la casa, mi casa, que para ese punto, ya era una representación del caos. Un dibujo que nadie podría entender; las paredes llenas de humedad, el jardín seco y con bichos, las habitaciones empolvadas y llenas de moscas. No quedaba nada. Antes de subirnos al auto, una última mariposa salió volando por la ventana del cuarto principal, elegante, se paró en mi cabeza, adornando de forma perfecta mi peinado. Sentí que llevaba la ornamenta vulgar de un cadáver.

—¡Hija! Te ves hermosa. Pareces salida de una revista de gente famosa —sentí el abrazo del ingeniero Álvarez y, aun así, no pude decir

nada.

—Julia, ese color hace que resalten tanto tus ojos. Ay, hermanita, si mamá te pudiera ver —a Mich se le llenaron los ojos de lágrimas, me dio dos besos. Sin preguntar tomó del brazo al diablo.

—Amadeo, te ves muy guapo, ¿me acompañas por una copa de vino?

Me quedé sola con mi papá, como cuando dejas encargadas las mochilas antes de subirte a la montaña rusa. Tomé su brazo fuerte para no caerme, para no desaparecer; él no dejaba de acariciarme la mano.

—¿Estás bien hija? Tienes las manos heladas.

No podía hacer otra cosa más que verle y tratar de fingir algún sentimiento que lo calmara, y, aunque hubiera tenido la energía para pronunciar alguna palabra, no hubiera sabido qué decirle. Solo pude mentirle con una sonrisa.
Las bocinas del salón se prendieron, alguien anunciaba —queridos invitados, la ceremonia está a unos minutos de comenzar. Los invitamos a tomar sus lugares. —Mi papá me devolvió la sonrisa y me llevó caminando hasta nuestros lugares asignados. Cuando nos sentamos, ya no podía más con mi silencio y estaba a punto de vomitarlo.

—Papá, estoy un poco mareada.

Necesitaba una salida, estuve a nada de lograrlo, pero justo cuando apoyaba mis manos sobre los hombros de mi papá para poder levantarme, llegó Mich.

—Uy. Ya va a empezar.
Llegó sola, sin el diablo. Me explotó la garganta.

—¿Y Amadeo? —le pregunté ansiosa.

—Me dijo que me adelantara, que saludaría a un par de personas y que venía para acá. Pensé que ya estaría aquí.

"Puta madre", pensé. Dejé mi asiento en chinga y comencé a buscarlo con la mirada por todo el salón. No estaba.

—Voy a ir a buscarlo.

—Julia, esto está a nada de empezar —exclamó Mich. — Seguro que ahora viene.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció mi papá.

—No, papá —le dije molesta y quité su mano de la mía. —Voy sola.

El ingeniero Álvarez me había descubierto, no entendía qué exactamente, pero sabía que algo no estaba bien, así que intenté sanar el tono de voz que me había delatado.

—Estoy bien, papá. Todo bien —mentí.

El salón era enorme. Era parte de un hotel inmenso de cinco estrellas, por supuesto, los padres de Sadie fueron los patrocinadores. Aquello era un puto laberinto y cuando no encontré a Amadeo por ninguno de los rincones del salón, salí a buscarlo por el hotel y me perdí. Fue como caer en el puto hoyo del ***Conejo Blanco****, porque todo estaba de cabeza, la gente actuaba de forma extraña, era interminable y, con cada espacio en el que el diablo no estaba, la herida de picahielo punzaba más y más fuerte. Era como una bestia rabiosa que estaba dispuesta a comerme de adentro hacia afuera.

**El Conejo Blanco es un personaje ficticio de Alicia en el País de las Maravillas, de Lewis Carroll.*

El aire empezó a ser cada vez menos, mi piel comenzó de nuevo a voltearse para quedar expuesta a todo y sentía como si me hubieran obligado a tragarme una cubeta entera de hielos. ¿Dónde chingados estaba el diablo? El pánico de morir tomó el control de cada una de mis neuronas y la única orden que enviaba mi cerebro a todo el cuerpo era la de sobrevivir.

—Usted no puede estar aquí. Esto está reservado para la novia y sus damas.

—¿Julia? —era Sadie, aunque mis ojos estuvieran embarrados en lágrimas, pude reconocerla y admirar lo hermosa que se veía de novia. Por un instante ella me reconoció también y me leyó perfecto. Sabía que estaba en pleno ataque de ansiedad.

—Está bien, Lulú, déjala pasar, es mi amiga.

Se hizo un silencio en toda la habitación. A la única persona que reconocí fue a su mamá, que a diferencia del día en que Sadie y yo nos mudamos al depa, esta vez no me abrazó. Me miró con desprecio y le dijo a su hija —Sadie, ¿estás segura?.

—Sí mamá. Es más, si me dejan un momento se los agradecería.

Y, claro, la voz de la novia es ley, todas las mujeres salieron y Sadie y yo nos quedamos solas en la habitación.

—Jul, ven, siéntate. ¿Qué pasa? Respira.

Sadie me tomó de la mano y me ayudó a sentarme en el banco del tocador, un espejo de cuerpo completo era el único testigo. Se apresuró a mojar una toalla, me la puso detrás del cuello, sacó de uno de los cajones una bolsa de papel y se sentó a mi lado.

— Vamos, Jul, tú puedes. Respira.

El truco de la bolsa de papel no falla. No he buscado si aquí hay bolsas de papel. ¿Hay bolsas de papel en los cuartos de hospital? Uf, no. No dejes de abrazar la taza del baño Julia, al parecer te queda mucho por vomitar.

Ese ataque de ansiedad era diferente a todos los demás. Era mucho más abrumador, caliente y doloroso. Respirar dentro de la bolsa de papel solo lo controlaba, pero nada más. Pasaron varios minutos antes de que Sadie me volviera a hablar.

—No pasa nada, Jul. Tienes que dejar de llorar, te estás dejando la cara peor que un payaso. ¿Me quieres contar que te detonó todo esto?

¿Se lo quería contar? ¿Le podía contar a mi mejor amiga que

estaba enamorada del diablo porque hacía que la vida me dejara de doler? Por primera vez en muchos meses, Sadie y yo nos abrazamos, ambas no quedamos suspendidas en el tiempo, por un instante el mundo dejó de girar.

—Sad Sadie —murmuré entre sollozos, permitiendo que en mi cara se dibujara una minúscula sonrisa de complicidad.

—Don’t believe in yourself —Sadie me contestó siguiéndome el juego.

—Don’t deceive with believe —intenté cantar bajito para que nadie en el universo pudiera escucharnos.

—Knowledge comes with death’s release...— cantamos ambas al unísono y nos volvimos a abrazar.

—Ya se me había olvidado lo chingón que te salía cantar a Bowie —le dije ya con una voz un poco más calmada.

—En la línea, —dijo Sadie y me acarició el cabello —pero, Julia, dónde chingados te metiste hasta mariposas muertas traes en la cabeza. ***“La última mariposa. Muerta”,*** pensé con el alma en un hilo y así como pude auto generar una pizca de calma, en un instante todo se volvió rojo de nuevo y se quebró un pedazo de hielo en la boca de mi estómago. Me levanté del pánico y comencé a caminar en círculos.

—Jul, ¿qué chingados te pasa? Háblame.

Yo no podía, era como si de pronto la materia que unía mi ser se diluyera en el aire, no podía más que llorar y dar vueltas como un gato enjaulado que sabe que lo tienen que sacrificar.

—Sadie, lo siento, pero me tengo que ir, —me levanté casi corriendo —perdóname por

arruinar el día de tu boda. Sadie se paró de golpe y para detenerme en la puerta me dijo —Es por Amadeo, ¿cierto? —sus palabras fueron como un látigo que se enredó en mis tobillos y me paró en seco. —Ese güey es veneno, Jul. ¿Cómo es que no lo ves? No vayas, quédate aquí, con nosotros —me suplicó.

Pero yo traía los nervios expuestos y cualquier cosa por mínima que fuera sería la causa de que implosionara sin remedio. Y así sucedió.

—¿Veneno? ¿Pero tú, qué chingados sabes? —me encendí como una puta fuente de gasolina. —Mira, déjame en paz, tengo que encontrar a Amadeo. Tú quédate aquí y cásate; no sea que la gente piense que no eres una mujer normal, que solo te estás casando con tu mejor amigo para guardar las apariencias, porque en realidad te gustan las mujeres.

No me guardé ni una sola palabra, la acribillé como en un pelotón de fusilamiento. Salí corriendo, todo era borroso y no sé cómo, pero llegué a la terraza del octavo piso.

"¿Dónde estás puta madre? Por favor, dime dónde estás", pensaba agonizando, sintiendo que me moría. Entonces vi el borde de la terraza y todo se hizo más fácil. Me acerqué con determinación y, en defensa propia, estaba decida a saltar, a la chingada con el diablo, el dolor y los putos efectos secundarios.

—¡Julia, para! —era Sadie que había decidido subir a esa pinche terraza del piso ocho. No la volteé a ver, pero me detuve y así, sin más, sentí que me tomaba de la mano. Me apretó muy fuerte; Sadie estaba parada al lado mío, en la línea. Me dijo —Tienes razón. Mi único deseo en este pinche mundo de porquería ha sido sentirme como una persona normal. No como la *morra* adoptada, deprimida y lesbiana que todo mundo señala. Las únicas veces que no me he sentido así es cuando estoy contigo. Julia, ser tu amiga es lo mejor que me ha pasado en el mundo y si tú no estás en él, yo tampoco quiero estarlo. Entonces, si tú brincas yo también.

—¿Y qué son ustedes? ¿Un mal chiste o qué? —era Mario, blanco del susto detrás de nosotras. —¿Están actuando eso de que si tus mejores amigos saltan de un edificio, ustedes también lo hacen o qué chingados? —caminó hacia nosotras despacio, como si ambas lleváramos una pistola cargada en las manos. Sadie y yo nos miramos, no dejaba de apretarme la mano.

—Julia —era la voz de Amadeo que llegaba corriendo detrás de Mario.

Mi mano quiso soltarse de la de Sadie al instante, pero ella aguantó y no me dejó ir. El diablo me veía amenazante. ***"Me dejaste sola. Me hiciste creer que habías desaparecido. Siento que me voy a morir",*** le dije con el pensamiento.

—No estás sola, Julia. Nunca estás sola —me gritó Amadeo.

—Sadie, mi amor. Bájate. Tú no tienes nada que hacer allí. Bájate —le suplicó Mario a Sadie.

Ella me volvió a mirar desesperada, era como si a través del sudor de mi mano yo le hubiera contagiado mi angustia y mis lágrimas. Una vez más intenté soltarme de su mano y una vez más su determinación fue más fuerte que la mía.

—No. No me voy a bajar. Si Julia no se baja, yo tampoco —le gritó.

Lo que ella no sabía era que lo único que yo quería hacer, era librarme del grillete de su mano y salir corriendo a los brazos de Amadeo.

—Sadie, ya lo sé. Lo sé —le dijo Mario contundente. —Sé lo que sientes por ella y no me importa. Yo solo quiero estar contigo, me da igual. ¿Entiendes? Me da igual.

Sadie dejó de apretarme la mano y cruzó miradas con el hombre que comenzó siendo su hermano para convertirse en su futuro esposo y por un momento hubo magia. Por un instante Sadie lo tuvo todo.

El diablo aprovechó esa pausa de luz.

—Julia, mírame. ¿Deseas estar conmigo? —con esas palabras la existencia se hizo lenta y cuántica, porque todo comenzó a suceder al mismo tiempo en diferentes dimensiones. Miré a Sadie que estaba distraída recibiendo la luz de las palabras de Mario y le dije bajito —es que si no estoy con él, me voy a morir.

Ella entonces regresó su atención hacia mí, pero era demasiado tarde, me solté de su mano. Con la mirada espantada me pidió que no la dejara sola, pero yo me retiré de la línea. ***"Deseo estar contigo mi amor"***, deseé con la poca vida que me quedaba.

Me bajé del filo de la terraza y corrí a los brazos del diablo. Dejé atrás a Sadie, sin importarme una chingada su corazón y cómo se despedazaba. Sadie se vio la mano vacía de mí, miró por última vez a Mario y saltó.

Nadie ni nada te prepara para la muerte de tu mejor amiga. Es el día que más abrazos he recibido en mi vida. Ni siquiera el funeral de mi mamá fue tan monótono «Sí, gracias. Sí, la extraño mucho. Sí, era mi mejor amiga. Claro, si necesito algo sé que puedo hablar contigo. No, no tengo hambre. Sí, me recostaré en un rato». A medio velorio me encerré en el baño de la funeraria. ¿Cómo había llegado todo hasta ahí? ¿Cómo chingados sobreviviría esa pérdida?

Las únicas dos pérdidas que te deben importar ahora son la pérdida de líquidos y la de la razón. Ya no tienes lágrimas que llorar ni bilis ni sangre que vomitar. La poca razón que te queda, Julia, es para pensar bien qué necesitas hacer para salir viva de este puto cuarto de hospital. ¿No te da coraje estar aquí tirada? ¿No estás encabronada de que el puto diablo te tenga controlada? ¡Haz algo! Por lo menos podrías echarte un poco de agua en la cara y limpiarte la baba y la sangre.

No mames. ¿Alguien tocó la puerta? No, Julia, estás alucinando. Vamos, no dejes que las últimas onzas de razón que quedan en tus neuronas, se te escapen.

—Jul, ábreme la puerta —era Mich que, por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué decirme. —Jul, está aquí Amadeo, si no hablas conmigo, por lo menos habla con él.

Ese hijo de la gran puta tuvo los huevos de aparecerse en el funeral de mi mejor amiga.

Quité el seguro de la puerta, quería que entrara porque estaba dispuesta a matarlo, a azotarle la cabeza contra el azulejo del baño y reventarle la cara. El diablo se quedó unos instantes en la puerta.

—¡Sadie no tenía la culpa de nada! ¡Eres un hijo de puta! —le dije furiosa.

El baño se hacía cada vez más chico, el aire dejó de circular y él era lo único que no daba vueltas.

—Julia, si no respiras te vas a desmayar y de nada habrá servido desearme.

—Deseo que me devuelvas a Sadie. ¡Devuélveme a Sadie, cabrón!

—Sabes que así no funciona. Te lo he dicho un montón de veces. La muerte no es algo personal. La muerte, solo es una rueda.

—Es mi culpa. Porque aun sabiendo...

—Eso ya no vale la pena discutirlo —me interrumpió. Se acercó a mi oído con toda la intención de lograr que su voz me hiciera respirar de nuevo y dejara de llorar. —¿Sadie hubiera muerto aunque tú y yo no nos hubiéramos visto? ¿De todas formas hubiera pasado? Sabes que no hay respuesta. Así que, ¿por qué no nos quedamos solo con el vaivén de tu corazón y tu deseo? —y se acercó para besarme.

—Me engañaste —me tiré al suelo desconsolada.

¿De verdad ardía mi corazón como el diablo decía? Y entonces me di cuenta de que en realidad no sentía nada. Era tal cual como Sadie me lo había explicado, ni tristeza ni amor, ni miedo, solo vacío.

—¿Julia a dónde vas? —me dijo mi hermana.

—Ya no puedo estar aquí, me voy a casa.

—Pero no te puedes ir sola. ¿Y Amadeo? —me preguntó Mich algo desesperada.

—Aquí estoy. Yo la llevo a casa —dijo el diablo arrebatándome de los brazos de mi hermana.

Miré a Mich, como esperando a que adivinara que yo no quería que me dejara ir. Mi hermana lo cachó al instante.

—¿Jul, quieres que me vaya contigo? —me preguntó parando las intenciones del diablo en seco. *“**Sí. Mich no me dejes sola con él”,*** pensé.

—No, estoy bien. Solo necesito dormir —mentí.

El diablo me cubrió con su abrigo y me apartó de ella, sin darle la oportunidad a ninguna negociación o algún movimiento de rescate. Amadeo me subió flotando al auto y nos fuimos a casa.

Toc, toc. No mames, alguien está tocando la puerta. Cálmate

Julia, seguro es una de las enfermeras. ¿Qué enfermera toca la puerta para pasar visita a un paciente de cuidados intensivos? No. Ya valió madre, es él.

Solo acércate despacio a la puerta, de todas formas sigue atrincherada con la cama y el carrito de las medicinas. No es mucho, pero es algo. Agáchate despacio. Aguanta la respiración, no hagas ni un solo ruido. La puerta está helada, apesta a cloro.

¿Qué escuchas? Teléfonos, seguro de la isla de enfermeras. Pasos. Esos son los pasos de los doctores que están pasando visitas. Aparatos. De los pacientes en las habitaciones contiguas. Una risa. ¿Una risa?

Cuando llegamos seguía lloviendo y, por primera vez en esas semanas de diluvio, el agua había entrado a la casa. Ya no quedaba nada, era un cascarón putrefacto, todo estaba roto y sucio. El centro del estudio de Amadeo con la chimenea encendida era lo único que se sostenía. Éramos como dos osos polares esperando a que el último pedazo de iceberg se derritiera bajo nuestras patas.

El universo se había quedado mudo. La existencia estaba de luto por Sadie. Su muerte lo había cambiado todo: la magia, la música, la herida de picahielo, mi hambre y la forma en la que de pronto añoraba una vida normal: sin encuentros paranormales ni cerillos en el vientre o en el pecho. Sobrevivir sin desear, sobrevivir sin sentir.

—Quiero mis medicinas —le exigí al diablo.

—¿Julia, qué estás haciendo?

—Dame mis medicinas —le volví a exigir, esta vez con más furia.

El diablo miró a uno de los libreros. Me giré enseguida y fui hacia él. En una de las repisas, empolvada y húmeda, encontré una caja de madera. La abrí y allí estaban. Intactas. Como la última vez que las vi esa noche antes de que Sadie se fuera de viaje.

—Julia, mírame —me ordenó el diablo.

No le hice ni puto caso, me movía el mismo sentimiento que latía en mi corazón el día anterior en el borde de la terraza, pero con un odio áspero, letal y lleno de rabia. Busqué en lo que quedaba de la cantina cualquier botella, la que fuera. El agua ya me cubría los pies.

Me paré frente al diablo, con la botella de alcohol en una mano y un par de pastillas en la otra.

El muy hijo de puta me quiso atrapar con la mirada, pero no me dejé. De putazo me metí las medicinas en la boca y tomé un trago largo de alcohol, aventé con todas mis fuerzas la botella a la chimenea y explotó en mil pedazos. El fuego cayó en la alfombra que, aún mojada, inexplicablemente, se incendió. Sí, el fuego de los infiernos nos separaba. El diablo de un lado y yo de otro.

—Jul, yo nunca te he mentido. Sabes que me quedaré contigo hasta que te devore el corazón. Sabes que yo puedo hacer que deje de doler. Anda. Déjame. Ya no tenemos que separarnos, esta muerte ha revitalizado la energía que necesito para quedarme a tu lado.

—A la chingada. Me vale madre. No quiero volverte a ver en mi puta vida. ¡Lárgate!

La mirada del diablo respondía enérgicamente a cada una de mis demandas y el fuego comenzó a crecer. Primero, por toda la alfombra; después, por las cortinas. El techo se agrietó, la lluvia entró a chorros, pero era como si fuera ácido, porque aceleró el fuego por los libreros podridos y los libros mojados.

—No existes —le dije sin echarme un centímetro para atrás.

—Para, Julia —me exigió.

—No existes. No existes. ¡No existes! —repetía una y otra vez como si fuera un mantra.

—¡Cállate! —me gritó.

—No existes. No existes. No, pinches existes —cerré mis ojos y con fuerza lo pensaba y lo decía.

La temperatura subió, podía sentir las llamas rozando mis brazos y cómo se formaban ámpulas en mis piernas y pies. No me importaba, estaba dispuesta a lo que fuera, estaba harta. A la chingada con el puto diablo y sus mamadas. Si así tenía que acabar, no me importaba un carajo.

—¡Julia! ¡Julia! ¿Dónde estás? ¡Julia! —era la voz de mi hermana que se escuchaba a la entrada de la casa, ya por completo envuelta por las llamas. No sé de dónde Mich sacó las fuerzas, nunca tuve oportunidad de preguntárselo, pero me cargó en brazos y juntas salimos de ese cagadero.

—¿Y Amadeo? —me gritó Mich, mientras me recostaba en el pavimento de la entrada de la casa.

—Se fue. Me dejó —le dije con los últimos respiros.

Mich, tal cual me lo había prometido desde que éramos pequeñas: se metió a una casa ardiendo para salvarme la vida. Sería la última vez.

◆ ◆ ◆

SEGUNDA PARTE

8

¿NOS LEEMOS?

Ahí está otra vez. Esa puta risa, que escucho claramente detrás de la puerta, camuflada entre todos los sonidos del piso de este hospital. Es una risa ajena al universo porque a nadie le afecta más que a mí. Es la risa del diablo, que se está burlando en mi puta cara. Es su forma de hacerme saber que está cerca y de que es inevitable. Tengo mi oreja izquierda pegada a la puerta y puedo escuchar claramente su risa y cómo tararea una y otra vez: "Happiness is a warm gun, bang, bang, shoot, shoot, tara ra rá..."

El sol de la tarde me acariciaba la espalda, las olas rompían con tranquilidad y al atardecer le quedaban unos minutos para seguir existiendo.

—Julia, es como la quinta vez que pones esa canción.

—¿Qué? ¿No te gustan los ***Beatles****? Si no te gustan vamos a tener un problema serio, porque yo no confío en nadie que no pueda reconocer el valor musical de ***George Harrison***** —le dije a Ezra sarcástica, mientras destapaba un par de cervezas de la cubeta llena de hielos y arena. Ezra es el tipo más normal que he conocido en mi vida. Un tipo cortado con tijeras de cotidianidad, sin sorpresas, predecible hasta el último parpadeo. Lo único que lo hacía diferente eran sus ojos grises que cambiaban de color según cómo le diera la luz. Llevábamos seis meses de novios y, para mi cumpleaños, me había llevado a la playa.

**Los Beatles fueron una banda de rock inglesa formada en Liverpool en 1960.*
*** George Harrison fue un músico, cantante y compositor inglés que alcanzó fama internacio- nal como guitarrista principal de los Beatles*.

Mientras veía ocultarse el sol me parecía casi imposible que hubiera pasado más de un año después de la muerte de Sadie. Pensar en ella y en Mario era como llevar una cadena de espinas alrededor de mi cintura; un solo movimiento torpe, fuera de línea y esas madres se me clavarían en lo profundo y me torturarían hasta el desmayo. Así que guardaba control ni un centímetro fuera del plan, fuera de la medicina, fuera de mí. Ezra era un *dude* perfecto para eso.

—Vamos, Pequeñita, me parece que ya es hora de volver al hotel.

«Pequeñita» me decía, como de cariño; a mí siempre me pareció absurdo y empalagoso, pero era parte de la cadena que me mantenía a raya y entonces lo aceptaba como un trago amargo de medicina. Era como decía Sadie «que los novios se digan apodos ridículos y estúpidos, es lo que hace la gente normal».

—Además, si no volvemos al hotel antes de las ocho y tu hermana nos habla y no nos encuentra; tendremos aquí a la guardia nacional en 10 minutos.

Al parecer, la normalidad, aparte de empalagar, debe de ser vigilada. En este caso por Mich. Después de haberme salvado la vida del infierno, literal, convirtió su misión de vida en simplemente no separarse de mí y contabilizarme la respiración. Pero era parte del trato. Yo había roto el universo, Sadie había muerto y de alguna forma tenía que pagar. Es decir, al final, yo había decidido seguir viviendo y la única forma de hacerlo era esa. Atada.

—Hola, Mich. Sí, estoy bien. Sí, ya me tomé mis medicinas. Sí, volvemos mañana temprano. Que sí, Ezra revisará el auto antes de salir. Que sí, que sí, llegaré directo a casa. Te llamo cuando estemos entrando a la ciudad. Te lo prometo —no había necesidad de mentir, era lo que era.

Recuerdo que el soundtrack de aquel viaje fue el disco que Sadie y yo solíamos escuchar aquellas tardes perdidas cuando éramos prácticamente adolescentes. Y es que las medicinas podrán apendejarte el cuerpo, pero no el alma. El mar me provocaba pensar en mi mejor amiga; la música fue la manera en la que mi cerebro podía procesar cuánto la extrañaba, pero los efectos secundarios de la medicina no me permitían sentir nada. Esa última noche de vacaciones, mientras Ezra se bañaba, salí al balcón. La humedad de la costa me suspendía el corazón, la brisa fresca me provocaba escalofríos, pero no había sensación de pánico. Generé el hábito de fumar cada vez que detectaba algo que me pudiera acercar a las espinas de mi cadena. Ha sido la etapa de mi vida más fumadora.

—Cumpleaños feliz. Feliz cumpleaños a ti —salió canturreando Ezra al balcón con un pastel de chocolate y una vela encendida.

"Así es cómo festejan las personas normales. Así que no te burles", pensé. Las personas normales cuando les dicen «feliz cumpleaños» sonríen, así que eso fue lo que hice. Ezra se sentó a mi lado y me besó. De pronto, me era muy notorio que sus besos no sabían a nada y eso, no sé por qué, me asustaba. Me hacía dudar de que ese hombre fuera real y que lo que estaba viviendo con él era la realidad.

—¡Feliz cumpleaños, Pequeñita! Anda pide un deseo.
Desear era una palabra que había eliminado de mi vocabulario a putazos y que tan solo reflexionar sobre ella me apretaba la cadena y me hacía sangrar. Y algo sucedió cuando Ezra me pidió un deseo, comencé a sospechar de él. Para qué me pedía que deseara, ¿acaso era una trampa? ***"Julia, pedir un deseo en tu cumpleaños es algo que hace la gente normal"***, pensé manteniendo la calma. Examiné el rostro de Ezra minuciosamente, solo por si acaso. Era cierto, no tenía una sola gota de malicia en sus ojos, que aquella noche se veían de un azul cielo.

—¿Me amas? –le pregunté de la nada.

—Claro —me respondió como cualquier cosa. —¿Tú me amas a mí?

—Sí —mentí, para seguir sobreviviendo.

Esa noche dejé que Ezra me hiciera el amor. Porque era lo que las personas normales hacen, cuando es una *noche especial.* Dejé que me besara las cicatrices de las quemaduras en mis tobillos y que se acostara en mi vientre desnudo. Le acaricié el cabello con toda la ternura que las medicinas le permitían a mi cuerpo emanar y, al otro día, le permití llevarme de regreso a la cotidianidad.

—¿Cómo estás durmiendo? ¿Las pesadillas? —me preguntó analítica la doctora Úrsula. Yo le decía Ursie, porque había decido confiar en ella y darle un giro a su nombre, uno que solo yo pudiera decir, nos mantenía cercanas. Ella confiaba en que no le mentiría en las sesiones y me daba permiso de ridiculizar su nombre y yo confiaba en que no me trataría como una inválida sentimental y le permitía hablarme de la forma más directa y ruda posible.

Unas semanas después de la muerte de Sadie, mi papá me suplicó que regresará a terapia. Él y Mich, casi de emergencia, contactaron con Ursie, una vieja amiga de mi madre y me convencieron de acudir a su consulta. Estúpidamente, sentía que el hecho de que conociera a mi mamá, de alguna forma, me conectaba con ella.

—La mayoría de las veces no recuerdo qué es lo que sueño. Pero cuando lo hago son pesadillas —le contesté tratando de esquivar alguna pregunta más profunda.

—Hoy es el aniversario —me dijo picándome, como para provocar alguna emoción. — Un día como hoy Sadie, tu mejor amiga, se fue de viaje y sentiste que te abandonaba.

Esas eran el tipo de cosas que siempre odié de las terapias, qué puta necesidad de recordar a cada rato lo que te hizo mierda. No le dije nada. Esa era otra habilidad que había perfeccionado, guardar silencio, para que las personas sacaran sus propias conclusiones y entonces poder actuar en consecuencia, así nunca me salía de la línea.

—¿Julia, cuál es nuestro objetivo? —Ursie me preguntó mirándome por debajo de sus lentes de pasta negra.

Me tomé unos segundos antes de contestar. Dentro de mi cabeza tenía todas estas notas que me ayudaban a recordar cuál era la respuesta correcta para cada una de las situaciones.

—Dejar la medicina —respondí dudosa.

—¡Exacto! ¿Y cómo logramos eso? —preguntó Ursie con su voz dulce y llena de empatía.

—No negando mis emociones. Aceptándolas tal cual son — respondí como periquito de feria.

—Si te mientes a ti misma, no podemos sanar.

Me reí para adentro y aunque eso hizo que las espinas de la cadena se me clavaran un poco, no me arrepentí. Esa palabra «sanar», ¿cómo chingados sanas algo que lo llevas tatuado en tu puto ADN? Es como decirle a un diabético: señor diabético, usted échele ganas, sané su relación con el azúcar y verá cómo se cura y ya no necesitará insulina ningún pinche día de su vida.

Lo que sea de cada quien, la doctora Úrsula era una señora inteligente, su superpoder era leer con total claridad todas mis mentiras. Ella detestaba que le hicieran perder el tiempo, así que no se andaba nunca con rodeos.

—Julia, si no te tomas en serio nuestras sesiones, entonces yo tampoco lo haré. Podemos pasar la hora completa pendejeando, hablando de cualquier libro vulgar de autoayuda, yo te cobro, tú te vas con tus mentiras y listo, todos contentos.

Esos tirones de cadena dolían, pero me hacían entrar en razón. Así como Mich me controlaba las respiraciones, el ingeniero Álvarez lo único que ansiaba era asegurarse de que mi corazón siguiera latiendo. Religiosamente, todas las tardes de terapia, pasaba a buscarme. Y cada tarde se me quedaba viendo tratando de descubrir si había mejorías, si la terapia de Ursie, por fin, había encontrado la cura.

—¿Hijita, cómo te fue? —La respuesta a esa pregunta siempre era la misma y siempre se la contestaba sin hablar ***“Papá, tú mejor que nadie sabes que esta madre jamás se cura.”.***

—Bien, papá. —le di un beso fuerte y me escondí en su pecho, ***Space Song de Beach House***** latía en su corazón cada que pasaba por mí y esa era la mejor parte de mi día.

**“Space Song” es una canción del dúo estadounidense de dream pop Beach House, lan- zada en 2015 como sencillo promocional de su quinto álbum de estudio, Depression Cherry.*



Esa tarde, mi papá me respondió el abrazo con más fuerza de lo normal.

—¿Qué pasa?— le pregunté descubriendo su intención escondida.

Me miró cauteloso para confirmar si lo que pensaba era lo correcto o no. Suspiró y me tomó de las manos.

—Llegó algo para ti hoy. Tu hermana lo había tirado a la basura, pero me parece que lo que sea que se haga con ese paquete no es decisión de ella, es solo tuya —me confesó.

“Mario de la Vega González. Melbourne, Australia”, leía el remitente. Miré a mi papá muy espantada. Mi hermana tenía razón, ese puto paquete era dinamita y estaba hecho para que me reventara en la cara.

—Lo que quieras hacer con él, Julia, está bien —me dijo mi papá sin soltarme de la mano.

No pude evitar un par de lágrimas, espesas y llenas de tristeza; sin embargo, en el momento que cayeron sobre la caja de cartón, la cadena me jaló. ***“Las personas normales no pierden el cool por una puta caja y menos frente a su papá”***, pensé. —Gracias, papá —le sonreí.

Me pareció que ese momento era tan correcto como cualquiera, tomé fuerzas con una respiración y abrí la puta caja. «Los padres de Sadie me enviaron esto, creyeron que era mío, pero no, nunca lo fue. Mario.» Debajo de esa minúscula nota, envuelta en una bolsa de plástico, descubrí mi camiseta de The Cure. Se me deshicieron las manos solo de rozarla por encima. Fue

como haber recibido un mensaje de la mafia; lo que venía en ese puto paquete desde el otro lado del mundo, era una cabeza ensangrentada que me advertía que yo era la siguiente. Cerré la caja inmediatamente.

—Vámonos a casa pa —supliqué. El ingeniero Álvarez, arrancó el auto y me sacó de allí.

El resto de la tarde pasó en automático. Llegamos a casa, mi hermana nos recibió con las mismas prisas de siempre. Se sirvió la cena en el comedor. Sonó la alarma en mi celular para que tomara mis medicinas. Mi hermana se aseguró de hacerme todas las preguntas posibles para saber que estaba bien. Revisé en la computadora de mi cuarto los correos electrónicos de un par de proyectos pendientes. Mi papá se quedó dormido escuchando las noticias. Mi hermana recogía la cocina, mientras todo el universo se apagaba. Yo me dí un baño eterno y cuando me secaba el cabello sentada en la cama, Mich abrió la puerta.

—Jul, sabes que si tú quieres, ese paquete se va a la mierda en dos segundos. Puedo hacer que jamás te vuelva a llegar nada de ese tipo. Lo sabes, ¿cierto? —me dijo Mich desde la puerta de mi cuarto.

Mi hermana era una reina poderosa sin miedo, decidida a ganar la guerra de mantenerme con vida y feliz, aunque fuera bajo sus propios términos. No supe qué responder. Asentí con la cabeza y le sonreí. Mi hermana esperó unos segundos antes de cerrar la puerta tras ella, pero una vez que lo hizo y me descubrí sola en mi cuarto, me entraron unas ganas absurdas de deshacerme en lágrimas. Pero el cuerpo drogado no me dejó derramar una sola, así que me abracé las rodillas y me quedé tirada sobre mi cama hasta que llegará el sueño. Las medicinas, con precisión de reloj, cumplían con su propósito.

Esa noche volví a tener pesadillas. Era una bebé de dos años, que corría curiosa por un pasillo. Una puerta se abría de pronto. No se veía nada dentro del cuarto, estaba completamente a oscuras. Mis piecitos descalzos podían sentir la aspereza de la alfombra al entrar y el silencio olía a electricidad. Conforme me adentraba en aquella habitación, un zumbido tomaba cada vez más fuerza y podía entenderlo mejor. Era un llanto. Una vez que mis ojitos se acostumbraron a la completa oscuridad, pude distinguir la figura de una mujer al borde de la cama, llorando. Era mi mamá. Cuando tuve el valor de acercarme a ella, me daba cuenta de que en realidad no tenía cara. Las lágrimas se la habían borrado. Asustada, en pánico, comenzaba a gritar. Una Mich de cinco años entraba corriendo a la habitación, me levantaba como podía y ambas salíamos escapando de ese monstruo sin cara que nos lloraba. Desperté en un golpe.
Para esas alturas, ya dormía con una bolsa de papel preparada en la mesita de noche. Empecé a respirar dentro de ella y de a poco el ataque de pánico cedió. Estaba empapada en sudor y lágrimas, daba igual. Aquellas pesadillas y ataques nocturnos para mí eran el nuevo: Julia se hizo pipí en la cama, otra vez.

Estaba hasta la madre, pero era más el miedo al dolor de las espinas de la cadena, que el cansancio; así que con resignación me levanté de la cama para cambiarme la playera y volver a dormir, pero mi cuerpo hizo algo extraño, porque no fue a la cajonera, fue a la caja de paquetería al otro extremo de mi cuarto. Me puse en cuclillas y despacio, con mucho cuidado, la abrí. Intacta, la camisetacon la que Sadie había cubierto su desnudez la noche que intentó besarme estaba ahí, como dentro de un hoyo negro, una especie de mosquito dentro de una gota de ámbar.

La saqué de la bolsa y hundí mi cara en la tela. El aroma era inconfundible, apestaba al diablo. Tan mi cuerpo lo reconoció que la cadena inmediatamente apretó con fuerza alrededor de mis costillas. En un acto reflejo me quité la camiseta empapada y me puse la de Sadie. La sensación de las espinas clavándose en mi piel se suavizó casi por completo. Volví a la cama, llevé las cobijas hasta mi cabeza y cerré los ojos. Por instinto comencé a tararear ***"Happiness is a warm gun..."*** . El tarareo se volvió somnífero y me quedé profundamente dormida.

Ojalá me hubiera quedado con esa camiseta. Ojalá, la condicionalidad me hubiera dado un respiro y me hubiera permitido traerla puesta hoy. ¿Haría alguna diferencia? ¿Qué más da, Julia? Ese tarareo, es el mismo que escuchas ahora detrás de la puerta, es el diablo recordándote, una y otra vez, que él es inevitable.

El café estaba recién hecho, Mich preparaba huevos estrellados, porque solo a ella le salían perfectamente redondos y cocidos y mi papá, en una esquina, estaba exprimiendo naranjas.

—¡Uy! Hace millones de años que no veía esa camiseta —dijo sorprendido el ingeniero Álvarez cuando entré a la cocina a desayunar. Miré la camiseta y asentí con la cabeza sin decir nada. Mi hermana se acercó a servirme en mi plato y me acercó una taza con café con leche, me acomodó el cabello detrás de las orejas.

—Ayer en la noche te escuché gritar. ¿Otra pesadilla? —me miró esperando alguna respuesta.

La ventaja de no sentir nada a causa de las medicinas es que no tienes que fingir que no sientes nada, porque simplemente no lo haces.

—Estoy bien. Son solo pesadillas. Es una tontería —perdí mi mirada en el plato de desayuno.

—Hija, no son tonterías, si te provocan tanto malestar, eso significa que es algo que tienes que atender —se apresuró a decir mi papá.

—Papá tiene razón, Jul. La verdad es que estos episodios en vez de disminuir van aumentando, deberíamos consultarlo con la doctora Úrsula.

Así era todo el tiempo, mi papá y hermana controlándome la respiración, mi locura y mis pesadillas. Lo único que no tenían bajo control eran sus expectativas de saberme viva. Como yo no oponía resistencia, dejaba que me arreglaran la vida como un trozo de plastilina. Ese día acabé en una consulta extraordinaria con Ursie.

—¿Qué te hacen sentir estas pesadillas?

"Que me voy a pinches morir", pensé. —Me hacen sentir sola — contesté en voz baja.

—¿Le has compartido a alguien cómo te sientes?

"¿A quién se lo voy a compartir? Las únicas personas que lo entenderían, una está muerta y otra es un ser demoniaco hijo de puta que todavía no sé si es producto de mi imaginación o

qué chingados”, pensé molesta.

—No, no tiene importancia —le respondí.

—¿Qué tal a Ezra? Llevas saliendo con él algún tiempo, deberías intentarlo —Ursie me aplicó la mirada que va por debajo de los lentes. — Habla con él, quizá te sorprendas. Es lo que hacen las personas normales, comparten cosas con sus novios.

Qué pinche consejo médico tan más fulminante. La voz científica de la razón que te indica cuál es el camino hacia la normalidad, hacia la cura.

—¿Cómo te fue Pequeñita? —Ezra me dio un beso y me abrió la puerta del auto. No le respondí, pero comencé a analizarlo, su tipo de movimientos, cuántas veces parpadeaba en un minuto. Su manera de conducir, de sonreírme en cada alto. ¿Se lo podía contar? ¿Sería capaz de entender?

—No me gusta que me digas Pequeñita, suena terriblemente patético y condescendiente – confesé y cuando lo hice algo en mi pecho se sintió más liviano, así que sonreí.

Ezra por un segundo se quedó helado, me contestó la sonrisa.

—¿Cómo que no te gusta? Pues es que estás chiquita, eres una enana —quiso acariciarme la cabeza, efectivamente, como a una niña pequeña y yo me quité.

—No soy una niña, *dude* —pude saborear algo de sarcasmo en mi voz y me encantó.

—¿Julia, qué te pasa? ¿Es algo de tus cosas de terapia? ¿Hice algo mal? —Ezra se orilló en la esquina de un parque. Apagó el auto y volvió su mirada hacia mí, expectante.

—Quiero. Necesito... —dudé un instante que se sintió una eternidad antes de atrevérme a decir la siguiente palabra.

—Deseo. Deseo que me escuches —dije esas palabras y nada se rompió, nada explotó, nadie se murió. Cuando me di cuenta, en un arrebato inexplicable por sentirme contenta, me lancé a los brazos de Ezra y le puse atención a los latidos de su corazón. Fue muy extraño porque no había música, solo ritmo. El ritmo normal de un corazón normal.

— Me siento sola —le aseguré.

—¿Cómo? —me preguntó quitándome de su pecho para verme con atención.

—Me siento sola —repetí con el tono de voz más claro que tenía en la garganta.

—¿Cómo te vas a sentir sola si siempre estoy contigo? —el tono de voz de Ezra comenzaba a sonar desesperado.

—No lo sé. Solo sé que me siento sola y que eso me duele. Me da pesadillas, hace que no tenga hambre, que viva en gris —me sinceré.

—¿Cómo en gris?

“¡Pues en gris, cabrón! En automático, como un pinche zombi con el cerebro lobotomizado. Estar a medias todo el tiempo”, pensé emputada. Me di cuenta, que seguir el

consejo médico de Ursie había sido un error que me costaría caro. Lo miré y me eché para atrás.

—Nada. Olvídalo. Tienes razón. Es una tontería.

—Julia, —Ezra me tomó de las manos y con un tono de voz muy lento, para que según él yo pudiera entender me dijo —yo no soy responsable de que te sientas sola, eso es algo que vas a tener que resolver tú, yo no tengo, ni quiero ser responsable de tu soledad.

Ese güey era el tipo más normal del puto universo, sí, pero también era un hijo de la chingada. Ojo, no es que no tuviera razón, pero lo que él le podía dar de alimento a mi corazón era tan pinche acartonado que lo tuve que vomitar.

Le agarré la cara con las dos manos. Lo miré con toda la condescendencia que tenían mis ojos y le aventé un par de palabras en un latigazo de sarcasmo.

—Tienes razón. Esta onda es pedo mío. —Le di un beso en la frente, de esos que le das al más tonto de tu clase porque te obligan y me bajé del auto.

Ezra me lanzó un par de frases hechas y yo simplemente dejé de escucharlo. Caminé a casa, más libre de lo normal y sonreí a mi manera por primera vez en mucho, mucho tiempo.

—¡Mich, ya llegué! —grité desde el descanso de la puerta. Mi hermana bajó corriendo hacia mí, me abrazó angustiada.

—¿Jul, estás bien? Ezra me llamó. —arqueé las cejas y le volteé los ojos. —No hagas esa cara, está muy preocupado por ti.

—No me importa —confesé sin ninguna pizca de filtro. Mich paró en seco su interrogatorio y escaneó mi cara. —En serio, Mich, ese ***dude*** no importa. Descubrí que andaba escribiéndose con otra ***morra*** — mentí. La cara de mi hermana cambió de preocupación a enojo. —Sí. El muy cabrón se escribía con su exnovia. Entonces lo dejamos. De hecho, mañana voy a ir a consulta otra vez con Úrsula para contarle—le dije a mi hermana exactamente lo que necesitaba escuchar.

—Okay. Pero estás bien, ¿cierto? Estuve preocupada toda la mañana. Se nos pasó que te tomarás la medicina.

"Es verdad, no me tomé esa madre. Una toma no me va a hacer enloquecer", pensé. Mich me llevó a la sala, mi papá estaba leyendo en el sillón. Me dio tanto gusto verlo. Corrí a sus brazos, me acosté en su pecho y pude escuchar cómo su corazón latía ***Texas Sun de Leon Bridges & Khurangbin.***** Mi hermana le contó mi mentira como una verdad absoluta y ambos se indignaron, pero yo me reí.

**Texas Khruangbin y Leon Bridges, "Texas Sun"*



—Él se lo pierde, Jul. Pero bueno, me da gusto que cuando te pasen cosas como esta, sepas qué hacer y que mañana vayas de nuevo a consulta — dijo orgulloso mi papá y me mantuvo en sus brazos un rato más. Esa noche volví a dormir con la camiseta de Sadie y las pesadillas no se

atrevieron a entrar.

—No pensé que vinieras hoy a consulta —me dijo Ursie, mientras encendía unas velas aromáticas en la mesa de centro de su consultorio. Recuerdo que olían a vainilla, lima y miel. La luz que entraba por la ventana, le cubría la mitad de la cara y no podía distinguir ninguno de sus gestos.

—Es que ayer terminé con Ezra. Descubrí que me engañaba con su exnovia —volví a mentir con el mismo arte que el día anterior.

—Tú y yo sabemos que eso es mentira —respondió Úrsula con contundencia. Algo en ella era diferente, por momentos podría jurar que se escuchaban más de una voz salir de su boca.

—¿A qué te refieres? —le pregunté extrañada.

—¿Cuál es la verdad, Julia? —me preguntó en tono demandante.

Esa pregunta fue una llave brusca, que entraba en la cerradura de la boca de mi estómago y dejaba al descubierto mis cicatrices infernales.

—¿Ursie, te sientes bien? —pregunté temerosa.

—¡La verdad, Julia! —respondió como un disparo al corazón y al sentirme atacada respondí —¿La verdad? La verdad es que todo esto me vale madres. Si estoy aquí es para sobrevivir, pero ¿sabes?, estoy hasta la madre que todos tengan una opinión al respecto. Estoy harta de sentir que ser yo es una puta maldición y que si me salgo, aunque sea un centímetro de la normalidad, me voy a morir. Estoy muerta ya. No siento nada. ¡Nada!

Sin darme cuenta, las lágrimas se me escurrían por la cara y con ellas fue como si un pedazo de yeso se quebrara en mi pecho y quedará completamente al descubierto. Úrsula salió de la sombra y entonces lo reconocí. No era mi doctora. Era el diablo. Me levanté en putiza del sillón, me pegué lo más que pude a la puerta del consultorio, sin dejar de mirarle, busqué desesperada la perilla de la puerta. El diablo atrapó mis intenciones de escape y me lanzó una voladora para dejarme clavada al puto piso.

—¿Cuál es nuestro objetivo, Julia?— me preguntó sonriéndome seductor.

—Dejar las medicinas —contesté bajito y en automático.

El diablo caminó despacio hacia mí, acarició mi mano con suavidad y contundencia. Mi corazón en estado aletargado, drogado de normalidad por meses, se fue a la puta estratosfera y cada poro de mi piel despertó para sentir. El diablo y yo nos miramos. Se acercó a mi boca y quedó a cinco centímetros de ella. Cinco. Lo suficientemente cerca para que yo pudiera respirar su aliento, pero lo suficientemente lejos para que besarnos fuera imposible.

—Jul, tú nunca estás sola. Yo estoy aquí para devorarte el corazón — cerré los ojos para sentir como aire fresco el aliento que salía de su boca y entonces la cadena tiró de mí como nunca. Las espinas se clavaron alrededor de mis costillas como putos dientes de fiera salvaje y el dolor me hizo moverme de ahí.

—No. No eres el diablo, eres un pinche chiste, eso es lo que eres. Eres la esencia de él.

Espera... ¿Estás poseyendo a mi doctora? —no podía creer la idea que salía de mi boca. Pero no había otra explicación.

—Poseer, en ese sentido es una descripción muy vulgar. No, no la estoy poseyendo, solo estoy dentro de ella susurrándole.

—Me vale una chingada. Te juro, que me supervale madre —dije entre risas sarcásticas —lo que sea que estés haciendo no va a funcionar —mentí. Y cuando mi corazón se dio cuenta de que mi cabeza mentía, el diablo se sonrió, dio dos pasos hacia atrás, se sentó en el sillón de mi doctora y la luz le volvió a dar en la cara.

—Deséame, Julia, conmigo no tienes porqué sentirte sola. Sabes dónde estoy —me lanzó en un suspiro y así, como si nada, su esencia desapareció.

—Julia, ¿teníamos consulta hoy? —Ursie me dijo entre tosidos y tratando de esconder su confusión.

—Ursie, no. Solo vine a pagarte las consultas del mes —mentí.

—Ah. Pues si quieres deja el dinero con mi secretaria, ella te da tu recibo —me contestó aliviada de que hubiera una explicación lógica para mi presencia. Afirmé con la cabeza todavía borracha de lo que acaba de pasar.

—¿Julia, estás bien? ¿Hay algo que quieras que platiquemos?

"Sí, del diablo", pensé. —No. Todo ***cool,*** nos vemos el lunes, Ursie. Gracias —mentí.

Salí corriendo de ese pinche consultorio lo más rápido que pude. Llegué jadeando a casa, pero la prisa era imprescindible, sentía que la vida se me iba en ello. Entré corriendo, subí las escaleras a zancadas, azoté la puerta de mi cuarto, recogí del piso la camiseta de Sadie y la llevé al patio. La metí en el asador de mi papá, le aventé todo el alcohol que había encontrado en el botiquín del baño y le exploté con una caja de cerillos. ***"A la chingada. ¡Quémate, cabrón!"***, pensé. Vi arder esa camiseta con intenciones certeras de asesinar lo que sea que tuviera impregnada en ella. Pero yo sabía, sabía que no sería suficiente.

Toc, toc, toc. No Julia. Te lo estás imaginando. Nadie te está tocando la puerta. No hay nadie. —¿Jul, ya me vas a dejar entrar? —¡qué chingados! Lo escuché o lo pensé.

¡No mames! Julia, respira, de nada te sirve entrar de nuevo en llanto. Me cago de miedo. Esto es demasiado. Me voy a morir. Papá ven por mí. —Él no va a venir.

¡Cállate! No sé quién eres, pero te puedes ir mucho la chingada. ¡Vete! Julia, respira, si no respiras no podrás pelear. Ver. Oír. Oler. Degustar. Sentir.

La noche antes de mi siguiente consulta con Ursie no tuve pesadillas, pero porque no pude

dormir. Pasé la madrugada en vela para tratar de entender. Recuerdo ver pasar las luces de los autos por mi ventana y clavar mi oído a la almohada para escuchar los propios latidos de mi corazón, que retumbaban en mi cabeza.

El olor a esencia de canela que Mich siempre ponía en mis sábanas limpias, la resaca del sabor amargo de la medicina en mi lengua. La pastilla de esa noche, la mantuve en la lengua un rato. Recuerdo sentir cómo se deshacía entre mis dedos, mientras se convertía en una pasta, rondé tercamente alrededor de la idea de que nada hacía sentido. ***"No hay cura"***, pensé. Si no hubo cura para Sadie por qué la habría para mí.

Reviví una y otra vez el tacto del diablo sobre mi mano y me volví loca. Se encendieron dentro de mí unas ganas eufóricas de sentirme viva, aunque doliera, aunque las espinas de la cadena me atravesaran, estaba dispuesta a que me hicieran pedazos, no me importaba, quería reventarla. Bajé mi mano poseída por el recuerdo del diablo, lento por mi vientre, sin dudar ni un centímetro a dónde quería llegar. La cadena no cedió fácilmente. Entre más intensa era mi hambre de sentir, más rígidas se hacían las espinas y con más dolo se encarnaban en mi piel. Pero yo tampoco me arrepentí y comencé a tocarme famélica de placer. Por fin, explotó mi vientre en un orgasmo lo suficientemente poderoso, para reventar la cadena de espinas y consumirla en mi propio fuego sexual. Agitada de cansancio, caí rendida en mi almohada, cerré los ojos y soñé.

Llegó la inevitable mañana y aunque quería hacerlo, tenía miedo de levantarme de la cama. Porque aquella sorpresiva sensación de hambre me controlaba la respiración.

—Listo, hija, ten el dinero de las consultas para la doctora. Dile que le mando saludos. Paso por ti en una hora —mi papá me dio un beso en la frente y sin saberlo me mandó a la guerra desnuda.

Mi pierna izquierda era como un pedal de máquina de coser. Se movía de arriba abajo esquizofrénica. ***"Se lo voy a contar todo. A la chingada. Es una psiquiatra por el amor de dios, seguro ha conocido casos más pinches enfermos que el mío. Seguro hay solución a todo esto"***, pensé mientras los minutos corrían en la sala de espera del consultorio.

—Julia Álvarez, el doctor está listo para recibirte —me levanté decidida a hacer lo que la gente normal está dispuesta hacer si se le aparece el diablo, pero en el momento que abrí la puerta del consultorio para hablar con Ursie me cayó el pinche veinte, ¿doctor?

—Hola, Julia. Soy Saúl del Bosque, la doctora Ramírez ha tenido que ausentarse por un tiempo por razones familiares y me asignó tu caso.

Ese güey era hermoso. De tez almendrada con ojos verde aceituna, cabello revuelto en rizos castaños. Era deslumbrante y como un estúpido bicho yo caí en la luz para que me pinches electrocutara. Cerré la puerta detrás de mí, sonó como el punto final de una mala historia que se resiste a morir. Un par de mariposas blancas y amarillas entraron volando por la ventana y suavemente se posaron en uno de los sillones.

—Ellas te extrañaron también —me dijo el diablo sonriente.

—¿Ursie está muerta? ¿Qué le hiciste cabrón? —contesté con una valentía que no duraría mucho.

—Nadie está muerto, Jul. Aquí la única que sufre de muerte eres tú —me dijo con una voz tierna que me hizo sentir entre algodones. —Jul, tranquila, te prometo que nada va a pasar. No te voy a tocar. Hablaremos nada más. Te lo prometo —insistió.

—¿Solo quieres hablar? —pregunté ingenua.

—Sí, si eso es algo que te hará sentir viva, entonces es lo único que quiero —respondió Saúl y con un ademán de caballero me invitó a sentarme en el sillón. Tomé asiento, volví a sentirme como esa *morrita* de diecisiete años, que se enamora de la primera persona que se le aparece en el baño de un antro.

—Hablemos entonces —con esa respuesta había decido mis cartas y por supuesto era una jugada que me haría perder.



9

CARTAS QUE LLEGAN Y NUNCA SE VAN

Está bien. Estoy lista. Vamos a jugar. A la chingada. Pero me tienes que prometer que te vas a quedar fuera de la puerta y yo te prometo que no me voy a mover y que voy a jugar hasta el final. ¿Queda claro? “Queda claro. Te lo prometo, Julia”

Okay, ***this is it****.* Acomódate en el piso, Julia. Recarga tu espalda en la pared y gira tu cabeza hacia la puerta de este pinche cuarto de hospital para que el muy cabrón del diablo te escuche. Para que tus palabras no se pierdan. Respira profundo. Límpiate la sangre de la boca. Atraviesa a este puto diablo y, de una vez, libérate de esta pregunta nefasta y constante en tu cabeza. ¿Me quiero morir? Tranquila, Julia, lo peor que puede pasar en este juego de preguntas es que al final te mueras y pases una eternidad en el infierno ardiendo en asquerosa culpa.“¿Empiezas tú o empiezo yo?”.

–Empieza tú.

**Este es el momento.*

Mi papá y yo regresábamos del consultorio. Desde que había aparecido Saúl en mi vida, esos viajes en auto se habían vuelto cada vez más silenciosos y el ingeniero Álvarez lo notaba, pero se mantuvo paciente hasta su última respiración.

—¿Qué tal el nuevo terapeuta? —me preguntó.

—Bien, pa. Está cool —mentí sin dejar de perderme en las imágenes que corrían por la ventana.

—Sé que tenías mejor conexión con la doctora Úrsula, pero las recomendaciones que nos dieron del doctor Del Bosque son muy buenas, Jul —claro, el diablo tenía bajo su control a toda la pinche comunidad psiquiátrica del país, del universo, me reí. —Pero ninguna de esas recomendaciones sirve si tú no te sientes cómoda.

Ir a sesiones de terapia con el diablo. Lo que me pinches faltaba. A comparación de mi vida con Amadeo, esta nueva versión de diablo parecía un chiste, una rutina de stand up barato. El doctor Saúl del Bosque cumplía su promesa y lo único que hacíamos en esa hora de sesión era hablar. Bueno, en realidad nos leíamos.
Nos escribíamos cartas. Fingíamos que cada quien moraba en una dimensión distinta y que, por condiciones cuánticas, esas cartas podían atravesar el tiempo, el espacio y las leyes de la física. Un juego adictivo de emociones, porque lo único más poderoso que una caricia es una palabra leída, pues la imaginación que la materializa suele ser mucho más intensa que la realidad. Entonces cuando yo leía lo que Saúl tenía que decirme, yo me deshacía, sus cartas eran como goteros de pinche heroína. Cada palabra era una gota que me reventaba en la cabeza y revolvía cada centímetro de mi pecho, mi vientre.

—Nos escribiremos cartas. Hasta que confíes de nuevo en mí. Prometo no levantarme de este sillón hasta que tú me lo pidas. Hasta que tú me desees —me afirmó Saúl en nuestra primera sesión.

Era como comenzar una partida de ajedrez donde las reglas se escribían al hilo de cada jugada y los roles de las piezas cambiaban sin previo aviso. Lo amaba. Era como cuando tenía diez años y le robaba a mi papá dinero de la cartera o la primera vez que me encerré con un niño en el clóset para besarnos. Podría jugar ese juego sin tema, solo tenía que tener cuidado de no desear de más, eran solo cartas, solo preguntas que nos hacíamos, nadie tenía que morir. Pendeja, creí que me estaba saliendo con la mía. Lo que yo no sabía era que si hay algo que el diablo tiene es paciencia y aquello no era un juego de rapidez, era de resistencia.

Empezamos intercambiando notas pequeñas. Casi que sin sentido. El objetivo era escupir en el papel lo que sentía en ese momento. Saúl lo leería en silencio, escribiría su respuesta y yo me llevaría ese pedazo de papel a casa para leerlo cuando lo necesitara.

Sesión uno:
¿Te has dado cuenta de que la fortuna siempre viene en paquetes de tres? Quisiera encontrarme con esas píldoras que te hacen olvidar cosas. De esas que vienen en paquetes de tres. Sé perfectamente para qué las usaría. La primera: para olvidarme de que me dejaste sola.
La segunda: para perder tu teléfono en el vacío de mi memoria.
La tercera: para deshacerme de esa noche que decidí sentirme como en casa.
¿En dónde las venden? Seguro en la tienda de la esquina. Están en el anaquel de las medicinas, a lado de los antigripales, debajo de los energéticos. Sí. Píldoras para olvidar.
Jul.

Respuesta sesión uno:

Las pastillas para olvidar no existen. Porque si existieran las olvidarías y entonces perderían su

propósito.
Yo nunca te dejo sola.
Mi número son todos los números. Los que tú necesites, el que tú quieras marcar.

Esa casa, fue casa por tu corazón. ¿Volvemos a ella?
Saúl.

Todas esas notas las guardé de la misma forma que un adicto esconde en un hoyo en la pared detrás del espejo de su baño, sus drogas de emergencia. La mayoría de aquellas notas se ocultaban dentro de mi colección de CD viejos. Era el escondite perfecto, hasta que Mich las descubrió todas y todo se fue a la mierda.

Las notas que me escribía Saúl nunca las leía en el consultorio. Las guardaba dentro de mi ropa y paciente las abría hasta llegar a casa. Hasta que todos estuvieran fuera de mi vida. En la soledad de mi travesura con el diablo. Me escondía debajo de la cama o me metía con el celular al fondo de mi clóset a las tres de la mañana sin producir decibel alguno y disfrutaba aquellas palabras como si fueran manzanas frescas recién cortadas. Durante minutos leía mi parte y después la del diablo, las unía en una narrativa de diálogo perfecta. Era como si bailáramos a través de las letras y su significado dictaba el ritmo, la melodía, los pasos. A las 3:10 de la madrugada ya estaba lista para saltar de la cama, esconderme y drogarme con cada oración. A veces, pasaba escondida hasta muy entrada la mañana. En un par de ocasiones Mich estuvo a nada de descubrirme dormida debajo de mi cama, por lo menos esa acción vergonzosa siempre la pude evitar.

El proceso era exquisito. Leía la nota de Saúl, leía y releía varias veces; después me tomaba todo el tiempo del mundo para responder. Sabía que estaba lista para escribir mi respuesta cuando la piel comenzaba a picarme, entonces me metía debajo de la cama o dentro del clóset. Sin darme cuenta, la lámpara del celular ya era innecesaria, porque cada que saciaba la comezón de mis brazos rascándome, surgían mariposas de mi piel, estas eran distintas a las de siempre.

Eran mis propias mariposas, rosas y verdes, fluorescentes que iluminaban el papel y la pluma para no perderme. Después, la emoción de llevar mi carta escondida, como si fuera un mensaje espía que pudiera desatar una guerra mundial, y, por último, estudiar la cara de Saúl al leerla en silencio. Lo veía sonreír en mil colores distintos, tomar su pluma y su papel del cajón de su escritorio y escribirme la respuesta. Era una hora de silencio que no paraba de hablar.

Sesión 26

Cuando vives con el corazón por fuera todo es un peligro. Entre otras cosas, porque él se pone donde quiere, no mide riesgos.
Se te para en la cabeza. Se te acuesta en las manos. Se te derrite en los ojos. Se te clava en la boca. En la boca, inminente explosión. Te arranca las estupideces de la garganta y esas intenciones que tienes tan bien escondidas, detrás de mil razones y poderosas sonrisas

sarcásticas. Pues eso, te las hace vomitar.

Jul.

_____

Respuesta sesión 26

Dime que no quieres vivir con el corazón por fuera y entonces lo atraparé como a una de mis mariposas. La posaré en tu pecho y le soplaré despacio, como un beso de boca a corazón para hacerlo latir. ¿Por qué no estás conmigo? ¿Estás con alguien más?

Dime qué es lo que sueñas. Déjame ser el que deseas. Dime cuándo volverás.
Saúl.

Pasaban las sesiones, las notas, el diablo lo hacía todo bien. Su habilidad para sacar mi sentir más mágico era enorme. Ahora que lo pienso, yo me daba cuerda solita porque cada nota era un reto que vencer, cada frase estructurada que el diablo me escribía con la intención de atraparme, tenía que ser mejorada por una oración mía. Quería tirarlo al piso desfallecido de mí. –Jul, sabes que me torturas con tus palabras, ¿cierto? —me dijo Saúl antes de ponerse a escribir su nota de respuesta.

_____

Pendeja de mí, creía que tenía al diablo en la punta de los dedos.

Quiero acordarme del momento exacto en el que comencé a perder la partida. Quizá fue cuando comencé a no tener cuidado, me dejaba escuchar y ver por la casa de madrugada mientras escribía. Sí, quizá fue aquella noche cuando no pude encontrar hojas blancas por ningún lado de mi pinche cuarto y fui al estudio de mi papá a buscar papel. Distraída, encendí la luz por completo y comencé a mover las cosas de mi papá sin importarme mucho el ruido.

—¿Qué haces levantada a estas horas, Jul? —me interrogó el ingeniero Álvarez en voz baja. —¿Te sientes mal?

Yo estaba ya desesperada, la comezón en mis brazos era insoportable. A la madrugada le quedaban pocas horas y necesitaba escribir mi carta como fuera. No poder hacerlo me hundía en ansiedad, el sudor en las manos era asqueroso, tenía ácido en la garganta y mis pulmones funcionaban sin aire. —Necesito hojas blancas, papá, ¿tienes?

Con un poco más de atención, mi papá se habría dado cuenta de que mis pupilas estaban completamente dilatadas y que la camiseta que traía puesta estaba empapada en sudor; pero no. En vez de eso, se acercó a uno de sus archiveros y me preguntó qué tipo de papel necesitaba. ***“Papel, papá, del que sea. ¿Cuántos tipos de papel puede haber en este pinche mundo?”***, pensé desesperada, sedienta.

—Te lo pregunto porque depende de lo que vayas a escribir, es el tipo de papel que necesitas. Eso es algo que decía mucho tu mamá. Paré mis movimientos hambrientos, ¿mamá escribía? Mi papá cachó mi ignorancia y me di cuenta de que eso era justo lo que buscaba, que yo me distrajera de lo que sea que me estuviera provocando dolor.

—¿Para qué lo necesitas? —me preguntó sonriendo.

No tenía preparada ninguna mentira elaborada, así que le dije la verdad.

—Es para mi terapia con Saúl —la respuesta me salió redonda.

—Oh. Mmm, entonces no quieres hojas, tú lo que necesitas es un diario. Tu mamá llevó uno durante casi toda su vida. Espera, deja lo busco.

El ingeniero Álvarez abrió uno de los cajones que tenía bajo llave y sacó una caja de terciopelo, lo suficientemente grande para que cupiera una libreta de tamaño francés.

—Ten. Seguro éste te sirve.

Era un guarda diario de piel, con un listón verde que servía de separador. Mi papá lo puso sobre mis manos y yo sentía que estaba sujetando una burbuja de jabón que de pronto reventaría en la inmensidad. Por puro instinto me lo llevé a la nariz. Quería que oliera a mi mamá, pero no. Cuando me di cuenta de que aquel objeto no desaparecería de entre mis manos, lo apreté contra mi pecho.

—¿En serio lo puedo usar?

El ingeniero Álvarez, satisfecho de que su plan hubiera resultado, me sonrió.—Claro. Estas cosas son tuyas y de Michelle. Eres igualita a tu mamá, en una de esas y también escribes tan hermoso como ella —mi papá me abrazó y sus brazos se sintieron cálidos y suaves alrededor de mi desesperación.

—¿Mamá escribía? ¿Qué escribía? ¿Tienes todavía sus diarios? ¿Los puedo leer? —le acribillé a preguntas.

—Te lo cuento mañana. Ya vámonos a dormir —el ingeniero Álvarez se echó a reír y con un bostezo flojo me sacó de sus estudio.

Apagamos las luces y mi papá se aseguró de dejarme en mi cuarto, darme un beso de buenas noches y cerrar la puerta tras de él.

Me quedé sentada en la cama, con el porta diario de mi mamá pegado al pecho. Lo abrí con cuidado, en una de las portadas tenía grabadas con cautín las iniciales de mi mamá. Las acaricié con las yemas de los dedos, como si al hacerlo pudiera sentir sus manos. Todavía tenía hojas sin escribir, tenían un leve tono amarillo, algunas estaban manchadas de café o con marcas de lo que se había escrito en la hoja anterior. Me di cuenta de que las hojas escritas las habían arrancado porque quedaban pedacitos de ellas entre las costuras de la libreta, también tenía un sobre de cartón blando para guardar cosas. Revisé para ver si todavía tenía algo guardado. Y sí que protegía algo, una foto de mi mamá y mi papá en un concierto, ambos como de veinticinco años y en la parte de atrás escrita con la letra de mi mamá «Luis y yo existiendo».

Todos tenían razón, el parecido era mucho. Mi mamá y yo éramos casi dos gotas de agua, lo único que nos hacía diferentes era el tono de cabello, en ella un tono dorado y el mío tan oscuro como el de la pinche Blancanieves. Esa noche me di cuenta que en ningún rincón de la casa había fotos de mi mamá. La imagen que yo tenía de ella era la de mis recuerdos y desde ese instante, la de aquella foto. No supe exactamente qué sentir, mi cuerpo, mi cabeza y mi corazón seguían recuperándose del adormecimiento de la puta medicina que desde hace semanas había

botado por ahí. Lo único que se me ocurrió fue poner la foto bajo mi almohada y abrazar el diario. Esa noche no hubo cartas, esa noche en vez de elegir palabras, me concentré en recordar a mi mamá.

———————

Sesión 46

Yo te voy a decir qué quiero. Tus besos en mi mente y tu corazón en mi cama. Así, al revés. Para que me haga sentido todo esto que flota alrededor mío, cuando te veo, cuando, maldita sea, me haces sonreír. Que tengo que poner límites, dicen, y ¿cómo hago eso si siento que esta idea es inexplicablemente de aeropuerto, de correr, de crear, de dejarme llevar? Escucho al universo diciendo: lo puse ahí para que aprendieras a decir que no.

Entonces, para mí, todo sigue girando.
Tengo el superpoder inservible de originar todo un AMOR sin una segunda persona. Es tan peligroso, tan pinche triste y tan estúpidamente patético, que mi cerebro ya decidió no volver a originar ni a creer. Por favor, manda a incendiar los restos y a dormir a la magia. Auguro tiempos de apocalíptico desinterés...
Jul.

———————

Recuerdo haber escrito esa nota con toda la intención de picar al diablo. De ponerlo a prueba. Esa tarde ni siquiera esperé a que Saúl la leyera. La dejé sobre el escritorio y salí como si nada de su consultorio. Comencé a caminar sin saber exactamente hacia dónde ir. El frío del invierno ya se sentía en el aire y tuve que subirme las solapas del abrigo, resguardar las manos en los bolsillos y buscar algún refugio.

—¿Me puede dar un té rojo? Por favor —pedí en la barra. —¿Julia?
Me había olvidado de aquella voz. No podía ser. Subí la mirada para ver desde el espejo que estaba enfrente del mostrador y fue como ver un fantasma. Era Mario, pero se veía distinto, como de otra dimensión, de una mucho más sólida, clara y feliz. Llevaba la barba crecida y se le veía cuerpo de gimnasio.

—Mario. ¿Qué? ***¡Dude!***

Y no sé por qué, pero se sentía natural que nos abrazáramos. Ambos caímos en esa trampa como conejos en medio de un día de caza, porque en cuanto lo hicimos, algo en nuestro pecho hizo cortocircuito. Sentí clarito, como algo dentro de Mario comenzaba a sangrar, Mario lo notó también en mi pecho y se zafó de mis brazos y regresó de inmediato a su nuevo yo.

—Vine a ver a mis mamás —señaló con la cabeza una de las mesas en la terraza. Estaban sentadas sus mamás muy entretenidas y las acompañaba otra mujer, una *morra* pelirroja de tez blanca y ojos azules, con pecas en la cara. Mario se dio cuenta de que no reconocí a la del cabello rojizo y orgulloso me dijo —es mi esposa. Nos casamos hace un par de meses y decidimos pasar las fiestas de fin de año con mi familia, para Año Nuevo nos volvemos a Melbourne.

¿Para qué me contaba todo eso? A mí qué chingados. ¿Me tenía que enojar? ¿Tenía que estar celosa? No, Julia, tendrías que haberte alegrado, eso es lo que hacen las personas normales cuando saben que a sus amigos les va bien. Pero no, a la chingada con la normalidad y las apariencias.

—Pensé que no te llevabas bien con tus mamás. Ahora son la familia perfecta, ¿o qué? —bromeé de forma muy sarcástica y cruda.

En el fondo, claro que estaba enojada con él, me había dejado sola. Se había largado al otro lado del pinche mundo sin darme explicaciones, me dejó empapada de la muerte de Sadie, le valí madres.

—Veo que hay cosas que nunca cambian. Estás igualita, Jul —me respondió con una mirada compasiva. Me dio asco. —¿Quieres conocer a mi esposa?

Antes de que pudiera contestarle o negarme, me tomó del brazo y fuimos a la mesa de la terraza. Fue justo como entrar en otra pinche dimensión.

—Miren a quién me encontré. Julia, te presento a Lory. Lory ella es Julia —las mamás de Mario me lanzaron miradas horribles, como de reclamación por el hecho de que ellas y yo estuviéramos respirando el mismo aire. Sin embargo, Lory me sonrío muy tierna, se levantó de la silla y me dio dos besos.

—¡Jules! Claro —dijo con acento inglés. —Tú eras la mejor amiga de Sadie.

Cuando la esposa de Mario pronunció ese nombre se abrió un abismo incómodo y pegajoso. Las mamás de Mario bajaron la mirada de vergüenza y para mí fue como si una vez más me clavarán un picahielo en la boca del estómago. Mario, en cambio, se sonrío liviano; se dio cuenta de que yo no podía responder e intercedió por mí.

—Sí, es esa Julia. Lory porque no acompañas a mis mamás a casa; así Jul y yo nos ponemos al día.

Entre Lory y Mario hubo una mirada de complicidad perfecta y hábilmente, en dos segundos, esa ***morra*** nos había dejado solos. La mesa se sentía inmensa, Mario de un lado y yo de otro.

—¿Cómo estás? —me preguntó Mario dispuesto a llegar al final de esa conversión.

—Bien. Supongo. No tan bien como tú —le dije protegiéndome de la única forma que sabía, tirando putazos y latigazos de sarcasmo.

—Sí, estoy bien. Soy feliz, Jul —me dijo con tono de voz suave, sin alerta, era como hablar con un ser lleno de luz, en ese Mario no cabía una sola gota de dolor.

—Tengo que pedirte disculpas.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Nunca debí de mandarte esa camiseta —ambos nos miramos, me empezó a picar la garganta y saqué mi caja de cigarros, le ofrecí uno y él se negó. —Hay cosas que sí cambian Jul —me contestó sonriendo tímidamente.

—La camiseta. No tiene importancia. Entiendo perfecto. —mentí.

—Fue de muy mal gusto. Lo siento —me miró fijamente para buscar sinceridad o certeza en mí. —Yo amaba a Sadie y la imagen de ella caer de un puto edificio con el vestido de novia jamás dejará de darme pesadillas. Pero quiero que sepas dos cosas, Julia. —Mario me quitó el cigarro de la boca y le dio dos caladas — por más que yo quiera, tú no tienes la culpa y por más que las circunstancias nos avienten, ya no quiero tenerte en mi vida nunca más.

Después de fulminarme con aquellas palabras, ahogó el cigarro en el cenicero. Me mantuvo la mirada por un par de segundos más para esperar a que cada palabra con su debido significado se asentara en mí. No había mucho qué responder, había todo qué sentir. —Adiós, Jul.

Mario me besó la frente y se fue. El aire frío y filoso me hacía heridas en las mejillas, me di cuenta de ello porque las lágrimas corriendo por mi cara me encendían un ardor intenso. El mundo se abrió en un hoyo negro y yo me sentí como la persona más sola de la tierra. Pensé en Sadie, solo que la que caía era yo. Respirar se volvió insoportable. La piel me pesaba y tenía el pecho cargado de piedras filosas que me perforaban de adentro hacia afuera. Me sobraban las manos, no sabía qué hacer con ellas, saqué el diario de mi mamá del bolsillo interno de mi abrigo y escribí:

5 de diciembre. Mario ha muerto. Jul.

—¿Qué haces aquí Julia?
—Defendiendo la poca vida que me queda.
—¿Qué haces tú aquí?
—Vengo a devorarte el corazón.
—¿Cómo llegaste aquí?
—En auto, creo.
—Mi vida se acaba aquí, ¿cierto?
—No me importa tu vida. Me importa tu corazón.

Julia, en serio, vas a dejar entrar a este cabrón. Julia, es el diablo. Da igual si es algo inventado en tu cabeza o si es por las putas medicinas que te pusieron en la sala de urgencias, es el puto diablo. Te está diciendo que se quiere comer tu corazón. ¿No te das cuenta de lo horrible que suena? Vamos, Julia, tienes que pelear. ¡Pelea!

—¡El diablo no existe! —¡bien! ya se ha callado.

¿Qué? ¿Un pedazo de papel? No, Julia. No agarres esa puta nota que acaba de entrar por la rendija de la puerta.

Ya si la vas a leer por lo menos léela en voz alta. «Sí existo. Estoy detrás de tu puerta. ¿Me dejas entrar?»

Terminé de escribir el epitafio de Mario y dejé caer la pluma sobre el papel y lo único que había

dentro de mí era deseo. Deseo de ya no sentirme un vacío que flota, una palabra mal escrita, una mala idea. Bastó con ese poco para que el tiempo se detuviera y las manos de Saúl entraran en la periferia de mis ojos. Cuidadosas me acercaron una hoja de papel doblada a la mitad. Por supervivencia, tomé la nota y la abrí.

Respuesta Sesión 46

Por más que yo quiera, jamás podré dejar de desearte; por más que el universo nos aviente, yo nunca voy a desaparecer.
Mi superpoder es que puedo hacer que deje de doler.
No voy a mandar a incendiar nada, porque tú no lo has deseado. Auguro noches todo posibles, llenas de ti y de mi habilidad para dejar en tu cuerpo alivio y saciedad. Dime qué deseas.

¿Deseas que nos vayamos a casa? Saúl.

Todavía sin verlo a la cara, me tomé fuerte de las manos del diablo. Me las llevé al rostro. Sí, efectivamente, el ardor de las lágrimas desaparecía con el calor y suavidad de sus manos. Abrí mis ojos despacio, el diablo estaba sentado junto a mí, sonriéndome. Pero yo no estaba lista, todavía quedaba algo de razón en mí. Saúl, sin decir una palabra, abrió mi diario, sacó una pluma de su abrigo y me la puso entre las manos. Entendí lo que había que hacer.

Sesión 46 2.0

El amor es lo que justifica la existencia. Aunque no la explique. La verdad es que poco sé de jugar al amor. Nunca entiendo las reglas, siempre acabo haciendo lo contrario a lo que se supone, te hace ganar. Me perderé en el amor inevitable que me causa verte y crearte en mis momentos enfermos de espera. No quiero.

Qué desastre. Qué pedacería de dimensiones. Qué basurero de palabras y frases hechas. Qué pereza ponerse a barrer y a limpiar.
Supongo que le debo al amor más que eso.
¿Y cómo saldo esa deuda? ¿Con qué?

Supongo que el amor no toma las lágrimas a cuenta. Ni el frío. Ni el vacío. Ni a mí.
Aaaargghhh... qué ganas de aventarte. A ti, a él, a mí. A esta existencia en pausa que todo lo nubla y lo encapsula en una sin razón absurda y pinche barata.

Mi corazón se muere de hambre. Julia.

Los ojos de Saúl iban y venían a través de los renglones. Con cada punto final daba suspiros y entre cerraba los ojos. Se rozaba la barba y los labios con la mano izquierda, analizando cómo debía de jugarse esa carta. Bajó la nota y la puso de cara a la mesa, puso mi taza de té encima de

ella. Sin decir una palabra me tomó de la mano y esperó. No dije nada, tampoco quité mi mano. De un tirón acercó mi silla a la suya y esperó. No dije nada y no me levanté. Desabotonó mi abrigo y suave metió su mano caliente para tomarme de la cintura y esperó. No dije nada y no me eché para atrás. El diablo acercó su boca a la mía, de nuevo, a cinco centímetros de poder besarnos y esperó. No dije nada. Su aliento se sentía caliente, vivo. Mis labios salivaron. Ambos tomamos una respiración profunda y cuando exhalé el diablo se coló en mi respiración y tan inevitable como un tren descarrilado nos besamos.

El aire reventó por la calle, las hojas de los árboles se sacudieron y una vez más el choque de realidades y universos abría una grieta en mi pecho, en mi estómago, en mi vientre. La taza de té rojo auguró muerte y se derramó sobre la hoja de mi diario y no me importó, porque ese beso, que se sintió como el primero, hizo que todo me dejara de doler. No hay droga química o natural que supere esa sensación que me explotaba en los nervios de la boca. Besos multidimensionales, que ataban todas las partes de mi cuerpo y luego las arrancaba para flotar en un abismo de saciedad y deseo. Sobra decir lo que permití que sucediera en el consultorio de Saúl esa tarde, cuando volvimos agarrados de la mano y del cuerpo, cuando regresamos de la cafetería. Horas de éxtasis, de sentimientos absolutos. Cuerpos húmedos y respiraciones compartidas. Una realidad en la que existía suspendida en el deseo eterno de que me comieran el corazón.

No sé cuántas horas pasé con el diablo. Podrían haber sido años y yo no lo hubiera notado. Lo que sí recuerdo es que el despertar fue con el amanecer, sí, así de dramático. Quizá mi cerebro lo ordenó así, para que fuera mucho más claro y suficientemente doloroso el hecho de que esa tendría que haber sido la última vez. Pero para este tipo de cosas no existe ***Control Z****. Una vez que das ***Enter**** se queda para siempre.

**Acción del teclado para deshacer una acción.*

*** Tecla para ejecutar un comando.*

Eran como las seis de la mañana. Los primeros rayos de sol se colaban por las cortinas. Abrí los ojos poco a poco, de lo primero que tomé conciencia fue de las paredes tan altas de aquella habitación y, en segundo, de mi desnudez. El abrigo negro de Saúl solo me cubría la mitad del cuerpo.

No sentía frío, al contrario, todavía podía disfrutar del adormecimiento del sexo en toda la piel. La mañana olía a invierno, fui cazando con la mirada las prendas desparramadas por el piso de duela. *"¿Estoy sola?"*, me pregunté. Lo estaba, pero el corazón se sentía satisfecho.

Salí levitando del edificio. Me subí las solapas del abrigo, me levanté el cabello con la pluma que me había puesto Mateo en las manos la tarde anterior. El vaho parecía escribir mi nombre y con eso recordé: la muerte. Nerviosa y frenética, busqué mi celular en los bolsillos. Veinticinco llamadas perdidas, ocho notas de voz. Todas de Mich. Lo había destrozado todo otra vez.

◆ ◆ ◆

10

LA ÚLTIMA BALA

No, no te voy a dejar pasar —digo segura de mi misma. —¿Tienes frío? —me responde el diablo detrás de la puerta, salivando. En un estire y afloje comienzan las preguntas me juego la vida en un puto diálogo. Nada de qué preocuparse.

—Sí, la neta es que me cago de frío. El piso está tan pinche helado que ya no siento las plantas de mis pies. —Revisa que no hayan dejado una bolsa de plástico con tu ropa y tus pertenencias. ¿Llevabas el abrigo rojo? —Creo que sí. ¿Está bien si me levanto del piso para buscar?

—Sí, no me voy a mover de aquí. Espero a que regreses.

Puta, qué caballeroso. No pienses pendejadas Julia. Dijiste que jugarías y ahora te chingas y juegas.

Cómo no se me ocurrió abrir el pinche clóset. ¿Para qué? ¿Qué planeabas encontrar? ¿Una puta ametralladora? El diablo tiene razón, las enfermeras dejaron una bolsa con mis cosas. ¿Ves? No te lo imaginaste, sí traías la camiseta de Pearl Jam, pero ya no sirve para pinches nada, está completamente tasajeada. De mis pantalones ni hablamos, ni siquiera se tomaron la molestia de guardarlos. Pero sí, mi abrigo rojo está aquí. Mejor esto que nada.

Mírate, Julia. Eres una patética figura, un fantasma. Una *morra* vestida con bata de hospital, puteada hasta el último músculo, con la piel deshecha, descalza; pero eso sí, con un abrigo rojo de lana europea. No eres una mujer, eres solo una alma hambrienta.

—¿Mejor?

—No.Quiero irme de aquí. Déjame.

—El problema es que deseas quedarte. Y yo necesito devorar tu

corazón.

Recuerdo lo despacio que colgué mi abrigo esa mañana al entrar a casa. El silencio era casi absoluto, de no ser por los murmullos que venían de la cocina. Mich y papá hablaban entre ellos, ambos en tono serio con preocupación. Temí lo peor, así que sin importarme nada los interrumpí.

—¿Quién se murió? —entiendo que aquella pregunta les haya podido parecer sarcástica, pero estaba llena de sinceridad.

—Inténtalo, Michelle, por favor —escuché a mi papá susurrarle con firmeza a mi hermana.

—¿Intentar qué? —volví a interrumpir como una malcriada.

Mi papá le dio un beso a mi hermana. Luego se acercó a mí y me abrazó. Asegurándose de que estuviera viva y respirando.

—Lo único que importa es que ya estás en casa. La próxima vez solo contesta tu celular, ¿vale? —miró de nuevo a mi hermana y salió de la cocina para darnos espacio, y vaya que lo necesitábamos. De pronto éramos como dos gigantescas fieras acuáticas que estaban rodeándose la una a la otra para ver quién daba el primer putazo.

Mich me daba la espalda, fingía estar preparando café o té. Yo me acerqué a la barra de la cocina, sin saber exactamente qué decir, pero lista para defenderme y mentir lo que hiciera falta para que me dejara en paz. Pero cuando mi hermana se volvió para encararme, me di cuenta de que había estado llorando. Sus ojos hinchados delataban que era muy probable que lo hubiera hecho por horas. Me sentí la persona más mierda del mundo.

—Ven. Tomemos café. Hace mucho frío —me dio una de las tazas y nos sentamos en la mesa de la cocina.

Esa cocina daba al jardín, ambas nos clavamos en el pasto, en el viento, en los pájaros resguardados del frío en el limonero de la esquina. El silencio era brutal, así que le mentí —Mich, lo siento. Se acabó la pila del cel y no me di cuenta de la hora. Pero no vas a creer con quién estuve. ¡Mario regresó! Me topé con él en una cafetería cerca del consultorio de Saúl, está recién casado. Se casó el muy cabrón, ¿puedes creerlo? —Mi hermana no dejaba de mirar el jardín y de darle sorbos a su taza de café –Estuve con él y su esposa toda la noche, ya sabes, para ponernos al día.

Pensé que lo había hecho bien, que la mentira se colaría entre las fibras espesas de aquel silencio y de a poco lo disolvería, pero estaba tan lejos de ello. Mich puso sobre la mesa un bonche de hojas de papel y un puñado de pastillas empolvadas. Eran las cartas y mis medicinas sin tomar. Jamás me había dolido tanto que me cayeran en una mentira. Sentí vergüenza, me sentí pegajosa. Así que una vez más, en defensa propia, me emputé con mi hermana y salí a matar.

—¡Qué chingados! ¿Agarraste mis cosas? Mich, esto está muy cabrón, incluso para ti —le dije casi a gritos y tomé mis cartas de la mesa.
Estaba preparada para recibir la putiza de mi hermana, seguro

que ella acabaría conmigo, pero yo no me iría de allí sin dar una buena pelea. Pero no sucedió.

—No sabía dónde buscarte, Jul. Le llamé a Ezra, a la familia de Úrsula y como no tienes más amigos que yo conozca, me volví loca, —Mich le dio un sorbo a su café —mi papá mencionó que te había dado el diario de mamá y pensé que si podía encontrarlo quizá podría adivinar dónde estabas o con quién. Así que, sí, volteé tu cuarto —dio una pausa y con mucho esfuerzo me miró a los ojos. No pude sostenerle la mirada. —Acostarte con tu terapeuta es cosa tuya. Pero esconder tus medicinas, eso ya es de locos.

Si me hubiera dejado interrumpirla, le hubiera dicho que no tenía por qué meterse en mi vida, que estaba harta de que me controlara la vida, que por más que ella quisiera, jamás sería mi mamá; sin embargo, no me dejó.

—¿Julia, sabías que mi mamá tenía la misma edad que tú cuando murió? —a Mich se le quebró la voz, pero inmediatamente volvió a su compostura. —¿No lo recuerdas?

Mich me había golpeado con el martillo más duro que tenía y me había reventado la cabeza. Yo no podía hablar, no podía pensar; me tenía en el piso con su pie en mi garganta. Ella se dio cuenta y bajó su fuerza y su intensidad. Verme con una expresión tan triste le provocó dolor.

—Lo único que he querido siempre es que vivas, Jul. Pero por más que yo quiera mantenerte respirando si tú no quieres hacerlo, entonces... eso es algo que yo no puedo hacer por ti. No puedo obligarte a que quieras estar bien —mi hermana dejó de mirarme y volvió a clavar su mirada en el jardín, esta vez no pudo contener las lágrimas y por primera vez en años vi a mi hermana llorar. Esa mañana de invierno descubrí que no era la única de esa casa que vivía con un picahielo clavado en la boca del estómago.

—Eres mi hermana pequeña y mi deber es cuidarte, protegerte, pero no me pienso quedar a ver cómo tú solita te haces daño, no puedo. Esta es la última vez, Julia. No más —Mich se limpió las lágrimas. Se levantó de la mesa y al pasar a mi lado me dio un beso en la cabeza. —La próxima solo manda un mensaje, no lo hagas por mí, hazlo por papá.

Y así como un viento helado que se cuela por tu casa y desaparece en un rincón, Mich decidió salir de mi vida, ya no actuar en ella, se resignó a ser espectadora de una muy mala película de esas que sabes que acaban muy mal.

La casa se mantuvo en silencio todo el día. Aunque mi papá estuviera en su estudio y Mich en la cocina y en la sala. Era como si viviéramos en tres dimensiones distintas; al parecer esa era la nueva normalidad, cada quien en su rincón del mundo, sin esperar visitas ni alianzas ni familia. Era insoportable. Huí.

Me salí de casa con la única intención de olvidar cada palabra, cada sentimiento y cada lágrima que había corrido aquella mañana. No tenía idea de a dónde ir. Mich tenía razón, ya no tenía amigos ni refugios, nada, así que seguí el hilo de la costumbre y terminé en el bar donde Mario había trabajado por años. Me quedé paralizada en la entrada, estaba a un latido de desear al diablo cuando escuché una voz detrás de mí.

—¡Eh, Julia! ¿Qué haces aquí? —bendita la normalidad, era Ezra, con un grupo de amigos. —Pensé que jamás venías a este bar, siempre me dijiste que lo odiabas –lo veía y no podía creer

lo fácil que era. Le sonreí y nos abrazamos.
El tipo ni siquiera estaba enojado conmigo por dejarlo colgado, botado en medio de un parque. Claro, porque la gente normal no se engancha con una novia que apenas conocía por seis meses y no anda guardando resentimientos absurdos, Julia. Las personas normales están tan llenas de sorpresas.

Entramos juntos al bar. Me dediqué a calcar mis pasos de cuando era una *morra* de diecinueve años. Cacé todas las trampas para no existir que me fueron posibles, música, tragos, risas, baile. Entendí por qué un tipo normal como Ezra se fijaría en una morra loca como yo. Por qué la locura, con las palabras y momentos correctos, se confunden por magia. Ante los ojos de Ezra, yo era un fuego fatuo que se dedicaba a brillar; él no sabía para qué servía, solo entendía que quería tenerme cerca, encerrada en una cajita de cristal para que nunca me rompiera. Pero ese es el truco escondido de las personas como yo, que ya venimos rotas desde que nacemos.

Mi versión nocturna era extremadamente divertida, liviana, los tenía a todos encantados, los hice sentir como si aquella noche fuera la última de nuestras vidas y por ello debíamos bebernos hasta la última gota de existencia que nos quedara en la respiración.

—¡Estás loca, Julia! ¡Me encantas! ¡Te amo! —me gritó Ezra al oído, mientras barríamos la pista. Entre brincos se nos acabó el aliento al cantar ***You only live once*** **de los** ***Strokes***** a todo pinche corazón. Le sonreí y me subí a sus brazos como monito de feria y lo besé. Me olvidé por un instante de Mario, de Mich, de las medicinas no consumidas, del diablo, sobre todo de mí y eso por un par de canciones funcionó. Ezra y yo acabamos encerrados en el baño del bar, nos besamos hasta cansarnos., consumando todo lo que se pudiera consumar.

**"You Only Live Once", de la banda de rock estadounidense The Strokes, es la pista de apertura de su tercer álbum de estudio, First Impressions of Earth (2005).*



—Cómo te extrañé, Pequeñita —y ahí es donde todo valió madre, porque ese trago de amarga normalidad me dio vuelta al estómago y metí freno mano.

—Espera, tengo náuseas —salí del baño corriendo.

Las luces y la música se convirtieron en explosiones que me dejaban sorda, todo me aturdía. No podía respirar. Salí a la calle. Ezra detrás de mí con mis cosas, una vez más me persiguió sin que yo escuchara una palabra de lo que decía. Por costumbre o por inercia me detuve en la misma banqueta en la que años atrás Arti y yo habíamos terminado tomadas de la mano esperando un Uber. Recuerdo perfecto tratar de meter aire a mis pulmones y fijar la mirada en el Oxxo; debajo de uno de los focos de la entrada, como una estatua de sal, estaba Saúl, mirándome. No había expresión en él, no se le veía intención alguna. Solo estaba ahí, viendo cómo me deshacía en vómito.

—¿Julia, estás bien? ¿Necesitas que vayamos al hospital o algo así? ¿Le llamo a alguien? —preguntó Ezra torpe e ignorante de todo.

Es verdad lo que decía Ursie con respecto a cómo la interpretación que le damos a las cosas, moldea nuestra experiencia. Porque cuando vi al diablo de lejos, me asusté, sentí que el amor de mi vida me había descubierto poniéndole los cuernos con cualquier tipo de turno. Bajé la cabeza para intentar jalar aire y cuando volví a levantar la mirada se brotaron mil alarmas estridentes en mi pecho, porque Saúl ya no estaba.
¿Me había dejado? ¿Se había ofendido? ¿Lo había sacado de mi vida? ¡Ojalá! No mames que hubiera sido así de fácil. Pero no está en la naturaleza del diablo ser celoso, porque al diablo no se le roba nada, nunca.

De todas formas me sentí morir, todo me daba vueltas y sentía que estaba a punto de desaparecer. Y es que algo que también tiene esta pinche condición es que es escandalosa, perturbadora a la vista de los mortales, como un golpe en la cabeza que estalla en chorros de sangre. El ataque de ansiedad puede producir en las *personas normales* pánico absoluto y Ezra estaba hundido en él.

—Jul, Julia, por favor dime qué hacer. A la chingada te voy a llevar al hospital. No te preocupes. Quiso tomarme en brazos para llevarme a su auto y yo me negué con fuerza.

—No, llama a mi hermana. Por favor.

En chinga, Ezra sacó su celular y marcó. Antes de que él pudiera decir una palabra le arrebaté el teléfono.

—Mich, ven por mí. Creo que me voy a morir.

—¿Dónde estás? —preguntó Mich sólida como una puta montaña.

—En el bar de Mario.

—En cinco minutos estoy allí. Pásame a Ezra.

Esas palabras me dieron alivio casi absoluto y entonces mi cuerpo ya no tenía pretextos para reprimir nada. Los efectos secundarios de cada trago de alcohol consumido se me fueron a la cabeza y decidí que era buena idea desparramarme en la banqueta a esperar. Ezra como pudo me levantó y me mantuvo en su hombro —Respira Julia, respira.

Ezra no tenía idea de lo que estaba diciendo, pero esas palabras eran parte de las instrucciones que Mich le había dictado explícitamente por teléfono. Me tenía sin cuidado; saber que mi hermana estaba a dos segundos de llegar, me liberaba de cualquier responsabilidad de mantenerme viva, porque estaba segura de que ella lo haría por mí.

—¡Julia! —olí el perfume de mi mamá en las manos de mi hermana y fue como si de pronto tuviera una mascarilla de oxígeno. — Venga, vámonos a casa.
Torpemente, Ezra me subió al auto de mi hermana y una vez más desaparecí de su vida sin explicación alguna.

—Mich, perdóname. No me dejes. Todo el mundo me deja. Soy una mugre de ser humano, ya lo sé. Me tendría que morir. Perdóname —le dije perdida de borracha en lo que ella manejaba con rapidez a casa.

—No hables, Julia. Aquí estoy, no me voy a ir a ninguna parte. Solo por favor respira.

Yo no estaba consciente, pero sabía que mi hermana me decía cada palabra con lágrimas en los ojos. Le hice caso y guardé silencio. Bajé la ventana del auto e intenté respirar todo el aire nocturno que podía. El auto se frenó de pronto. Mi hermana se volvió hacia mí:

—Jul, tengo que comprar algunas cosas en la farmacia para poder estabilizarte. No me tardo, ¿vale? Te quiero, hermanita. Tú sigue respirando que en dos segundos estamos en casa y esto se pasa —confié en mi hermana mayor y seguí respirando. Ver. Escuchar. Oler. Degustar. Sentir.

Recuerdo escuchar la voz clara y contundente de mi hermana, en el mostrador de la farmacia, que pedía una lista de medicamentos. Escucho todavía el ritmo de sus pasos presurosos al auto. Recuerdo una imagen borrosa de mi hermana recargándose en la ventana del auto para acariciarme la cara y darme un beso. Recuerdo el olor a miedo de Mich cuando un par de tipos se acercaron a nosotras. —¡El auto, reina, o te carga la chingada! ¡Ándale, rapidito, que no queremos desmadres!

Recuerdo sentir el cuerpo de mi hermana cubrir por completo la ventana en donde yo estaba recargada. Escuché el sonido del celular de mi hermana al caer en el piso. —No, cabrón. Ten, ahí está mi celular, mi bolsa. Todo lo que traigo, pero el auto no me lo tocas. Anda, llégale a la chingada.

Recuerdo querer salir de mi borrachez, aferrarme al abrigo de mi hermana, queriendo intercambiar lugar con ella. Tengo la imagen del tipo asqueroso con una pistola en su mano temblorosa. Escucho insultos, forcejeos. ¡PUM! El olor a pólvora y carne quemada me llega hasta el estómago. El abrigo de Mich volviéndose pesado porque su cuerpo yacía en el puto pavimento. Recuerdo bajarme gritando histérica a todo pulmón. Abrazar a mi hermana para que no desfallezca.

Sangre, sangre por todos lados. Las rodillas se me resbalaban y no tenía fuerzas para sostenerla. Recuerdo el sabor de la mezcla de mis lágrimas con la sangre de mi hermana, mientras pegaba mi cabeza a su pecho para escuchar su corazón. Recuerdo escuchar en el tono más bajo sus latidos al ritmo de ***Hurt* interpretada por *Johnny Cash***.*

**Hurt, de la banda estadounidense de rock industrial Nine Inch Nails, fue interpretada en 2002 por Johnny Cash, con un gran éxito comercial y de la crítica.*



La vida de Mich se me escurría de entre las manos, entonces hice lo único que al parecer podía hacer bien, desear. Deseé con todas mis fuerzas ser una versión de mí misma que pudiera salvarle la vida a mi hermana. Deseé al diablo y puse en la mesa mi corazón. *"Devóratelo, cabrón, pero te suplico dame fuerzas"*, pensé. En un microsegundo el diablo estaba a mi lado. Me arrebató a mi hermana de mis brazos y la acostó en el suelo. Comenzó a darle respiración de primeros auxilios, pero no dejaba de mirarme. Recuerdo al diablo con su boca llena de la sangre de mi hermana, sonriéndome. La noche que mi hermana dejó de hablar, ese fue el verdadero momento cuando el diablo, hijo de puta, me ganó la partida. Jaque mate.

Las ambulancias, las patrullas y los curiosos atiborraron el lugar, pero yo estaba clavada en un solo sitio, tomada de la mano de mi hermana que terca se negaba a morir. Saúl se encargó de todo. De hablar con los paramédicos, de embrujar a los oficiales y de llamarle a mi papá para decirle a qué hospital nos dirigíamos. Perdóname, Mich. Pero es que tenías que haber cumplido tu palabra y dejar que me hundiera por completo. Perdóname por no ser una hermana pequeña normal.

Cuando entramos por urgencias y me separaron de mi hermana, mi cuerpo seguía en shock; aun así, mi mente estaba lúcida y era un puto desastre, era un grito que no estaba dispuesto a callarse. Sin embargo, por fuera lo único que las personas veían, era una *morra* con la ropa llena de sangre y vómito, en la silla de urgencias del hospital.

—Julia, ¿cierto? —una enfermera se acercó a mí, despacio me examinó las pupilas —¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Te duele algo?

"Me duele la puta vida. Arránquemela, por favor", pensé.

—Me parece que estás deshidratada. Te daremos una camilla para pasarte suero y checar que todo esté bien —no me negué, era una muñeca de trapo, fácil de llevar, poner o quitar.

Apenas me percaté de que la cortina que cubría mi camilla de pronto se abría. Sentí una ola de calor, era el abrazo de mi papá y me aferré a su pecho. Sentí sus manos frías y temblorosas tocarme la cara. Escuchaba su voz seria de padre preguntar a las enfermeras, hablar con los médicos. Lo vi de lejos, mientras hablaba con Saúl y por los gestos de mi papá entendía que le estaba agradeciendo. ¡Agradecido de qué, puta madre! ¡No, papá! ¡Mándalo a la chingada! ¡No le creas una sola palabra!

—Jul. Hijita, tengo que ir a hablar con los médicos que están atendiendo a tu hermana. Saúl se quedará contigo. No te quedas solita. Yo vuelvo en un instante.

"No papá, no te vayas", le supliqué en mi mente.

—Sí, papá. Aquí me quedo —le dije asustada, pero pretendí que era un adulto funcional que entendía lo que había que hacer en una situación como esa. Mi papá se alejó de mí y yo me quedé sola con el diablo.

—Dime que mi hermana no se va a morir —le supliqué a al diablo, mientras hundía mi cara dentro de su abrigo.

—No pienses en eso. Lo que importa ahora es que estamos juntos —me dijo Saúl, mientras me acariciaba la espalda y me daba besos en las manos frías.

—¿Mi hermana se va a morir porque tú y yo cogimos? —le disparé al diablo ya sin filtro, con toda la intención de herirlo, si es que eso era posible.

Saúl, sin dejar de besarme con ternura las manos, suspiró y me vio a los ojos. —Jul, la muerte de Sadie fue muy poderosa. Nos regaló mucho tiempo para existir, juntos. Ese tiempo no se ha terminado todavía. Este accidente, si acaso, es una condición que me permite estar más cerca de ti y aliviar tu dolor, nada más —su aliento me era tan antojable, su aliento era agua y yo estaba muerta de sed.

—Doctor Del Bosque, —mi papá con toda intención interrumpió crudamente nuestra cadena de intensos besos y caricias —necesito hablar con mi hija, ¿nos das un momento, por favor? —ese «por favor» era una orden que el diablo acató como si de verdad fuera un buen soldado. Saúl me guiñó un ojo y se fue a la máquina de café.

—Julia, hija. Yo sé que esto es muy duro, pero necesito que estés serena y que mantengas el carácter.— mi papá jamás me había hablado en ese tono ni con esas palabras. Su voz era dominante y seria. Asentí con la cabeza y pretendí que era fuerte, que podía con lo que él me estaba exigiendo. —A tu hermana le dieron un balazo en la cabeza. La bala se quedó dentro de su cerebro. Por ahora, lo mejor que pueden hacer los médicos es mantenerla en un coma inducido y esperar a que la inflamación de su cerebro baje para poder evaluar si le retiran la bala o no. Tendremos que esperar.

Al instante rompí la promesa que tácitamente le había hecho a mi papá palabras antes y me eché a llorar. Él me cachó en sus brazos, me mantuvo en ellos el tiempo necesario; durante minutos que parecieron años, mi papá fue solo mi papá y eso era lo único que yo necesitaba.

Esto es una puta pesadilla. Yo hablando con el diablo a través de una puerta, sentada sobre baldosas heladas, vestida solo con una bata de hospital y un abrigo manchado de sangre y humo. Deseo acabar con esto de una puta vez. Cómo chingados hago para que de una vez me dejes en paz. ¿Me tengo que morir?

—¿Deseas morirte? —me pregunta el diablo en un tono que descubro ya tan desesperado como el mío.

Al parecer la salida solo es por ahí. La última bala es esa, ¿cierto? Decidir si me quiero morir o no.

◆ ◆ ◆

11
NAVIDAD, BLANCA NAVIDAD

Mi papá y yo nos pasamos la noche abrazados el uno al otro, en aquel hospital. Vimos a las personas ir y venir; desgarrarse en dolor por malas noticias o explotar de felicidad por noticias buenas. Saúl se quedó vigilándome como una gárgola. Atento a cualquier oportunidad, cualquier espacio que dejará mi papá para que él pudiera entrar, pero el ingeniero Álvarez, tan chingón como era, no lo dejó acercarse ni un solo centímetro. Fue irónico porque justo a las 3:10 de la madrugada mi papá se levantó para decirle —Doctor Del Bosque, mil gracias por estar al pendiente. Por favor, vaya a descansar. Nosotros no nos moveremos de aquí y Julia está bien conmigo, estoy seguro de que cualquier novedad ella le mantendrá al tanto.

Una vez más ese «por favor», fue certero y el diablo desapareció.

Estaba hecha mierda, pero ver a el diablo salir por la puerta me hizo respirar profundo y sentirme un poco más liviana. Mi papá no dejó de acariciarme el cabello y las manos, sin hablar, solo tarareaba ***Into your arms*** **de** ***Nick Cave and The Bad Seeds****.

** "Into My Arms", escrita por Nick Cave, fue el primer sencillo del décimo álbum de estudio de Nick Cave and the Bad Seeds, The Boatman's Call en 1997.*



Lo que había sucedido era horrible, pero lo que me hizo sentir mi papá, a través de su amor incondicional hacia su familia, sus hijas, me cubrió por completo con una manta calientita y nada ni nadie ni siquiera el puto diablo podía entrar.

Hacia las ocho de la mañana el doctor de Mich se acercó a nosotros —¿Familiares de Michelle Aurora Álvarez?

Era nuestro turno de desgarrarnos o de explotar. Mi papá me tomó de la mano y sereno se levantó para recibir lo que sea que el médico tenía que decir.

—El estado de su hija sigue siendo complicado. La bala está alojada en un lugar crítico. La buena noticia es que la inflamación va cediendo. Tendremos que esperar y seguir observando. Por ahora, su estado sigue siendo crítico, pero me tiene calmado el hecho de que su cuerpo esté respondiendo a los medicamentos y tengamos actividad cerebral —el médico nos hizo un gesto de confianza.

—¿La podemos ver? —pregunté ansiosa.

—En un momento una enfermera vendrá por ustedes para indicarles el cuarto —mi papá y yo nos miramos y nos abrazamos. —Ves. Michelle es muy fuerte. Estoy seguro de que todo saldrá como debe ser —escondí mi cara y mis lágrimas en la camisa de mi papá y sonreí. El sol por fin atravesaba los ventanales de la sala de espera y la noche se desvanecía para dar paso al amanecer.

Esperamos pacientes veinte minutos a que la enfermera fuera por nosotros, la seguimos al piso de terapia intensiva y allí en el cuarto 504 entramos como a una cueva encantada. El silencio se disfrazaba con los sonidos de los aparatos, que mantenían a mi hermana con vida. Mich estaba recostada con tubos por todas partes y la cabeza vendada por completo, su ojo izquierdo estaba completamente morado e hinchado Fue como encontrarse a un dios todopoderoso minimizado a un simple mortal. Me cagué de miedo, ¿si alguien tan cabrón como mi hermana podía acabar así, entonces qué sería de mí, un ser tan minúsculo que es terriblemente fácil de borrar?

Mi papá inmediatamente se acercó a ella y escurría ternura por todo su ser, le besó la frente y le acarició su mano. —Estábamos muy preocupados por ti, pero aquí estamos, hija. Tu hermana y yo. Es lo único que importa, que estemos juntos. Yo te cuido el sueño.

El ingeniero Álvarez acercó la única silla al lado de la cama y se sentó, de ser necesario, se sentaría para siempre en lo que su hija mayor estuviera lista para despertar. Yo no me atreví a tocarla. Me sentía maldecida y no quería que ni una pizca de mi ser pegajoso se acercara a ella. No le haría eso. No más.

Yo también estaba dispuesta a quedarme allí parada para siempre, pero la enfermera entró diez minutos después y nos sacó de la habitación. Cuando salimos mi papá se besó la mano y después la puso sobre la puerta, como una bendición poderosa para la cueva encantada, que protegía la vida de su hija y yo lo hice también.

—Okay. Bueno. Tendremos que ir a cambiarnos de ropa. Hacer una maletita con cosas que necesitemos, para poder estar cerca de tu hermana. Venga, vámonos a casa.

No sé cómo, pero mi papá logró que todo aquello sonará como un viaje de aventura. Fácil, sencillo, esperanzador y lleno de luz. En el camino de regreso a casa no hablamos. Yo miraba a mi papá y no podía descifrar qué podría estar pasando por su cabeza. Solo lo escuchaba respirar, por momentos muy profundo y por otros instantes muy sutil. Pero de lo que sí tuve consciencia era de mí. Me miré las piernas y las vi llenas de sangre seca. Mis tenis eran un desastre de suciedad. Mi vestido roto de los costados y mis uñas llenas de mugre, como si hubiera cambiado una llanta en la mitad de un pinche pantano, y mi cara deshecha, desdibujada por las lágrimas, el alcohol, la culpa y la puta tristeza.

Llegamos a casa y lo primero que hice fue meterme a la regadera, con todo y ropa, porque no podía más y al sentir el agua caliente sobre mi espalda se desató un mar de lágrimas contenido. Recuerdo escuchar a mi papá abrir el cancel y así, en silencio y con lo puesto, se metió a la regadera conmigo. Me abrazó y juntos, dejamos que el dolor que ambos sentíamos se fuera por la coladera. No era la primera vez que mi papá se sentaba bajo el agua con una mujer que amaba con todo su ser, ojalá ambos nos hubiéramos percatado de que esa sería la última.

Cuando estuve lista, mi papá me ayudó a levantarme y me besó la frente.

—Anda, date un baño. Tira toda la ropa que traes a la basura y nos regresamos al hospital a

estar con tu hermana —mi papá salió del baño y como cuando tenía ocho años lo obedecí al pie de la letra.

Los siguientes días fueron de una rutina extraña, pero que a la vez se sentía ordenada, correcta. Llegábamos muy temprano al hospital, para escuchar el parte médico de la primera ronda de la mañana. Después bajábamos a la cafetería a desayunar. Mi papá ya se conocía a todas las enfermeras y era el consentido de los médicos. Por la tarde, caminábamos por todos los jardines del hospital y aunque lo odiaba, mi papá me acompañaba a fumar, solo un cigarro, ese era el trato y funcionaba.

Por la noche, nos despedíamos de Mich, papá hablaba unos cinco minutos con el médico y de regreso a casa.

El camino en el auto, por alguna extraña razón era feliz, mi papá y yo armamos una *playlist «Mich 4ever»,* la nombramos y nos reíamos, cantábamos juntos o simplemente dejábamos que los kilómetros y las canciones guiarán el camino.

Llegábamos a casa; mientras yo me daba un baño, mi papá me preparaba de merendar y cuando él salía de bañarse, yo ya estaba en la cama con el noticiero puesto y me quedaba dormida escuchando la música infinita del corazón del ingeniero Álvarez.

—Señor, Álvarez. Ya podemos hablar de cirugía. Como puede ver aquí, la bala en la cabeza de su hija se partió en dos partes. Una más grande que la otra. Podemos extraer el pedazo más grande, pero el pequeño está muy cercano al tallo cerebral, cerca de los centros vitales de la respiración. Si intentamos removerla podríamos causar algún daño permanente. Mi consejo es que se remueva solo el grande. Hay casos documentados de personas, que a pesar de tener objetos suspendidos en ciertas zonas del cerebro, llegan a tener una larga calidad de vida. Una vez más, después de la operación tendremos que esperar a que el cuerpo de Michelle responda —el médico le dio la mano a mi papá y se fue con su equipo de residentes detrás de él.

Es chistoso cómo los médicos te hablan lo más para ***dummies**** posible, y, aun así, hay cosas que no llegas a comprender. Cuando te hablan de la vida de alguien que amas, el lenguaje no es suficiente. Yo me tuve que sentar, cerrar los ojos y repasar una vez más en la cabeza todo lo que había dicho el médico. Lo tuve que poner en mi mente, como si fuera una película e incluso no tenía claro si lo que nos habían dicho era bueno o no.

**Para tontos.*

—No entiendo, papá, entonces ¿Mich estará bien o no? —mi papá me miró ya sin ideas para hacerme sentir segura, porque para él era igual de confuso y doloroso.

—Me parece que lo que el médico nos quiso decir es que tu hermana tiene una oportunidad y que eso está bien —mi papá tragó saliva, respiró profundo y de nuevo volvió a su carácter de papá invencible, me sonrió. —Sí, es bueno. Tu hermana tiene una oportunidad de salir de aquí y si alguien puede pasar un examen es ella. ¿Sabías que nunca reprobó un examen en su vida? —se echó a reír y yo, sin entender por completo el chiste, me reí también, porque entendí que eso era lo que había que hacer.

Operaron a mi hermana el veinticuatro de diciembre. Ese día fue cómo vivir dentro de un cuadro pintado por Dalí. Surrealista. El hospital estaba decorado de puertas a techo de Navidad. Un

árbol enorme adornaba el recibidor. Veías a las personas entrar a los cuartos con regalos o con ridículos gorros de Navidad. Repartieron en todas las salas de espera folletos con los horarios de las misas que se realizarían en la capilla. Y de pronto, estábamos mi papá y yo allí, en medio de todo eso, conscientes de que entrábamos a una arena donde el médico de mi hermana y la muerte pelearían por la vida de Mich. Sería una pelea sin apuestas ni análisis de probabilidades, como dijo mi papá, nosotros solo teníamos que esperar.

La espera para personas rotas como yo, es una puta tortura. La expectativa es como una picadura de mosquito en la planta del pie. La comezón es insoportable. No quería que mi papá lo notara, intentaba respirar profundo, pero comenzaron a darme náuseas. Me levanté y corrí al baño.

—¿Señorita Julia? —era Normita, una de las enfermeras de turno que nos había agarrado mucho cariño; chaparrita, gordita, con chapas en las mejillas y siempre sonreía. Talentosa y sabia diría yo.

—Hola, Nor... —no pude terminar el saludo porque mi estómago no estaba listo para cooperar.

—Señorita Julia. Déjeme pasar para ayudarla.

Como pude levanté el seguro de la puerta y Normita entró a rescatarme. Me detuvo el cabello y me puso su mano en la frente, mientras vaciaba todo mi interior en la taza del baño.

— Ya, ya pasó. ¿Ahora por qué se puso malita? ¿Qué comió? —Nada, no he comido na... — y otra vez vómito.

—Hoy operan a su hermana, ¿cierto? —asentí con la cabeza.

—Ay, señorita, pues es por eso, son puros nervios. Tranquila que aquí me quedo con usted hasta que se le pase.

Por fin mi estómago paró. Normita me ayudó a levantarme del piso y me agarró fuerte, para que pudiera llegar al lavabo y enjuagarme la boca. Salí del baño agarrada fuerte de su brazo, porque mi cabeza todavía se sentía mareada. A lo lejos, sentado en la sala de espera, vi a mi papá. Con la cabeza entre las manos, moviendo su pierna izquierda de arriba hacia abajo. Se le veía destruido.

—Por favor, Normita, no le diga nada a mi papá, él no necesita preocuparse de más.

Normita me sonrió, hizo un ademán de cerrarse la boca con llave —Pero deja te doy unas mentitas y un par de antiácidos, que seguro que así se te va pasando de a poquito —le agradecí devolviéndole la sonrisa.

Tenía que prepararme para mentir, lo mejor que pudiera, porque mi papá lo necesitaba, no dejaría que me viera mal, preocupada o ansiosa, así que respiré y pensando en mi hermana, puse de lado cualquier falencia mía y me senté a su lado, con toda la fuerza que podía aparetar.

—Esperemos entonces —le dije a mi papá y nos tomamos de la mano.

Nos habían explicado que sería una operación larga y compleja.

Por lo menos unas siete horas. *“**¿Cómo chingados vamos a sobrevivir siete putas horas?”***, pensé. Pero me mantuve en papel y sostuve a mi papá el tiempo que a él le hiciera falta. Esas ocho horas me las pasé escuchando en loop la playlist de «Mich 4ever». Ese veinticuatro de diciembre, mientras un puñado de médicos luchaban contra la muerte para traer a mi hermana de regreso, las canciones nos dieron calma y vistieron cada segundo que pasamos en ese hospital. Todo se movía a ritmo: las enfermeras; los doctores; el elevador; las computadoras en la recepción; las ambulancias que iban y venían; las luces de colores del árbol de Navidad; los movimientos de mi papá por la sala de espera; Normita sentada conmigo en su descanso para hacerme compañía; yo concentrada en las notas musicales, en la letra, esforzándome todo lo posible por guardar el *cool* y cachar todas las miradas de mi papá para sonreírle y asegurarle de que estaba bien.

—Señor Álvarez, hemos removido el pedazo de bala con éxito. Nos hemos encontrado unos fragmentos más de bala microscópicos, hemos limpiado la zona todo lo posible. El cerebro de Michelle presentó una leve inflamación a causa de la operación. Pero, hasta ahora, no hay nada que indique que su estado de mejoría no siga avanzando. Una vez más, tendremos que esperar a que su cuerpo sane y podamos despertarla del coma inducido y pueda respirar por ella misma. Ese será el siguiente paso importante. Por el momento su hija ya podrá bajar a piso, salir de terapia intensiva y podrán estar con ella el tiempo que ustedes deseen, en horario de visitas claro. Ah, y uno de ustedes se podrá quedar con ella por la noche.

El suspiro de alivio que dio mi papá se sintió en todo el hospital, se dio la mano con los médicos y me abrazó. El ingeniero Álvarez se reía y lloraba al mismo tiempo. Esa Nochebuena, sin duda, teníamos cosas que celebrar.

Normita nos llevó al cuarto de mi hermana. El ritmo del silencio lo seguía llevando el ruido de los aparatos, y aunque Mich estaba llena de tubos, su piel era un poco más rozada, sus brazos y su cara aún con moretones ya tenían más forma y su párpado se veía casi normal. La habitación era mucho más iluminada, había un sofá largo y un reposet, ambos de vinipiel blanco. Mi papá se acercó a Mich, una vez más, como si mi hermana fuera una diosa dormida y él un peregrino decidido a mostrarle toda su devoción, tomó su mano despacio, sin levantarla por completo de la cama, y se la puso en su mejilla.

El ingeniero Álvarez sonrió y comenzó a llorar, todo lo que no había podido llorar en días, lo soltó en la palma de su hija mayor. Yo lo vi todo, callada, desde la puerta.

—Todavía queda un poco de Navidad. Entonces, a ver, —mi papá sin pensarlo me dio las llaves de su auto —ve a casa, tráele a tu hermana todas su cremitas para sus manos y su cara, un par de pijamas calientes, calcetines, cosas de niña, su manta preferida es la azul —sacó de su cartera un par de billetes y una llave pequeñita. —También necesitamos unas cuantas decoraciones, y flores, nochebuenas y lilis blancas, que esas le gustan mucho. Esta es la llave del armario grande de mi estudio, allí hay una caja que dice «Navidad Familia Álvarez». Tráete esa también, no pesa mucho —me tomó de la mano y se me quedó viendo, dudaba si todo eso era una tarea que me podría confiar —¿Podrás con todo?

Me tomé un par de segundos para responder. ¿Podía hacerlo? No me había separado de mi papá en días, pero era parte del papel, así que reprimí cualquier miedo o gramo de ansiedad y le

dije —Claro, pa. Yo me encargo —le di un beso y otro a mi hermana y salí decidida a cumplir con todo lo que se esperaba de mí.

Me subí al auto de mi papá, un sedán de color gris. Ajusté el asiento, los espejos y el retrovisor. Puse el mapa en el GPS, conecté mi celular y puse la *playlist* de Mich. Antes de arrancar, justo cuando puse las manos en el volante, una mariposa blanca se se posó suavemente sobre mi mano izquierda. Me quedé helada. ***"No, no, no. Ni madres. Ahora no. ¡Vete!"***, pensé con fuerza, comprometida con el papel que estaba decidida a actuar.
La saqué con un par de manotazos y en chinga subí el vidrio, la muy maldita todavía se quedó revoloteando un par de segundos en la ventana. A la chingada, encendí el auto y me fui de allí.

Los treinta minutos que duró el trayecto me deshice la garganta cantando a todo pulmón cada canción que sonaba, no dejaría que nada me sacará de la misión que me había confiado mi papá. Así fuera lo último que hiciera en la vida.

Primero pasé a la papelería. Evitaría llegar a esa casa sola lo más que pudiera. Elegí los adornos de Navidad más cursis, porque sabía que si Mich se despertaba las odiaría; compré los típicos peluches de papelería: tres pingüinos esponjocitos con gorrito de Santa, uno para cada quien. Después, pasé a la florería y enloquecí un poco porque no solo compré las nochebuenas y las lilis, que me había pedido mi papá, sino que compré una canasta de tulipanes. También un arreglo de orquídeas, porque esas flores eran las preferidas de mi mamá y me pareció que si a alguien le gustaría estar en ese cuarto de hospital con nosotros sería a ella. Como pude lo metí todo en la cajuela y orgullosa de haber llegado hasta ahí, sonreí.

Me estacioné en la entrada de la casa. Me quedé en el auto, no estaba lista. Tenía miedo. Miedo a estar sola dentro de un lugar tan grande, una casa sin mi papá ni mi hermana, la última vez que había estado en esa situación, la que entonces era mi casa, ardía en llamas y destrucción. Pero tenía que cumplir, sería la primera promesa que le cumpliría a mi papá. ***"Es como la puta casa embrujada, Julia. Corres, en chinga tomas lo que necesitas. Y listo. No te paras, no ves, no gritas. Vamos"***, pensé. Me bajé del auto y entré con la intención de salir de allí lo más rápido posible.

Crucé la puerta y en efecto, aquel lugar ya no se sentía la casa de mi papá, era más como un portal a otra dimensión. Una donde Mich no me gritaba desde la cocina y mi papá no estaría dormido con el noticiero puesto, una dimensión sin ellos. Me dio escalofríos, se me erizaron los vellos de la nuca. Sin cerrar la puerta de la entrada, tomé la llavecita, que mi papá me había dado, y corrí a su estudio.

Era la primera vez que en realidad veía todas las cosas de mi papá. Muebles que en mi mente no existían, porque los daba por hecho, tomaron forma e importancia, porque solo me interesaba uno: el armario grande de madera al fondo a la derecha, que mi papá había heredado del abuelo. Como si todo el piso fuera lava, di zancadas para llegar lo más rápido hasta él. Una vez que lo tuve enfrente, suspiré de alivio. Tomé la llave y abrí una de las puertas.
El armario era lo suficientemente espacioso para que un par de cajas, un poco más grandes que una caja de zapatos, cupieran apiladas.

«Recuerdos de la universidad», «Papeles de la casa», «Fotos de las hijas», todas las cajas llevaban etiquetas. Abrí por supuesto esa última; fotos mías y de mi hermana de cuando éramos

niñas. Yo en mi graduación del kínder; en otra, mi papá bañaba a una Mich bebecita en el lavabo de la cocina; o ambas en el jardín una tarde de verano. Esas fotos eran hermosas. Las dejé en su lugar, eran los recuerdos de mi papá y yo me sentí incapaz de profanarlos.

La siguiente caja era la que buscaba «Navidad Familia Álvarez», la abrí y descubrí dentro de ella todos los adornos que mi hermana y yo le habíamos hecho a mi papá cuando éramos niñas.

La estrella de estambre que había tejido mi mamá, la Navidad del año en que nací. Sonreí satisfecha de haber encontrado el tesoro, cerré la caja, la saqué del armario y eso hubiera sido todo, pero no. Yo tenía razón, estaba maldita y la maldición me seguía a todas partes.

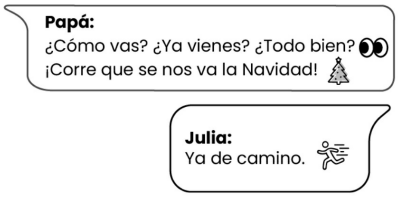
Antes de que pudiera cerrar el armario, dos mariposas blancas se colaron de quién sabe donde. Del infierno, Julia, de dónde más van a salir. Revolotearon entre las cajas de mi papá. Harta de sus mamadas, las espanté a manotazos. ***"¡Sálganse de aquí, pendejas, no se atrevan a tocar las cosas de mi papá!"***, pensé enojada. Pero eran unas cabronas y no se irían hasta que me hicieran caer. Sin reflexionarlo, fui sacando todas las cajas, así sería más fácil matar a las hijas de puta; el problema es que lo hice frenéticamente y en un movimiento torpe una de las cajas se cayó al piso. Sonó hueco, ***"puta madre ya rompí algo",*** pensé angustiada.

Esa sí era una caja de zapatos y el ruido seco fue porque tenía CDS dentro. Las mariposas revolotearon, sobre la caja, insistentes. Me agaché para mandarlas a la chingada y fijarme con qué me había endeudado. Los CDS llevaban la letra de mi papá, «Para Luna»; mi papá se los había regalado a mi mamá. Levanté la tapa de la caja de zapatos que tenía la etiqueta de «Luna y yo existiendo». Me había topado con el tesoro que no estaba buscando, pero que al parecer necesitaba encontrar.

La caja estaba llena de fotos de mi mamá. Recuerdos pequeños como cajas de cerillos, postales y una servilleta con la letra de una canción. ¿Tenía derecho a revisar aquellas cosas? No. Pero me valió madres y las inspeccioné una por una: cada foto, cada postal, cada caja de cerillos y cada boleto de entrada de concierto. Fue como viajar de polizón a través del tiempo.

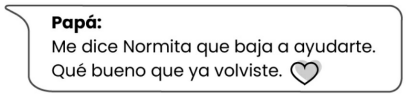
Conocí a mi mamá cuando se graduó. La pude ver casándose con mi papá. Abrazada a un perrito en el parque. La conocí embarazada de mí; veía por la ventana, sonreía con una mano en el vientre y con la otra jugaba con su collar. El collar que llevaba era igual al mío, la silueta de una mariposa; en un acto reflejo llevé los dedos a mi dije de mariposa y lo acaricié. Pude ver a mi mamá en cada uno de esos conciertos. La vi besándose con mi papá en medio de un grupo de personas. Conocí a mi mamá y a su diario, sí, el mismo que me había dado mi papá meses antes y que ahora cargaba en el abrigo a todos lados.

Era una tarde fría de invierno, pero en ese estudio, mientras conocía a mi mamá a través de todos aquellos recuerdos, la tierra se hizo verano y algo dentro de mí dejó de estar helado y comenzó a sentirse cálido, como en casa. Llegué al fondo de la caja. Lo único que quedaba por revisar eran unas hojas sueltas. De inmediato, me di cuenta de que aquellas hojas venían del diario que yo poseía. *"Las hojas arrancadas"*, pensé emocionada y las tomé como una ladrona experta, estaba a punto de leerlas, cuando vibró con fuerza mi celular.



Guardé la vida de mi mamá en esa caja de zapatos. Metí las hojas del diario en la bolsa de mi abrigo, acomodé de nuevo todas las cajas y, veloz, cerré la puerta con llave. Me aseguré de que todo se viera igual de cómo lo encontré y salí corriendo.

Puse la caja de Navidad en el asiento del copiloto y como una ridícula le puse el cinturón de seguridad. Arranqué el auto e inexplicablemente contenta me fui directo al hospital. Me estacioné y le mandé un mensaje a mi papá. Una foto de la cajuela llena de adornos y flores.



En menos de dos minutos vi a Normita salir corriendo del hospital con pasos chiquitos, pero decididos.

—¡Señorita Julia! Pero se trajo la Navidad entera. ¡Qué bárbaro! —Normita se llenó las manos de cosas.

—Si mi hermana despierta, quiero que se sienta como en casa —le contesté llena de esperanza y emoción.

Mich médicamente seguía en coma, pero en el corazón de mi papá y en el mío estaba más viva que nunca. Adornamos todo lo que se pudo de esa habitación, la llenamos de flores y de luces. Pusimos en una cadena de estambre rojo todos los adornos de la caja de mi papá y arriba de la cama, justo en el centro, la estrella tejida de mi mamá. Estábamos completos. Las enfermeras nos ayudaron a cambiar a mi hermana, en vez de la bata de hospital la vistieron con una pijama roja de tela polar con un reno en el pecho. Papá se puso la suya de color blanco con un oso polar y yo me vestí con una de color azul, que tenía la cara de un elfo de Santa. Nos tomamos una foto. Sí, una foto de Mich en coma, y cada uno le daba un beso en una mejilla. No se ve, puede que todo mundo diga que no es posible, pero estoy segura de que en esa foto mi hermana mayor salió sonriendo.

Por ser Navidad la administración del hospital, nos dio permiso especial para que me pudiera quedar en la noche. Mi papá se acostó en el reposet y yo me hice la cama en el sillón. Nos quedamos dormidos viendo películas de Navidad.

Esa noche tuve una pesadilla vívida y culera de a madres. Las puertas del elevador del hospital se abrían. Yo salía corriendo, buscaba ayuda. El hospital parecía estar vacío. Llegaba corriendo a la isla de las enfermeras y todas estaban dormidas, ninguna por más que les gritaba se despertaban. Veía a Normita recostada sobre una silla, la movía, le gritaba y nada sucedía. Entraba a la habitación de mi hermana y veía a mi papá profundamente dormido, corría a

despertarlo y él tampoco salía de su sueño. De pronto, a lo lejos se escuchaba un llanto. El pasillo se volvía kilométrico y el llanto era más intenso. Venía del fondo. Las lámparas parpadeaban y la luz se cortaba por momentos. Estaba cagada de miedo. Las manos me sudaban y el corazón se me salía del pecho. Casi que sentía que lo expulsaría por la garganta. Por fin, llegaba a la última puerta, el llanto se escuchaba detrás de ella. Era el llanto de mi mamá. Yo intentaba abrir, pero estaba cerrada con llave. Me ponía en cuclillas y me acercaba a la puerta.

—¿Mamá? —preguntaba bajito con una voz llena de miedo, el llanto de pronto cesaba. —No hay salida. Todo se acaba aquí. ¡Corre! —me decía mi mamá sollozando. De pronto se escuchaba un rugido estremecedor, mi mamá gritaba histérica, se escuchaban putazos y mordidas. Yo golpeaba la puerta con todas mis fuerzas, pero entre más fuerte golpeaba me daba cuenta de que me hacía chiquita, no de tamaño sino de edad. La voz me cambiaba, mi puño se volvía pequeñito y de pronto, era una ***morrita*** de seis años que golpeaba inútilmente una puerta sin cerradura.

Desperté en medio de un ataque de ansiedad. Afortunadamente en un grito ahogado, porque mi papá seguía durmiendo profundamente. Me senté en el sillón e intenté controlar mi respiración. Estaba empapada en sudor. Caminé lo más callada que pude hasta el baño. No prendí la luz. Me llené la cara y el cuello de agua fría. Me senté en la taza del baño y me concentré en no caer desmayada y hacer un pinche espectáculo. Necesitaba una bolsa de papel. A oscuras abrí el clóset, me cambié la parte de arriba de la pijama por mi camiseta de ***Pearl Jam*** y salí de la habitación.

La luz era muy intensa e hizo que me punzara la cabeza. Como pude, llegué a la isla de enfermeras. Normita como en mi pesadilla, dormitaba en una de las sillas, pero afortunadamente se despertó nada más sentir que alguien se acercaba al mostrador.

—Señorita Julia. ¿Todo bien? ¿Su hermana necesita algo? — me di cuenta de que lo mejor sería sincerarme.

—Normita, estoy teniendo un ataque de ansiedad. ¿Será que tengas por ahí una bolsa de papel en la que pueda respirar?

Sin hacerme ninguna pregunta, Normita se levantó rápidamente y fue al cuarto donde guardaban las sábanas y los rollos de papel de baño. Salió con un par de bolsas de esas que ponen en los aviones. Me llevó a la sala de descanso de las enfermeras, nos sentamos juntas y comencé a respirar dentro de la bolsa de papel.

—¿Qué necesitas? ¿Quieres que solo me quede aquí contigo? ¿Quieres que te platique cosas? ¿Quieres que te tome de la mano? A mi nieto Jose Luis le pasa seguido, a él le sirve que solo le tome de la mano hasta que se pase.

Era extraño escuchar a una persona normal hablar de forma tan cotidiana de un ataque de pánico. Nunca, en toda mi vida, me habían preguntado qué necesitaba mientras esa madre me quemaba viva. Sin dejar de respirar en la bolsa, le extendí la mano, ella la tomó y la sostuvo firme. Nos quedamos en silencio. Solo se escuchaba el tronido de la bolsa de papel con cada exhalación. De a poco fue cediendo. Le fui soltando la mano a Normita, ella me tomó el pulso y me sonrío —Algo que también sirve es enfocar tu atención en tus cinco sentidos. Enfocarte en qué puedes ver, oler, oír, degustar y sentir. Es un truco que le enseñé a mi nieto y dice que

funciona —me quité la bolsa de la boca, respiré profundo y le sonreí.

—Gracias, Normita. ¿Nos podemos quedar aquí un rato más? Es que tengo muchísima náusea.

—¿Señorita Julia, le puedo hacer una pregunta? Quizá algo indiscreta.

La mujer me había salvado la vida, podía preguntar lo que quisiera.

—¿Está usted embarazada? —primero me reí y después me quedé en una pausa dramática. —No quiero ser irrespetuosa, pero desde el otro día que me la encontré vomitando en el baño lo pensé. Después de veinte años de ser enfermera, una sabe cosas. ¿Es una posibilidad?

Puta. No. Las ***morras*** como yo no se embarazan. ¡Claro que no! Qué pendejada. Luego pensé en Ezra y en el baño del bar. Eso no fue lo más cabrón, lo más cabrón fue pensar en Saúl ¿Embarazada del diablo? No. Es una mala broma. Me quedé en silencio, porque eso es lo único que podía hacer en esa madrugada de Navidad, blanca Navidad.

◆ ◆ ◆

12
LAS MUJERES DE MI VIDA

—¿Qué pasará con mi hermana si yo me muero? —le pregunto al diablo con intención de ganarle terreno.
—Nada. Seguirá sin hablar —me responde el diablo, ansioso. —¿Elegirías vivir solo por tu hermana?

—No.
—Si te dejo entrar, ¿despertarás a Michelle? ¿Traerías a mi papá?
—No puedo revivir a los muertos. Pero a quien más extrañas es a tu mamá, ¿cierto? —el pinche diablo sabe su juego. —Sí.—respondo sincera porque al diablo no se le puede mentir.

—¿Te sientes mal hija? —me preguntó mi papá la mañana del 25 de diciembre. —No has probado bocado y mira que estos *hot cakes* están mejor que los míos.

—No dormí muy bien, amanecí con un poquito de náusea — contesté, acariciándome el vientre sin darme cuenta.

Tenía la mente ida. Podía ser que Normita estuviera equivocada. No puedes saber si una mujer está embarazada o no solo con verla. No me asustaba estar embarazada, mi mente no llegaba a acercarse a ese concepto; sin embargo, todo lo que rodeaba a esa idea me comió cada una de mis neuronas. Cayeron los veintes, las conclusiones, las putas preguntas y las pinches verdades como astronautas en un planeta desbordado de gravedad. Caí en cuenta que ya no era una *morrita* de dieciséis años, en medio año cumpliría los veintisiete. ¿Cómo mi cuerpo podría soportar el latido de una personita? Ni siquiera era capaz de aguantar un estúpido ataque de ansiedad. ¿Cómo podría sobrevivir ese ser dentro de mí, sentir lo que yo siento? ¿En qué momento te vuelves mamá? Mamá.

Mi mamá se llamaba María Luna García Rivera, hasta esa mañana no había pensado en su nombre completo. Claro, porque antes de ser mi mamá fue Luna.

—Papá. ¿Cómo era mamá antes de tener hijos? —el ingeniero Álvarez se ***freezeó,*** puso la misma cara que yo cuando algo me sacaba por completo de mi zona de confort. Bajó su tenedor y pidió otra taza de café, si hubiera estado permitida la venta de alcohol, mi papá habría pedido una botella completa de brandy.

—¿Y ahora? ¿Esa curiosidad por tu mamá de dónde o qué? —contestó esquivando la pregunta. Sonreí sarcástica. ***“Ay, papá. No ves que el estudiante superó al maestro hace mucho, mucho tiempo”***, pensé.

—Quiero saber. Me parece injusto que Mich y tú tengan más recuerdos de ella que yo —le disparé certera. El ingeniero Álvarez se acomodó en la silla. Entendió que esa conversación sucedería tarde o temprano.

—Luna era inefable, —suspiró —eso significa que era algo que no podía ser explicado o descrito con palabras. Ella era excelsa, sutil y difusa. Era como una partícula de metafísica cuántica. Yo siempre digo que yo no conocí a tu mamá, la descubrí. No entendía nada de ella, pero estaba seguro de que el fenómeno de su existencia sucedería una sola vez y que tenía que ser parte de él. Luego me di cuenta de que el fenómeno podía repetirse, fue el día que tú naciste, el día que te descubrí a ti.

Mi papá deseó que con eso me fuera suficiente, pero no. —¿Cómo conociste a mi mamá? —pregunté seria y consciente de a dónde nos podría llevar esa pregunta.
El ingeniero Álvarez entrecerró los ojos para analizar; ahora sé que esos segundos que tardó en contestarme, fueron porque estaba dibujando una línea, con mucho cuidado, para que no cayéramos en una puta mina y explotáramos en mil pedazos. Mi papá lo hizo bien, el tema es que mi superpoder inservible para reventarlo todo fue mucho más poderoso. —A tu mamá la conocí en un parque.

—¿Quieres que te hable de ella?

—No.
—¿Qué chingados podrías contarme tú de mi mamá?

—Todo. Julia no seas pendeja y no dejes que este pinche diablo te cuente mamadas. No vale la pena que te cuente algo que tú ya sabes. Sabes la verdad. Esa que has estado apretando en tu puño. Ese puño izquierdo que tanto escondes dentro de la bolsa de tu abrigo rojo.

—Cuéntame —le exijo al diablo detrás de la puerta.

—Todo empieza con alguien que huía. —me dice el diablo y comienza susurrar —Son las 2:50 de la madrugada. El parque está vacío, se escucha tan solo el vaivén de las hojas en los árboles, pareciera que la calma es incorruptible. Pero como todo en la naturaleza del tiempo, de pronto se rompe.

Una chica corre. Voltea cada seis pasos. ¿Quién la persigue? No se ve nadie, pero por su manera de correr, pareciera que en cada paso se le va la vida. Luna corre con todas sus fuerzas. No sabe si podrá lograrlo, está exhausta, pero sabe con toda seguridad que si para, lo terrible será inevitable.

El abrigo rojo le estorba para correr. La bufanda se le enreda en el cabello. Será que solo puede sentir su corazón asustado y prácticamente indefenso. Esquiva una banca. Salta un par de charcos. Intenta perderse lo más que se puede en ese parque, que pareciera no dar refugio a una sola alma. “No hay salida”, piensa y en esa pequeña derrota, sus pies le fallan y cae al pavimento.

Después de tantos años de sortear ese momento, de saber escurrirse, de sobrevivir al encanto, esa noche se sabe atrapada. El Que La Persigue desde hace siete años, se le aparece cada determinado tiempo con ojos distintos, con sonrisas distintas y todas ellas perdidamente maravillosas. ¿Qué quiere? Lo único que puede querer un ser tan mágicamente oscuro y poderoso como él: su corazón. Sus lentes vuelan de su cara, desaparecen en el pasto. “¡Mierda!, No veo nada”, Luna trata de enfocar la mirada. El enemigo se siente más cerca que nunca. Se talla los ojos y alcanza a distinguir una luz no muy lejos. Ruido de agua que cae. Una fuente.

Ahora, tú pensarás que es una fuente de esas de gran arquitectura. De esas a las que es inevitable pedirle deseos. No. Esta fuente no es especial, lo único que tiene de particular es el hecho de que está encendida, que tiene luz para abrigar a Luna de la oscuridad. El Que La Persigue está a dos pasos. Correr ya no sirve de nada. Luna no puede evitar las lágrimas y se acerca caminando a la fuente. Ha tomado una decisión, de esas que se saben desesperadas, que no traen finales felices. —Estás segura de lo que vas a hacer? —se escucha una voz dulce a unos cuantos pasos. Un chico apuesto de cabello rubio y ojos miel. Abrigo negro a las rodillas y sonrisa absoluta. El Que La Persigue, está viéndola, parado ahí, como si nada.

Ella sin volver la mirada sonríe. Se seca las lágrimas, ya no hay vuelta atrás. Se desabotona el abrigo rojo y la blusa blanca, se lleva las manos al pecho, suspira. Luna comienza a sentir que sucede, como la piel se abre. El vacío que va dejando cada centímetro. De pronto tiene su corazón entre las manos. No el órgano sangriento, sino el corazón que habla, el que canta, el que te hace escribir; ese corazón es como un pequeño fuego fatuo, es una estrella encendida. Es el corazón enamorado.

Con su vida en las manos, se da la vuelta para encarar a su perseguidor.—No más —dice Luna, sin decirlo en voz alta, tan solo mueve los labios. Y sin quitarle la mirada, fija, profunda y

enamorada, en un movimiento casi tan pequeño como el aleteo de una mariposa, tira su corazón al agua.

Por una milésima de segundo todo se para. Las hojas, el viento, la respiración del universo entero. Algo en el fluir de las dimensiones y el tiempo se rompe. Una grieta que más adelante causará terremotos, devastaciones, besos, sonrisas, canciones, secretos, explosiones, códigos, lágrimas, todo.

La fuente se ilumina o quizá todo se oscurece. Lo que es cierto es que después de esa milésima de segundo, todo vuelve a una aburrida normalidad. Una noche normal, en un parque normal, en una fuente normal. Solo alguien que camina con su perro. Sin el corazón de Luna. Sin El Que La Persigue.

Se escucha el agua que cae, quizá ahora con un poco más de ritmo. ¡Claro! Una fuente con corazón propio no podría tener una tonada natural. Por ahora, el corazón de Luna está seguro, tranquilo, dormido entre la tierra y hojas que caen al agua. Así, hasta que alguien con un sentimiento distraído se clave en el fondo de la fuente y sea tan valientemente estúpido como para sacarlo.

—Yo tenía un cachorrito pitbull, se llamaba Caronte. Una madrugada se puso todo loquito, tenía mucha energía. Así que lo saqué a pasear. Todo el parque estaba apagado y la única luz que se veía a lo lejos era la de la fuente. Una fuente espantosa, de esas viejas de piedra. Caminamos hacia allá, Caronte al oler el agua me jaló con fuerza y se me soltó, se fue a meter al agua. Cuando llegué corriendo, me tuve que meter a la fuente para sacarlo. Y cuando estaba intentando ponerle la correa, escuché como si alguien estuviera llorando.

—¡Mi mamá! —interrumpí la historia emocionada.

—Sí, era Luna. Me acerqué para preguntarle si estaba bien. Pensé que quizá la habían asaltado. Cuando me vio se espantó muchísimo. Pero cuando se dio cuenta de lo patético que me veía se sonrió.

—¿Patético? ¿Cómo? ¿Estabas en pijama o qué? –le pregunté a mi papá entre risas.

—Ojalá. ¡Estaba en shorts! Con mi camiseta de Nirvana y en chanclas —ambos explotamos en risas. —Imagínate, yo en esas fachas, completamente mojado de agua de fuente estancada con un cachorro de pitbull saltándome a la cara. No sé cómo tu mamá no llamó a la patrulla.

—¿Por qué lloraba mi mamá? —pregunté curiosa, no quería que se acabara la historia y al mismo tiempo necesitaba saber el final. —Porque algo se le había caído en la fuente. No me supo explicar bien qué era, pero para ella era muy importante. Así que me pasé buscando en el

agua como una media hora, moví las hojas y la tierra para ver si lo encontraba.
Cuando por fin me di por vencido, vi a tu mamá. Ya no lloraba, se había enamorado de Caronte y él de ella. Los vi jugando y te juro que ambos brillaban, tenían luz propia. Ahí me di cuenta de que Luna sería la mujer de mi vida. Bueno, una de las mujeres de mi vida, porque en esa lista VIP también están Michelle y tú —mi papá vio su reloj y contento de tener una excusa infalible para dejar esa conversación y levantarnos de allí, me dijo con prisa que la consulta de mi hermana no tardaba en empezar. Salimos de la cafetería y yo me quedé flotando en esa historia un rato más.

Recuerdo lo incómoda que me hacía sentir la mirada de Normita cada que nos topábamos en el pasillo o en el elevador. Como no había dejado que me hiciera una prueba, la mujer estaba salivando por convencerme de que saber, siempre, es mejor que no saber. El tema era que antes de responder a esa pregunta, tenía latiendo en mi corazón otras dudas que se sentían más importantes.

Hice dos cosas esa mañana: evitar a Normita y armar en mi mente el rompecabezas de María Luna García Rivera. Las fotos que memoricé de contrabando cuando fui buscar la caja de mi papá eran las primeras piezas, la historia que papá se decidió a contarme en el desayuno me sirvió como pegamento y algunas fotos comenzaron a tener sentido. Pero necesitaba más. Así que tomé cada foto como un punto de partida. ¿Mamá tenía amigos? ¿En qué escuela estudió mamá? ¿Mamá se casó de blanco? ¿Cuál era su banda favorita? ¿Quién le dio el collar con el dije de mariposa? ¿Qué escribía mi mamá? Entonces recordé las hojas robadas en la bolsa de mi abrigo.

Caminé lo más deprisa que se puede caminar en un hospital lleno de gente, que camina más rápido que tú, por razones mucho más importantes. Esperé mil años el elevador y otros miles para que las puertas se abrieran en el piso correcto. Saludé a las enfermeras de turno y ya, hacia el final del pasillo, corrí; la habitación de Mich estaba al fondo.

Abrí la puerta, pero mi prisa se estampó contra la realidad.

Un grupo de médicos, que no conocía, estaban examinando a mi hermana. Mi papá y Normita estaban en la esquina. Algo estaba mal. Lo supe por la mirada de Normita, no sonreía. Ella fue la única que notó mi torpe y ansiosa presencia. Dejó a mi papá con los médicos y me sacó de la habitación.

—¿Qué pasa, Normita? ¿Mi hermana está bien? —ella cerró la puerta y me hizo un ademán para que bajara la voz. Caminamos un par de pasos lejos del cuarto de mi hermana.

—Michelle no ha presentado cambios.

—Pero eso es bueno, ¿no? —interrumpí ignorante de todo. —No. Ese es el problema que nada ha cambiado —contestó

Normita sin miedo a las palabras y con una claridad que me provocaba frío. —Ese es un síntoma de que la actividad cerebral de tu hermana va disminuyendo. No podemos sacarla de la respiración asistida. Si no cambia su condición en las próximas cuarenta y ocho horas, es probable que no salga del coma. Es decir, cada vez será más lejana esa posibilidad.

—No entiendo. ¿Mi hermana se va a morir? —pregunté asustada.

Antes de que Normita pudiera responder cualquier cosa, mi papá salió de la habitación. Blanco, con la mirada perdida, como si fuera un fantasma. Se quedó parado en la puerta ni siquiera me miró, lo único que hacía era acariciarse el pecho a la altura de su corazón, que seguro le dolía tanto que parecía que a quien se le iba la vida, era a él.

Recuerdo lanzarme a los brazos de mi papá para sostenerlo, para contenerlo de esa caída tan violenta en la que estaba.
El ingeniero Álvarez no me respondió el abrazo, pero sí que sentí que un poco se dejó caer sobre mí. Los médicos sacaron a mi hermana en camilla.

—Los estudios tardarán unas tres o cuatro horas, —nos informó una de las enfermeras que no conocíamos —cualquier novedad la haremos llegar directo al centro de enfermeras de este piso. Norma se encargará de mantenerlos informados.
Mi papá y yo nos convertimos en piedra. Vimos cómo se llevaban a Michelle. Amarrados de pies y manos sin poder decirle nada ni preguntar ni nada. Se fue y nos quedamos con los corazones vacíos.

—Papá, respira —se me ocurrió decir. Me descubrí tan inútil para darle calma a mi papá. ¿Cómo una hija pequeña, tan hecha mierda como yo, podía asegurarle a su papá que respirar valía la pena?

—Julia. Necesito hacer un par de llamadas. Tendrás que quedarte aquí por si hay alguna noticia de tu hermana. Por favor, si hay novedades, mándame un mensaje y subiré enseguida.

Y se fue. Igual que mi hermana, él desapareció. Me habían dejado sola. No tenía nada a que agarrarme. Estaba suelta, flotando. Entré a la habitación de mi hermana y cerré la puerta. El cuarto se veía completamente desolado sin la cama enorme, el corazón de mi hermana o el de mi papá. Era como estar parada en medio de un pueblo fantasma. Me senté en el reposet y me puse los audífonos. «Mich 4ever», le di play. Con los primeros acordes de ***I Wish You Were Here de Pink Floyd*,*** mi mente se empezó a hundir y la única señal de que yo estaba viva eran las lágrimas que me mojaban mis manos frías.

**Wish You Were Here —en español: Ojalá estuvieras aquí— es el noveno álbum de estu- dio de la banda británica de rock Pink Floyd.*



—El Que La Persigue. Ese güey, ¿eras tú? ¡No mames! —Sí.El corazón de Luna. Está dentro de mí.
—No es cierto. No te creo, lo estás diciendo solo para volverme loca. Para volverme débil y que te deje pasar. —Yo nunca miento Julia. Lo sabes.

Julia, no importa qué tan fuerte golpees esta puerta. Los golpes no harán que la verdad se convierta en mentira. No llores.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Te voy a matar cabrón!
—Calma. Si quieres te puedo contar la historia de cómo conocí a tu mamá. Es la pieza que has estado buscando estos días, ¿no? —el diablo me susurra tirando ya sus últimas cartas, puedo notar que está tan famélico como yo. —Sí. —le respondo débil y caigo en su asquerosa jugada.

—Como toda historia atrapada en un bucle de tiempo, todo empieza con un deseo. Uno tan encendido que puede traspasar cualquier barrera; es un deseo cuántico, que todo lo altera y es capaz de romper la realidad en millones de escenarios posibles. —me susurra el diablo, puedo escuchar como sus colmillos chocan entre sílabas.

—Es la historia del tipo de corazón que no quieres ser. El corazón que espera. El que se deshace por un beso que no existe. El que cada tarde se encuentra perdido entre dimensiones. El que está todo el tiempo con los ojos cerrados, hasta que escucha el sonido al cual es adicto y entonces despierta. El que en la oscuridad habla con fantasmas y almas que no responden, que solo abrazan, abrasan, queman de soledad en cada uno de sus latidos. ¿Y todo para qué?

Luna sabe que tiene que cambiar. Necesita dejar de ser un corazón externo a merced de la ansiedad de sus pulmones y la bipolaridad de su sangre que viene y que va. Por más que lo intenta, no puede recordar algún instante en el que no se haya sentido incompleta. Llena de dolor. Eso es. Esa incapacidad de crear momentos eternos y solo vivir de las emociones efímeras, que explotan en alientos perdidos. Ella se sabe con esa capacidad. El poder de saberse consciente dentro de un instante. El triste talento de saberlo efímero y conocer su inevitable despedida. Despedirse de instantes incompletos, en eso sí que es experta. Y esa noción que le enferma tanto. Está dispuesta a conjurar el más peligroso de los hechizos, tan solo para desaparecer.

“Podría tomar el siguiente avión a París, a San Francisco o a casa de mis padres. Esconderme bajo las sábanas de la cama de mi abuela y pretender que he llegado al punto final... dejar de ser”.
Sin embargo, se mantiene inmóvil al borde de su cama. Escucha

cómo pasan los minutos. Se siente sola, embarrada de sentimientos equivocados, cansada de poner su corazón en los lugares incorrectos, en los estúpidos instantes incompletos.De pronto algo le sacude el pecho. La ansiedad. El hastío de ser ella y la posibilidad de herirse solo para darle la razón a ese sentimiento. Es momento de fumar. Del cajón de su mesa de noche saca la cajetilla de cigarros —Es la última, lo prometo —mentira. Queda solo uno. —Quizá en este uno, exista la epifanía que estoy buscando. Seguro no.

Abre la ventana. La normalidad del ambiente le acaricia el rostro y se siente tan fuera de sitio que le es inevitable no soltar una lágrima. Entonces decide pensar solamente en su corazón. Si pudiera pedir un deseo, uno de mil ochocientos que sí se haga realidad.
El único cerillo de la caja que está destinado a encenderse. El deseo de una mujer por un cerillo para su corazón, para que deje de doler.

Luna no sabe lo que provocaría ese deseo entre sueños. Esa noche de insomnio provocada por una vida de corazones rotos, pero es que ha pasado por tantos besos vacíos, que esa noche fumando en la ventana se decidió por un nunca más. Nunca más por amores flojos, llenos de pretextos, serios como un lunes y efímeros como las flores que únicamente duran lo que la intención de quien te las regala.En la última calada del cigarro se desespera tanto que avienta la colilla por la ventana. La cierra con la fuerza necesaria como para darle a entender al mundo que se siente derrotada. —Sí, has ganado, ahora déjame en paz —vuelve al borde de la cama. Cierra los ojos. —Nunca más —pero si algo es esta mujer, es que es inevitable. Como si el mundo no tuviera suficiente.

La ceniza cae por la ventana. Flota y se eleva, porque el viento siente en ella algo distinto, una pizca de algo perdido hacía mucho tiempo. Los árboles se pasan la ceniza asombrados. Un par de hojas imprudentes la quieren seguir y se arrancan de sus ramas, tan solo para poder acompañarla, aunque sea por un par de instantes. Los pájaros y grillos se esconden de ella, saben que trae pura tentación. El pavimento de las calles se eriza a su paso, es que es tan cierta. Así, hasta que una mano pegajosa se levanta y al vuelo la atrapa.

Mi mano, que unos instantes atrás descansaba en la banca de un parque perdido. Abrí mi puño y probé los deseos de tu madre. Mi lengua tocó la ceniza y, en cada milímetro, pude sentir las

fibras del corazón que me permitirá existir para siempre. Supe exactamente por dónde empezar.

Los árboles temerosos y enojados se sacuden. Han visto esta historia mil veces. En un suspiro desaparecí y el parque se quedó inquieto, inmerso en una soledad insoportable.

Un deseo, que está a nada de volverse una realidad, en un “sí”. El juego ha comenzado. El desastre entre dimensiones es inevitable.—



13
LUIS

El tiempo pasa distinto en un hospital. Es como si fuera una retorcida máquina del tiempo que hace con los segundos, los minutos y las horas, lo que se le da la pinche gana.

Recuerdo ser consciente de lo que pesaba mi soledad, podía sentir cómo se hundía el sillón blanco, lo escuchaba tronar porque mis manos, como garras, lo apretaban ferozmente y, aun así, no era suficiente como para sentir que tenía piso debajo de mis pies.

Las lágrimas me empañaban la mirada, nada era lo que tenía que pasar. Sentí cosquillas en mi mano izquierda. Una vez más las mariposas blancas revoloteaban entre mis dedos. *"**¿Qué quieren chingada madre?**"*, pensé y sacudí mi mano lo más brusco posible. Las malditas, como moscas, salieron volando, solo para irse a parar a la puerta del clóset. Me levanté emputadísima, podría sentirme sola, pero mis ganas de reventar todo, y más a unos pinches bichos diabólicos, eran mucho más fuertes que cualquier otra sensación. Le pegué a la puerta del clóset, nada. Ambas seguían vivas, volando insistentes alrededor de las puertas del armario. Lo abrí despacio, pero las mariposas en chinga se metieron dentro de él y se posaron en las mangas de mi abrigo rojo.

"***Mi abrigo rojo. Claro. Lo olvidé por completo***", pensé. Ojalá lo hubiera olvidado para siempre, daría lo que fuera por no haber sucumbido a la curiosidad. La curiosidad mató al gato. El papel mató a Julia. Me tallé las manos en los pantalones, para quitarles el sudor, para limpiarlas de cualquier cosa que pudiera contaminarlas. La saqué del bolsillo de mi abrigo con la punta de mis dedos. Se sentían vivas. Me senté y acerqué la mesita que ponen los cuartos de hospital para que las personas puedan comer sentadas. Dejé las hojas sobre aquella bandeja de plástico y las observé. Como si fueran una bomba que había que desarmar. "¿Qué hago con tus palabras, mamá?", dije en voz baja. Leerlas.

Cuatro hojas escritas por ambos lados, con una caligrafía que se sentía intensa y fugaz. Muchos de los renglones eran indescifrables, pero la fecha era clara: 1989, el año que cumplí seis años. En efecto, tenía en mis manos los últimos pensamientos que tuvo mi mamá antes de morir. Fue como ir al cementerio y acariciar su lápida. Su epitafio. ¿Debía de leerlo? No.

—No preguntes cosas que no quieres escuchar, Jul —de la oscuridad del clóset se materializó el diablo, olía a pasto recién cortado, guapo como nunca, con expresión de calma. —No llores. No estás sola —el diablo se sentó a mi lado y despacio puso sus manos sobre mis muslos para transmitirme calor.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a despedirme.

Algo en su voz me sonó tan definitivo. Asustada y sin saber exactamente por qué, le apreté las manos. *“**No me dejes sola. No ahora”***, pensé.

—No entiendo. No entiendo nada. Nada de lo que está pasando tiene sentido. Es una puta locura —dije entre lágrimas, desesperada de no llegar a tierra firme.

—No llores, Jul.

El diablo me abrazó y yo me dejé porque la insensibilidad que me provocaba su presencia me hacía tanta falta. Saúl me acarició la espalda y muy despacio comenzó a mecerse acunando mi alma, puteada y adolorida, como una droga asquerosa que me quitaba el hambre y a la vez me hacía sentir famélica.

—No te vayas —y aunque no le veía la cara, sentí clarito como el diablo, hijo de puta, se sonrió satisfecho. No me importó.

—El poder de la muerte de Sadie se ha consumido. Me tengo que ir, dentro de nada, mi habilidad para materializarme a tu lado dejará de ser.

—A menos que deseé que te quedes, ¿cierto? —le dije al oído, con toda la intención de tentarlo. Saúl, me soltó. Se sentó en el reposet, sacó su cigarrera plateada y prendió un cigarro. Ambos nos miramos sin decir una palabra. El diablo jugaba con todas las posibilidades que se habían estancado en esa habitación. Dio un par de caladas y luego, como si se sacara un dulce de la boca, me pasó el cigarro. Lo acepté, no por gusto, sino por necesidad. Cuando ese humo se coló dentro mis pulmones, el recuerdo de la sensación de todos los primeros besos del diablo explotaron en los nervios de mis labios. Otra vez no había piso, pero sí había algo a que aferrarse, alguien a quien clavarle las uñas.

Guardé las hojas del diario de mi mamá en el bolsillo del abrigo, las mariposas se quedaron revoloteando en las costuras.

Había sido solo una gota de su magia, pero se sintió como un mar entero. Me dejó de importar mi hermana, mi papá y la vida de María Luna García Ramírez, porque a lo único que estaba atenta, era a que dejara de doler. Así que me levanté y di dos pasos, solo dos separaban el sillón del reposet y me senté en el regazo de Saúl.

Lo encaré. Hundí mis manos en su cabello espeso. Respiré en su cuello y una ola de alivio recorrió toda mi sangre. Me acerqué a su boca, reconocí ese aliento caliente y vivo. El diablo me besó los ojos, la nariz, el cuello y al llegar a mi pecho le dio un mordisco a mi piel y yo reaccioné con un gemido de dolor, que irónicamente me hacía sentir viva. Entrelazamos miradas, Saúl me

sonrío; pero él tenía razón, su habilidad se desvanecía. Su piel dejó de sentirse sólida, quise aferrarme a él, pero de a poco desaparecía.

Cuando quise besarlo ya no había nada, solo escuché su voz en mi cabeza.

—Deséame, Julia. Déjame devorarte el corazón.

El cuarto se quedó a oscuras. Habían pasado ya varias horas. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba sola? ¿Por qué sentía frío? Porque estás caliente. Porque no deseaste. Estás en un cuarto de hospital, porque tu hermana está a medio morir. Sentí el revoloteó de alas de mariposa en mi mano. Cuando las quise acariciar se fueron volando para posarse de nuevo en mi abrigo y al igual que Saúl, desaparecieron.

En caída libre mi mente se estrelló con la realidad. No hubo ni un par de segundos para descansar o idear un plan. Nada, no tenía cabeza ni corazón ni alma. Solo la inercia de mi cuerpo hecho mierda, arrastrándome, llegué al sillón para jalar el abrigo y volver a sacar las hojas de diario. ***"Lo que sea que tengan estas hojas no harán que las cosas empeoren"***, pensé. Qué pinche equivocada estaba.

24 de abril 1989

Necesito despedirme de ti:

Esto ya no puede ser. Tu esencia me convierte en alguien inservible. ¿Para qué?

Te llamé pensando. No. eso es mentira. Te llamé esperando que podría haber algo de ternura y compasión en tu forma de vivirme.

Esperaba que pudieras sentirme tan real, tan cierta, que algo dentro de ti despertara y entonces...

Esperar. Es lo único real y tangible que he logrado hacer cuando se trata de ti. Esperar.

Esperar en la banca del parque. Esperar en mis sueños. Esperar tu llegada inesperada.

Esperar el sí. Ese sí que yo te entregué envuelto en una tela blanca y listón verde el primer día que pusiste los ojos, las malas intenciones y el eterno bucle de tiempo sobre mí.

¿Por qué yo? Porque yo me dejé.

¿Qué juego es este? El de siempre.

Estoy nauseabunda de tus idas y venidas. Estoy deshecha de tus palabras bellas. Estoy revuelta por todos tus malos consejos.

Estoy tapada de todos esos secretos que me dijiste al oído. No son secretos.

Son canciones sin terminar, que se repiten interminablemente.
Déjame.

Sé que eres el diablo y que tú eres así. Yo te inventé. Te inventé en la primera palabra de mi primer poema. Yo sé. Quiero borrarte.

Déjame. Déjame. Déjame.

Contigo es estar en una constante caída. Mantener la respiración en un suspiro. Obligar al tiempo a una pausa infernal. Condenar a la cabeza a un hueco. Un tronco hueco que imita tener vida y no.
Escritura desatada, sin sentido, sin objetivo, pero sobre todo sin final.
Eres el Diablo. El peor de todos. Porque yo te inventé.
En ti lo puse todo. Eres mi creación perfecta. Sin errores. Te tejí tan detalladamente que ahora, que quiero deshacerte, no sé cómo hacerlo. Tienes todas las puntadas acabadas, tienes todos los hilos precisos; no tienes ni un cabo suelto.
¿No estás cansado?
¿Nunca desfalleces en tus horas nocturnas y piensas en ya no querer existir? ¿No?

Por supuesto que no. Yo te di forma. Mis formas son perfectas elipsis. que dan vuelta como un barato adorno de Navidad hecho de serpentina. Que se deshace con el aire, que se despinta con la lluvia. que se antoja desechable.

Y vuelves a empezar.

Sé que te pueden quedar miles de secretos por contarme. Hoy solamente necesito uno.

¿Cómo te desinvento?

Con un último poema y después no más.

Sentir. ver. oler. degustar. oír.

Me voy a morir.

Sentir. ver. oler. degustar. oír.

Me va a matar.

Sentir. ver. oler. degustar. oír.

No hay salida.

Aquí.

Todo acaba aquí.

P.D. Luis, perdóname. Ama a mis hijas por mí.

Leí ese poema veinte veces, una por cada año de mi vida en el que mi mamá no estuvo conmigo. Y cada vez que lo leía, algo en mi cabeza se destapaba, eran mis recuerdos quebrándose. *"Mi mamá se murió cuando yo tenía seis años, sí. ¿De qué se murió mi mamá? Estaba muy enferma. ¿De qué? Piensa, Julia. ¡Acuérdate, puta madre!"*, pensé. Obligé a mi cerebro a que fuera a mil por hora. Un par de recuerdos me abofetearon crudamente; Mich hablaba de mamá y yo sentada observando al ingeniero Álvarez, en el sillón de la sala del funeral. Recuerdos de voces y pesadillas. Fue recordar un instante para que toda una fila de piezas de dominó me cayeran encima.

Otro recuerdo; estaba espiando a mi papá por la rendija de la puerta de su habitación, para escuchar su conversación al teléfono. — Luna, dónde o con quién estuviste no es lo importante. Yo solo quiero que estés bien. Regresa a casa, por favor.

Y otro más; yo recargada esperando en el sillón que daba a la ventana de la calle. El olor a lluvia, a tormenta que impregnaba toda la casa. Recuerdo emocionarme por ver a mamá subir por las escaleras de la entrada. Empapada sin paraguas. Correr a ella, abrazarla y sentir su ropa mojada, escuchar su corazón, escuchar en sus latidos ***All My Little Words de The Magnetic Fields*.**

** All My Little Words" pertenece al álbum 60 Love Songs, de The Magnetic Fields, un álbum conceptual de tres volúmenes compuesto por 69 canciones de amor, todas escritas por el líder, Stephin Merritt.*

—Mamá mira. Te hice un dibujo. Dibujé la mariposa de tu collar.

El siguiente; yo abrazada de mi hermana, sin saber qué sentir. Mi mamá vuelta loca al enterarse de que la abuela había muerto. Escucharla decir —Es mi culpa, Luis. Es mi culpa — recuerdo ver a mi papá sujetándola con todo su ser.

Las imágenes no paraban; yo después de la escuela. Recuerdo abrir la puerta y buscar a mi mamá, porque me habían puesto un diez en mi tarea. Buscarla por todas las habitaciones hasta llegar a su cuarto. Verla dormida. Querer despertarla y no poder. Quedarme dormida junto a ella sin poder escuchar la música de su corazón.

*"**Soy igualita a mi mamá**"*, pensé. Algo dentro de mí se desató. Ira. Odio. Furia. Salí a buscar a mi papá, porque por fin sabía exactamente qué preguntar.

—¡Papá! —grité desde las escaleras. Mi gritó, se escuchó en toda la entrada del hospital. Sorprendí al ingeniero Álvarez estaba caminando en un *loop* eterno en la recepción.

—¿Julia, qué pasó? ¿Tu hermana está bien? ¿Te dijeron algo?

Lo interrumpí en seco, lo miré fijamente, sin dejar de respirar con el corazón en la garganta —¿De qué se murió mi mamá? —listo, ahí, lo había vomitado.

La mirada de mi papá pasó por veinte estados diferentes en un solo segundo. Enojo, frustración, tristeza, sorpresa, susto, amor. Se quedó en esa última. Intentó abrazarme.

—No, papá —me eché para atrás. —me tienes que decir la verdad. Ya no puedes contarme cualquier cuento, de qué mamá se quedó dormida o lo que sea. Dime —entre palabras mi tono era más duro y colérico. —¡Necesito que me digas! Porque eso que mató a mi mamá, viene por mí —le aventé las hojas del diario a la cara —Yo tengo lo mismo que ella, ¿cierto?

El ingeniero Álvarez se agachó al piso como un indigente hambriento se tira sobre migajas de pan. Había reconocido aquellas hojas en el mismo instante que yo las había sacado del abrigo. Esperaba una reacción ruda y asesina, quería pelea; pero mi papá, como muchas otras cosas que le pedí que él sabía que me hacían daño, no me la dio. Se levantó del piso con las hojas en las manos y cauteloso les quitó la tierra, las dobló una por una.

—Tu mamá murió de tristeza. No hay más que decir que eso. Sí, la condición de tu mamá se hereda. Por eso tu hermana siempre estuvo preocupada por ti. En su cabeza tenía esta idea tatuada de que no pudo salvar la vida de su mamá, entonces se comprometió a salvar la tuya.

Cuando acabó de decir lo que tenía que decir, me miró, pero no era mi papá, ni el ingeniero Álvarez, era Luis, el ***dude*** normal que se había enamorado de una ***morra*** loca como mi mamá, como yo, y que ahora lo perdía todo.

Lo que debí de hacer, papá, era abrazarte. Decirte que lo siento. Hacerte ver que lo entendía. Aceptar tu amor incondicional. Perdóname. No debió haberme valido madres.

Sentí que lo que me acaba de decir mi papá no era suficiente. No para quitarme el hambre. El mundo se había burlado de mí en mi puta cara y no. No estaba dispuesta a aceptarlo. Le arrebaté a mi papá las hojas de diario, porque para esas alturas ya las sentía más mías que de él, y yo había decidido que él no se las merecía.

Las metí a la bolsa del abrigo y me fui. Huí como pinches siempre. Una vez más, por simple inercia, llegué al estacionamiento. Ubiqué el auto de mi papá y me subí. Grité hasta quedarme afónica, golpeé el volante hasta sacarme sangre de los nudillos, pero el hambre seguía ahí, me perforaba el estómago como un puto picahielo.

Vi a mi papá por el retrovisor, corría hacia el auto. En chinga arranqué y me fui de allí. Aceleré lo más que pude. Por mi mente pasaban imágenes como si fuera una de mis pinches pesadillas. Mi hermana herida de bala. Sadie con vestido de novia en caída libre. Mi mamá con la cara desdibujada por las lágrimas. El agua caliente de la regadera. El diablo y sus besos en mi espalda. Me pasó que caí en la asquerosa inevitabilidad de desear que dejara de doler. Dije que sí. Me pasó mi papá.

El auto se frenó de pronto. El golpe fue tan duro que mi cabeza rebotó contra el volante. Me bajé asustada, temblorosa, porque en el fondo sabía lo que había hecho. Vi a mi papá tirado en el suelo, como Sadie y como Mich. Se me quebró la consciencia, me autolesioné el alma de muerte. En un instante lo tuve claro, me quería morir. Salí corriendo, al parecer a la avenida y estrepitosamente pendeja la crucé y un auto pasó sobre mí. Me pareció lo justo, si yo había atropellado a mi papá, que un auto hiciera lo mismo conmigo era más que suficiente.

14
ENDEMONIADA

Me arreglaron todo lo que pudieron. Me entablillaron los huesos, me cosieron la piel, me vendaron el cuerpo. Entre momentos conscientes y perdidos, escuché la voz de Normita dando órdenes sin ningún gramo de duda — Julia Álvarez García. 26 años. O+. Sin alergias. En tratamiento de benzodiacepinas. Posible embarazo de tres semanas —a esas seis frases se reducía mi vida entera. Una vida perdida porque lo había perdido todo, mis amores, mis amigos, mi hermana, mi papá.

"Me quiero morir", pensé asustada de tenerlo tan claro. Entonces no era solo un picahielo, eran miles que estaban atravesándome el estómago, del pecho hasta la espalda. Fuego ardiente en mi garganta. Mi boca y mi nariz que se sentían diminutas no dejaban pasar el aire. De pronto sentí un golpe, como un latido, que se resistía al pánico y desperté. Escondida como un monstruo debajo de la cama. Buscando qué ver, qué oler, qué saborear, qué sentir. Llegué aquí a la puerta, para escucharte hablar mamadas de mi mamá.

—Si te dejo entrar me voy a morir.

—Algo mucho más poderoso que eso, Julia. Tendré tu corazón y vivirá aquí con todos los demás.

Pinche diablo, habla de mi corazón como si fuera un objeto preciado y perfecto. No hay perfecto. Hay dolor, nada más.

—Estás tan hecho mierda que te alimentas de puro dolor, ¿no?

—El dolor es como el postre. Lo que de verdad me nutre es el amor y ese corazón que está latiendo dentro de ti está lleno de eso.

Piensa, Julia. Piensa en lo que te está diciendo este pendejo. El diablo no miente, pero disfraza sus frases hechas de verdad. ¿Me dejas entrar?

—No. ¿A qué te refieres con el corazón que está latiendo dentro de mí? Dímelo.

—Ya lo sabes. El corazón que me alimentará por siempre es el que lleva por dentro la misma sustancia que la que corría en el

de Luna, en el tuyo y ahora en el de tu hija.

—Estoy embarazada.

Pinche Normita tenía razón. Tenía razón en que es mejor saber, que no saber. Hija. Es una niña. Otra niña que sin pedirlo tendrá que vivir con esta cosa embarrada en el cuerpo, en la cabeza, en el corazón. Me niego. ¿Mi mamá se habrá negado? ¿Mi mamá sabía lo que me estaba heredando? ¡Dios! El espíritu me tiembla, la respiración que me queda es tan frágil. Tan pinche frágil. Concéntrate, Julia. Puedes. ¡Debes!

—Me vale una chingada si mi mamá se negó o no. Hay que pelear, ¿no? Pues pinches peleemos. Te voy a poner en tu madre cabrón. Porque toda la fuerza que le chupaste a mi mamá, a mí me sobra en rabia. Me voy a negar por esta niña que no tiene la culpa de nada, me voy a negar como hubiera querido que lo hicieran por mí. ¿Mariposas? ¿En serio ahora me tiras mariposas?

—¿No las reconoces? Diles el nombre que tienes en la cabeza.

—Luna.

Si salgo de aquí, esto será la única foto mental que me lleve. Las mariposas blancas encendidas como focos de Navidad en la oscuridad al escuchar que pronunciaba el nombre de mi mamá, porque en ese momento entendí que las mariposas eran lo único que quedaba de ella después de que el diablo le devorará el corazón. El hijo de puta del diablo la encadenó a esas alas en contra de su voluntad. Entendí la insistencia de aquellos bichitos paranormales en seguirme y acariciarme, en cada momento de mi vida. Todo el tiempo había sido ella, advirtiéndome del que la perseguía, el diablo.

¿Me convertiré en una de ellas si lo dejo entrar? ¿Y mi bebé? No. Revolotear eternamente alrededor de la vida de mi hija es algo que no pienso hacer.Escucharla llorar, reventarse en dolor, verla solo cuando esté deseando lo que la va a matar. Mamá tenía razón. Todo acaba aquí.

matar.

—Pasa. Pero ten claro que si entras, te voy a matar.

——Dímelo.

—Deseo que entres aquí conmigo.

El diablo me toma de las manos. Me levanta como puede, lo que

queda de mí. Pero su problema es que me sobreestima. Yo siempre confié en él, pero él jamás creyó en mí. Trae esta idea pendeja de que estoy derrotada, pero su hambre no lo deja ver con claridad. No se da cuenta de que estoy dispuesta a lo que sea por verlo muerto en el puto piso.
El primer golpe es a la cara. Contundente. Entre sus labios perfectos y su nariz. Para mi sorpresa cae al suelo. Se ríe el muy cabrón y se limpia la sangre.

—¿Qué haces, Julia? ¿Quieres pelear?

—No, cabrón. Deseo con todas mis fuerzas romperte la madre.

Me lanzó sobre él, sin técnica, sin estrategia, como el cuerpo me lo pide y desahogo en él todos los puñales que me atraviesan el cuerpo. El diablo se da cuenta de que no estoy jugando, que mi deseo va en serio. Me avienta y me estrello contra la puerta del clóset, el espejo se rompe en mil pedazos.

—Eres un pendejo, *dude*. No ves que no me importa sangrar. Me acabas de dar el picahielo que te va a matar —tomo dos pedazos de vidrio, una en cada mano, y se incrustan en mi piel como colmillos. Me vale madre. Me levanto como un puto zombi hambriento y el diablo y yo comenzamos a rodearnos.
Su cara es la de un ser desesperadamente colérico y hambriento. Se acerca a mí, listo para comer, esquiva dos de mis puñaladas y me toma del cuello. Con fuerza titánica me levanta del suelo y yo con todas mis fuerzas quiero soltarme, pero no puedo. El diablo me estrella contra la pared, me arranca la bata y me pone una de sus asquerosas manos en mi vientre.

“Sí, mamá, lo voy a matar”, pienso. –Tranquila, hija, que no te va a tocar –le digo a mi vientre en voz baja.
Frenéticamente comienzo a mover mis brazos. El diablo no cede. De pronto el tiempo se detiene y detrás de él salen volando un par de mariposas blancas. Mamá. Elegantes pero presurosas, vuelan a la puerta del clóset y a lo que queda del espejo. Me toma un instante, pero soy consciente de mi reflejo. Yo pegada a la pared, el diablo me ahorca para arrebatarme el único corazón que me queda. Cambia entre figuras: Saúl, Artemisa, Amadeo. Parpadeo con fuerza. La figura del diablo soy yo. Una Julia endemoniada. El diablo soy yo y esa es la verdad. Pero la verdad no me hace libre, matarla, sí.

Con mis últimas fuerzas le doy un cabezazo a la pinche Julia endemoniada y amabas caemos al piso. Estoy encima de ella y con todo lo que me queda la empiezo a apuñalar y con cada estocada,

le grito con todas mis fuerzas.

—¡Aprender a vivir contigo es imposible! No llores. No te creo. Dímelo. Estoy dispuesta a torturarte. Estoy lista para desaparecerte de la faz de las dimensiones —puedo sentir las puñaladas en mi propia piel, me estoy puteando a mí misma. No me importa.

—¿Cómo es que te he dado tanto? ¿Cómo es que me has dado tan poco? Soy la locura. ¡Tú deberías ser la razón! ¡Déjame!

"Esto duele como veinte pinches ataques de pánico juntos." pienso agonizante.

—Que estoy segura que puedo ser completa. ¡Déjame! Así en pedazos, no importa, mientras sea para siempre. ¡Déjame!

"Hijita, resguárdate en lo más escondido de mi vientre, aguanta, que estamos a nada de. Matar a este puto demonio", pienso.

—No quiero que vuelvas nunca más! No te estoy mintiendo. Ya ni siquiera estoy llorando. Te exijo tu punto débil. No puedo parar, de alguna forma me tengo que morir, es ella o yo. Seré yo.
—Julia, si en algún punto me sentiste cálida en tu corazón, te suplico, déjame ir. No más bailes. No más lluvias. No más códigos. No más juegos hambrientos.

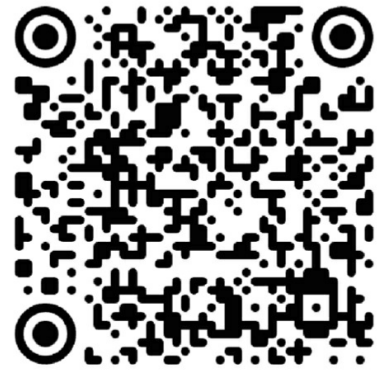
Estoy muriendo.

—Déjame. No me traigas de entre los muertos. Déjame ir. —mis gritos acaban como empezaron, abruptamente. Caigo al piso desangrada, la Julia endemoniada desfallece a lado mío. Me doy cuenta que termino donde empecé, en el puto suelo frío, sangrando y a nada de morir. Veo el reflejo, Julia endemoniada se desvanece. Los ojos se me cierran. Una mariposa blanca se posa en mi nariz quebrada, siento que me da un beso y después desaparece. En una sonrisa libre y feliz, pienso ***"Yo también te amo mamá"***.

Fin.

MICH4EVER

UNA PLAYLIST PARA LAS ALMAS
HAMBRIENTAS QUE HABITAN.



AGRADECIMIENTOS

Uno pensaría que las historias que escribimos son parte de nuestras posesiones, y no. Esta historia que tardó diez años en materializarse con todas su letras, puntos y comas, se convirtió en parte de la vida de quien inspiró a crearla, de quien me enseñó a imaginar en frases, de los que con confianza ciega, y a mi parecer algo enloquecida, creyeron que podía hacerlo. Escribir una novela que hablara de lo que duele, del lo que todos anhelamos: ser libres de todo sufrimiento. No sé si lo logré, pero este libro que sostienes entre tus manos lleva fragmentos de todas estas personas, seres, que confiaron, así que solo por eso, cada sílaba vale la pena ser leída.

Le agradezco primero a la Dra. Rodríguez y el Dr.Vázquez que me salvaron la vida. A todos los doctores con o sin título que me dieron de su tiempo para que yo estuviera mejor: Nelson, Paola, Sergio Urraca, Samantha Vázquez y tantos otros. Gracias a mi equipo de edición, Gabriela Pulido y Sergio García por un trabajo excepcional en dirigir este libro y traerlo tan hermosamente al mundo físico. Gracias Ale por ser la manager más capaz y amorosa de la vida. Gracias a los primeros valientes lectores que se bebieron esta historia sin revisión alguna, mi hermana mayor Leni Vázquez, Antonio Barrón, Ariel Soto y Diego Perez Lete. Gracias a Ruchiramati y Bodhikámala del Centro Budista de Toluca por darse el tiempo de enseñarme cómo uno tiene el potencial de transformar torpeza en creatividad. Gracias a mi hermanito perro Ergo, que pasó tardes enteras dormido a mis pies, escuchándome teclear, releer y llorar.

Gracias a ti por leer, por darle una oportunidad a Julia de desahogarse contigo y quizá hacerte saber que no eres la única persona que de pronto siente su alma hambrienta.

ABOUT THE AUTHOR

ADANÍ VÁZQUEZ



Copywriter de profesión. Descubrió su amor por las letras desde los 12 años.

Crear historias es a lo que ha dedicado la mayor parte de su vida. El realismo mágico, la fantasía y las historias de ciencia ficción son el corazón de su obra, sin embargo la poesía y la literatura infantil también se asoman en su repertorio.

Autora del cuento ganador del Concurso Internacional Libro Animado Interactivo Paula Benavides 2014 “El Orden de las Cosas”.

Fundadora de la marca de juguetes infantiles “Papaki. Juguetes para ser feliz”. Actualmente se dedica a gestionar proyectos de marketing y producción creativa.

Aunque en sus propias palabras, ella describe su profesión en una sola frase: “Yo solo quiero escribir y a ver qué pasa”